

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
ESCUELA DE VERANO

EL DOCTOR MARIANO AZUELA
médico y novelista
BIOGRAFIA

T E S I S

QUE PRESENTA EL ALUMNO
DEWEY ROSCOE JONES
PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ARTES
ESPECIALIZADO EN LENGUA
Y LITERATURA ESPAÑOLAS



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

MEXICO, D. F.

1960

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Esta edición está limitada a cien
ejemplares de las cuales ésta es
el número*

EL DOCTOR MARIANO AZUELA
médico y novelista
BIOGRAFIA



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

XN60

J6

ej. 2



© *Derechos reservados conforme a la
Ley por el autor.*

A LA MEMORIA DE MI PADRE

100388

A D V E R T E N C I A

Esta obra es la tesis que presento a la Dirección de Cursos Temporales y de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma de México, para obtener el grado de Maestro en Artes, especializado en lengua y literatura españolas.

Quiero hacer constar aquí mi gratitud hacia todos los maestros bajo cuya dirección he tenido el placer de estudiar. Asimismo, agradezco la ayuda que mis amigos y mis parientes me prestaron, para que pudiera llevar a cabo mis estudios. Quiero mencionar, además, la amplia ayuda y la confianza que obtuve de la señora Carmen Rivera viuda de Azuela, y de los demás miembros de su familia, quienes me facilitaron abundantes datos y me permitieron hacer uso de su biblioteca particular; así como agradecer de la manera más profunda la valiosísima ayuda de mi consejero, el doctor Francisco Monterde, y la de la directora de tesis de la Escuela, señorita profesora María del Carmen Millán.

Durante mis estudios en la Universidad tomé un curso que despertó mi interés por la obra de Mariano Azuela. Caí en la cuenta de que nadie había escrito su biografía, pues había pocos datos y no todos eran exactos. Entonces me pareció oportuno intentar escribir la biografía del médico y novelista. Los datos, las fechas y los acontecimientos de que hablo, están comprobados mediante el cotejo con una o varias fuentes.

Mi deseo, al empezar y concluir este trabajo, al que me he dedicado más de un año, fue el de proporcionar un nuevo punto de partida para que otros emprendan más profundos y afinados estudios sobre Azuela. Con esta biografía suya, la más completa que hasta la fecha existe, espero haber hecho una modesta aportación personal, en los estudios azuelinos.

México, D. F., Julio de 1960.

D. R. J., Jr.

C O N T E N I D O

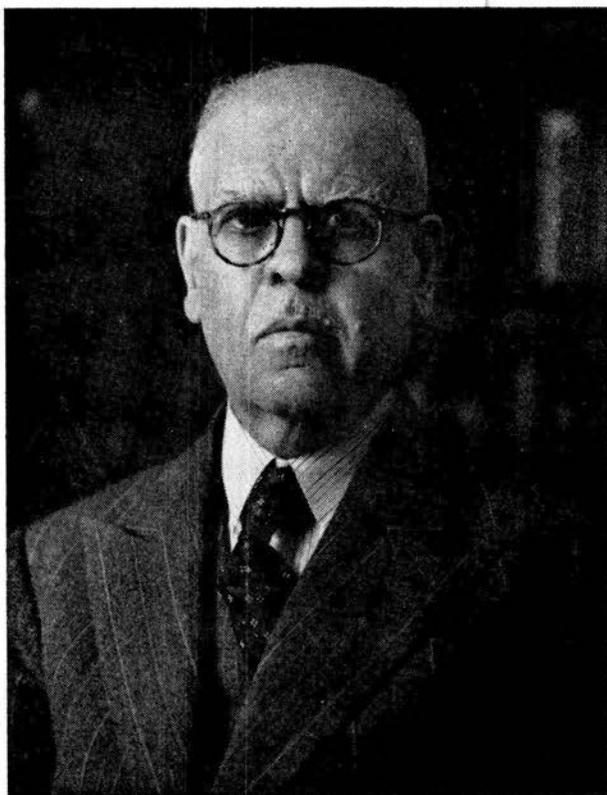
	Pág.
Advertencia	7
Capítulo	
I Sus antepasados	13
II Los primeros años decisivos (1873-1887)	17
III La estancia en Guadalajara (1887-1899)	21
IV Los primeros años de médico (1900-1913)	29
V Participación en la lucha armada (1914-1916)	35
VI Ubicación en México (1916-1924)	41
VII El tardío éxito de <i>Los de abajo</i> (1925)	49
VIII Retorno a su propio estilo (1925-1935)	57
IX Contacto con el cine nacional (1935-1942)	65
X Los últimos años (1942-1952)	73
XI Capítulo final	91

BIBLIOGRAFIA DE MARIANO AZUELA

Novelas	101
Biografías	103
Bibliografía	105

*La historia es el testigo de los tiempos,
la luz de la verdad, la vida de la memoria,
la maestra de la vida, la mensajera de la antigüedad.*

CICERÓN.



El Dr. Mariano Azuela en 1946.

Cortesía de la Sra. Rivera, viuda de Azuela.

CAPITULO I

SUS ANTEPASADOS

Algunos investigadores han podido encontrar el origen del apellido, hasta remontarse al Valle de Mena, en Burgos, España. Hay otros que lo hacen procedente de Francia, como descendiente de la familia Azuel. Los primeros no dicen cómo llegó el linaje a establecerse en dicho Valle. Pero, por otro lado, el apellido tiene un significado en español, que está expuesto en el diccionario de la Real Academia: "Azuela. f. Herramienta de carpintero, compuesta de una plancha de hierro, con borde cortante, y un mango corto de madera que forma ángulo agudo con aquélla. Sirve para desbaratar".¹ De las dos procedencias posible, la primera es la más probable, a mi parecer.

De aquel solar procedió Luis de la Azuela y de Rigadas, caballero de Santiago en 1744. El fundador de la familia en México fue don Marcos de la Azuela. Don Marcos era, según se cree, oriundo de la Coruña, España. Casó con doña María de Orozco, y tuvieron un solo hijo que fue Mariano Azuela Orozco.² El, a su vez, casó con doña Bárbara Camarena, de color moreno. Fue un matrimonio extraordinariamente prolífico: veintiocho hijos, entre los cuales sólo había dos mujeres. Uno de los veintiséis hermanos fue don Evaristo Azuela Camarena, quien se estableció en Lagos de Moreno, antes llamado Santa María de los Lagos, en el Estado de Jalisco.

Don Evaristo casó dos veces: la primera, con doña Braulia Espinosa. Nació una niña; la madre no sobrevivió al parto, y la niña falleció poco después. Volvió a casarse más tarde, cuando ya había tenido éxito en

¹ Real Academia Española, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, Espasa-Calpe, S. A.; Madrid, 1950. Página 181.

² Estos datos fueron tomados de un trabajo realizado por Manuel Azuela Villalobos, sobrino del Sr. Azuela, en junio de 1958.

los negocios. El segundo matrimonio fue con doña María Paulina González. Procreó este matrimonio nueve hijos, entre los cuales se contó José Mariano Azuela González, el novelista. Mariano tuvo dos hermanos, Jesús y Francisco, y seis hermanas: Refugio, Guadalupe, Trinidad, Concepción, Carmen y Luz María.

Antes de dedicarme a contar la vida de don Mariano, quiero relatar algunas cosas sobre sus padres y sobre Lagos; cosas que podrían influir en la vida del médico y novelista.

Don Evaristo era comerciante. Todos reconocemos que para poder lograr éxito en el mundo del comercio, hay que ser severo y trabajador. Así era don Evaristo: muy severo y muy trabajador. Por tener esas dos cualidades, logró éxito en sus tiendas. La primera se llamaba "El Tigre" y quedaba en la esquina del Hospital de San Felipe de Jesús, por la calle Vieja del Refugio, frente a la plaza. Vendió "El Tigre" y compró otra, que llamó "La Providencia", junto con una casa. Las poseyó hasta su muerte. También por aquel tiempo compró un rancho, junto con otras personas. El rancho se llamaba "Ixtle", y quedaba a unos 20 kilómetros del pueblo. Más tarde adquirió los intereses de los demás y cambió el nombre del rancho por el de "La Providencia" lo mismo que su tienda. Ya anciano, quebrantada la salud, se retiró al rancho, para dedicarse exclusivamente a labores agrícolas. Su esposa y las dos hijas mayores desempeñaban el despacho de abrrotes. Sólo iba los domingos al pueblo. Parte de este rancho todavía se halla en poder de la familia; Manuel Azuela Villalobos es ahora el propietario. Compró su parte a los demás parientes.

El contraste entre los nombres de ambas tiendas es interesante: "El Tigre" y "La Providencia". El uno es un animal que lucha diariamente por su comida, un animal feroz, sin misericordia. El otro significa la seguridad de que Dios habrá de proveer y es indicio de su fe, como nos lo muestra la siguiente oración infantil:

*"La Divina Providencia
se extiende a cada momento,
para que nunca nos falte
casa, vestido y sustento".*

En cuanto a su ideología, don Evaristo era sumamente católico. Fue "tercero" en la Orden de San Francisco. Una de sus hijas, Concepción, se hizo monja y perteneció a la orden de las Sacramentarias. Don Evaristo

mandó a Mariano y a Jesús a la escuela particular del profesor Concepción Toral, en Lagos, para que allí cursaran los primeros años escolares. El profesor era muy católico también. Don Evaristo, inclusive, al ver que Mariano tenía mucha disposición para el estudio, quería que fuera sacerdote. Insistió en que Mariano entrara al Seminario, lo que efectivamente hizo.

Doña Paulina, como su esposo, era muy católica. Pero, aparte de la religiosidad, era muy distinta de él. Mimaba a todos los hijos, de los cuales Mariano, el mayor, era el más consentido.

En aquel tiempo Lagos era un lugar de mucho más importancia que la de hoy en día. Hace poco tenía 14,000 habitantes, a pesar de su estado actual en que sólo es una gloria olvidada. A fines del siglo pasado Lagos era la segunda ciudad del estado de Jalisco, en cuanto a importancia cultural. Poseía una fuerte tradición liberal, heredada del insurgente Pedro Moreno, y además una tradición literaria. Había, a fines del siglo, una generación de escritores en plena producción, según veremos más adelante.

Siempre ha sido la agricultura la base fundamental de su economía; pero además, en aquel tiempo Lagos era parada obligada en la ruta de los cocheros y de los arrieros. Estos proporcionaban muchas ganancias a los hombres de negocio, propietarios de tiendas y de pensiones. Pero cuando se acabó el ferrocarril, quitó a aquéllos su trabajo y, por consiguiente, privó a los comerciantes de una importante fuente de ingresos.

Falta página

N° 16

CAPITULO II

LOS PRIMEROS AÑOS DECISIVOS (1873-1888)

Don Evaristo y doña Paluina vieron nacer a su primer hijo, José Mariano, el 1º de enero de 1873. Nació en la casa de la familia (que ya no le pertenece), y que se encontraba en el barrio de San Felipe, en el número 13 de la calle Espiridión Moreno, en Lagos de Moreno, Jalisco. Ya dijimos que la primera escuela a la cual asistió fue la del profesor Concepción Toral, un señor muy católico, lo mismo que don Evaristo. Como cursó allí varios años, obtuvo una base católica muy honda. Antes de terminar la primaria, le cambió su padre al Liceo de Varones del Padre Miguel Leandro Guerra, en Lagos. La escuela llevaba el nombre del Padre Guerra, un Presbítero, aunque estaba bajo la jurisdicción civil municipal, porque el padre legó el dinero para construirla. Estudió en ésta cuatro años de Facultad Menor.

Pero, como la mayoría de los niños de esa edad, disfrutaba las vacaciones con mucho placer. Para él eran el acontecimiento máximo del año, porque significaba la salida de la familia hasta el rancho donde pasaban los meses de julio, agosto y septiembre. Consideraba esta temporada como una de continua embriaguez campestre. Además, don Evaristo invitaba a otras familias. Todas salían al mismo tiempo, y se juntaban tantos que parecía un desfile. Entre aquellas familias figuraba la de una niña, Carmen Rivera, que un día sería la esposa de Mariano. En el rancho se hacían amenas las noches, con los juegos de estrado, partidas de lotería, uno que otro baile medroso —porque a don Evaristo no le gustaban— y con la música de algún grupo que iba hasta allí.

No sólo se divirtió en el campo sino que allá recibió otra educación. Sus maestros fueron el mayordomo, los vaqueros, los carreteros y los peones. Aprendió a montar becerros, echar piales y manganas, enfrenar y ensillar un caballo, saltar una cerca, soportar los más brutales porrazos y conocer las propiedades de ciertas yerbas. Le contaron supersticiones y

anécdotas campestres. Aprendió también las locuciones gráficas, estrictas del campesino, junto con infinidad de inflexiones llenas de color y de sentido. Fue, en efecto, un largo aprendizaje; aprendizaje viril y de endurecimiento, indispensable para apreciar un paisaje que será incompleto siempre, si no se vive y si no se sufre en él. En su adolescencia el aprendizaje se completó y sus sensaciones se afinaron. De esta manera obtuvo un trasunto de lo más fiel de la vida ruda del campesino, en su lucha tenaz y perenne con los elementos.

Su educación informal recibida en el campo, quedó completada por la de sus actividades y experiencias en el pueblo. Don José María González, su abuelo materno a quien todo el mundo conocía por el apodo de Talayotito (debido a que en sus carrillos totalmente afeitados brillaba una pelusilla parecida a la de los talayotes tiernos) fue el único que tenía la clave del silencio de los niños. Cuando les decía "Siéntense niños, les voy a contar un cuento", se quedaban inmóviles. Escuchar sus cuentos fue para ellos el máximo goce. Los cuentos interesaron tanto a Mariano que, durante su asistencia a la escuela primaria, comenzó a escribir otros suyos propios. Desde entonces su afición quedó definida.¹

En las horas que le dejaban libres las tareas escolares, solía ayudar a su padre en la tienda. En aquel tiempo se podía vender toda clase de mercancía. Entonces, entre muchísimas otras cosas vendían pulque y otras bebidas alcohólicas. Los borrachitos hacían su consumo en el propio mostrador, menudeándolo a su placer, en charla con sus amigos. Era lo mismo que en cualquier cantina. Así aprendió su vocabulario, sus gestos, sus maneras, y su calor. Más tarde, en sus correrías de revolucionario, perfeccionó estos conocimientos.

Por otra lado, comenzó su lectura de novelas. La primera que leyó fue una de Enrique Pérez Escrich que constaba de siete tomos. A los doce años guardaba entre los cajones de jabón, en la tienda, algunas novelas como *El Conde de Montecristo*, en edición económica y reducida de Barcelona. Las compraba a cincuenta centavos, a los agentes de publicaciones del Ferrocarril Central Mexicano. En aquel tiempo se consideraba como escandaloso, entre los católicos, leer las novelas francesas. Por eso, siempre tenía bien escondidas estas obras y cuando su padre roncaba, durante

¹ Entrevista, "Don Mariano Azuela y su obra literaria", *La Nación*, 15 de junio de 1950, México, D. F.

la siesta, Mariano se encaramaba al tapanco, o se escondía entre las cajas y los barriles, a saborear el libro prohibido. Los leía porque era de espíritu inquieto y le gustaba ir contra lo común; pero se sintió desilusionado cuando no pudo comprender el porqué de la prohibición.²

Sufrió dos experiencias traumáticas en su niñez, que hicieron resaltar su sensibilidad; le trastornaron tanto que se enfermó en las dos ocasiones.³

Una fue el resultado de un fusilamiento. El fusilado fue un don Pepe. Parecía ser un buen hombre, del tipo que se encuentra por todos lados, pero debía dinero. En una cita con su acreedor, lo mató porque no tenía el dinero ni ganas de devolvérselo. En la víspera del fusilamiento, Mariano estuvo despierto toda la noche. En la madrugada oyó las avemarías y una descarga, a unas cuadras de su casa. A la hora de levantarse no pudo: pasó todo el día ardiendo en calentura.

Causó la otra un sombrero de bolita. Un día su padre le compró un bombín negro. Tuvo que estrenarlo el domingo siguiente. El lo cuenta así: "... me puse mi pantalón cachirulado, mis zapatones de oreja y mi chaqueta de gamuza de venado. ¡Qué corbata, ni qué calcetines ni qué ojo de hacha! Me calé el bombín a taparme bien las orejas y salí a la parroquia, a la misa de ocho. No más atravesé la placita de San Antonio y resonaron a mi espalda las carcajadas de unos vagos; al llegar al puentecito de Nuestra Señora de Guadalupe unos pelados me silbaron el Meco, la Muerte y otros sonos injuriosos. Por fin, llegando al atrio de la parroquia, gente ociosa y de mala alma me azuzó un falderillo escandaloso que se me pegó a las pantorrillas y con él regresé de estampida a mi casa, sin haber oído misa".⁴ Cayó en cama, y otra vez le subió la fiebre.

Su padre, al ver que José Mariano tenía facilidad para el estudio, quería que fuera sacerdote, y por eso lo mandó a Guadalajara, a un Seminario, en el año de 1887.

² Azuela Mariano, "Novela y autobiografía", capítulo II, en; *Obras completas*, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México. Pág. 1126.

³ Azuela Mariano, *op. cit.* Tomo III. Págs. 1190-1192.

⁴ *Ibid.*

Falta página

N° 20

CAPITULO III

LA ESTANCIA EN GUADALAJARA (1887-1899)

En 1887, debido a la insistencia de su padre, Mariano entró en la Facultad Menor del Seminario Conciliar de Guadalajara. No le gustó. Nunca le atrajo la carrera sacerdotal. No más terminó el curso de "Moral y Religión" abandonó el Seminario, donde había cumplido quince años.

Habiendo dejado la carrera sacerdotal en 1888, se inscribió en el Liceo de Varones de Guadalajara, y revalidó los estudios que había completado en Lagos. La revalidación debe haberle costado un año.¹

Habiendo empezado los estudios preparatorios en el año 1889, completólos en la primavera de 1892. En otoño del mismo año principió sus estudios de medicina, carrera que había escogido cuando salió del Seminario. Constando la carrera de seis años, la terminó en el otoño de 1898 —en 1893 el gobierno había reformado el año escolar haciéndolo correr desde el 7 de enero hasta el 15 de octubre—. En el año siguiente, 1899, cumplió los seis meses de servicio en el 5º puesto de la Policía en Guadalajara, y escribió su tesis. En julio renunció este trabajo y presentó su tesis. La aceptaron y le dieron los últimos exámenes generales de medicina, cirugía y obstetricia. Fue aprobado en su examen final el día 18 de agosto de 1899. (*Nota*)

¹ Azuela dice en la página 1127 del tercer tomo de las *Obras completas* que cumplió quince años en el Seminario. Su esposa afirma que estuvo sólo un año allí; ella le escribía entonces. Por consiguiente se establece que estudió en el Seminario desde 1887 a 1888. En cuanto a su entrada al Liceo, un cuaderno que su familia posee —que él tenía en 1889 en el cual recordaba sus materias y sus gastos— dice que comenzó sus estudios de primer año en el Liceo en el año 1889.

Nota. Para los que interesa, incluyo una lista de los cursos que llevó en el Liceo de Guadalajara y en la Escuela de Medicina.

El Liceo.

1889-1890 1º de historia de México, 1º de matemáticas, 1º de francés, dibujo natural; como oyente, geografía.

En la *nota* el lector curioso encontrará una lista de los cursos que Mariano estudió durante su estancia en Guadalajara. Como esta biografía debe tener una orientación literaria dejaré de mencionarlos en el curso de la narración. Lo que más nos interesa es el ambiente en que vivía: sus experiencias y actividades fuera del salón de clase que encendieron la chispa de escritor que llevaba el joven estudiante.

Después de desertar del Seminario donde vivió, habitó durante el resto de su tiempo en la capital del estado, en varias casas de asistencia. En 1889 su padre lo mandó a la del Dr. Alvarado, quien era amigo y estaba relacionado con el Seminario.

José Mariano tuvo que quedarse en aquella casa dos años aunque no le gustara el ambiente. Los huéspedes eran estudiantes de teología y el dueño de la casa pertenecía también al Seminario, a lo que debió que allí se observara la más estricta disciplina. Se mudó de aquella casa sólo después de que murió su padre, a los sesenta y cinco años, en 1891.³

1890-1891 2º de historia, 2º de matemáticas, 2º de francés, lectura superior y declamación; fue al 2º de dibujo natural como espectador; se examinó en griego.

1891-1892 física, inglés, pintura; tomó como oyente dibujo natural, se examinó en geografía y astronomía.

Escuela de Medicina.

1892-1893 anatomía descriptiva, fisiología y química fisiológica, historia natural médica; se examinó en 2º de inglés que había dejado pendiente en el Liceo.

1894 1º semestre: historia natural botánica, 2º de fisiología, histología normal, 2º de anatomía descriptiva; 2º semestre: historia natural bacteriológica, 2º de fisiología, histología normal, anatomía descriptiva.

1895 jurado de teoría; patología interna, patología externa, terapéutica aplicada. Jurado de práctica; anatomía descriptiva, histología patológica, medios de diagnóstica.

1896 patología externa, patología interna, partos, higiene, terapéutica, cirugía, clínica externa, clínica interna.

1897 patología externa, patología interna, ginecología, cirugía, clínica interna, clínica externa, clínica ginecológica, clínica obstétrica.

1898 clínica interna, clínica externa, clínica obstétrica, clínica ginecológica, clínica de niños, farmacia.

Terminación de la carrera.

Cuando murió, se tuvo que enfrentar con el problema de financiar su carrera. Hizo un convenio con un tío suyo, José María. El tío le prestaba el dinero que necesitaba y, cuando terminó sus estudios, Mariano pagó la deuda con un terreno del rancho que era parte de su herencia.

La impresión que le causó Guadalajara durante sus primeros años fue de desencanto. Era un nuevo ambiente que poco a poco fue conociendo y que sirvió como fondo y como agente del desarrollo del joven Mariano.

Una tarde, alrededor del año 1890, estaba sentado en la plaza de armas cuando de repente vio a un caballero de paso incierto y con una mancha de sangre en el cuello quien era conducido por dos damas. Entraron en el Palacio de Gobierno. Supo que era el gobernador del Estado, el general don Ramón Corona. Le acababa de pegar un tiro un maestro de escuela. Fue un suceso tan importante y tan extraordinario que escribió a sus familiares una larga carta que circuló entre muchos de sus vecinos en Lagos. No la dio mucha importancia entonces, pero aseveró en una de sus memorias que fue su primer triunfo literario.⁴

No dejó sus lecturas cuando salió de Lagos. Llevó consigo en 1889, entre otros libros, *Don Quijote de la Mancha*, *Jesucristo Predicado*, *Filosofía Cristiana*, *Religión* por Perrone. De sus libros, vendía unos y daba a cambio otros para conseguir nuevos que encontró en Guadalajara. Hizo un cambalache con un compañero de medicina y recibió, a cambio de muchos Gaboriaux, Dumas y Ponson du Terrail, un lote de novelas que no

³ Aquí entran dos contradicciones que habrá que esclarecer para el erudito: 1) cuántos años estuvo en la primera casa de asistencia; 2) cuándo murió don Evaristo y cuántos años tenía.

1) En la página 1127 del tercer tomo de las *Obras completas*, don Mariano se refiere a una casa de asistencia en la cual se alojó durante su segundo año en la capital. Añade que vivieron en la misma casa muchos estudiantes del Seminario —el mismo donde él había estudiado y donde trabajaba el Dr. Alvarado— y que imperaba el ambiente desagradable de seminario. En la página siguiente escribe que estuvo en esa casa sólo un año. Bien; en el cuaderno (el mismo a que me referí en la primera nota en este capítulo) escribió que se hospedó en casa del Dr. Alvarado dos años, de 1889 a 1891.

2) Asimismo en la página 1187 del tercer tomo de las *Obras completas* dice que su padre murió a los sesenta y dos años. Se equivocó porque: a) encontré el acta de nacimiento de María del Carmen Azuela González dispensada en 1901 y que establece que el día en que ella nació, el 20 de julio de 1888, don Evaristo había cumplido sesenta y dos años (aún nació otra hija, Luz María, después de María del Carmen); b) en el cuaderno mencionado él anotó que había recibido dinero de su padre en octubre de 1890; c) su viuda afirma que don Evaristo murió en mayo de 1891, quince días después de que naciera Luz María Azuela González.

⁴ Azuela, *op. cit.* Tomo III, pág. 1129.

conocía, entre las cuales había: *Honorine*, *Ursule Mirouet* y *La cousine Bette*. Entonces, una tarde decidió leer *Ursule Mirouet* aunque no fuera más que practicar su francés, del que había estudiado dos años en el Liceo. La novela le cautivó. Sabía que había encontrado a un escritor estupendo en la persona de Honorato de Balzac, aunque nadie le conocía. Y no mucho después, en la Biblioteca Pública —donde solía ir a leer— descubrió a un señor Clarín y a un señor Taine que confirmaron el valor de su hallazgo.

Tan contento y satisfecho estaba que contó su descubrimiento a un “fósil de medicina” que concurría a la misma casa de asistencia, quien le preguntó si había leído algo de Flaubert, Zola, Daudet, y los Goncourt. José Mariano respondió que no y al mismo tiempo recitó una lista de las novelas que había leído. El “fósil” le aconsejó que leyera algo de la literatura realista de entonces. Comenzó una serie de lecturas, “que fue una verdadera orgía de acontecimientos, gentes y paisajes: borrachera de fantasmas y de pasadillas; una vida pujante y magnífica que me hacía olvidar la otra, la verdadera”.⁵ La escuela realista fue la que le impresionó más que ninguna otra. También gustaba de asistir a las funciones teatrales.

En aquellos años anteriores a la Revolución los grandes actores del mundo pasaban por los teatros de México, gracias a la ayuda monetaria del gobierno. Su interés en el teatro se despertó cuando todavía estaba en Lagos e hizo que dejara el circo, las carreras y aún las corridas de toros. En Guadalajara solía ir todos los domingos en la tarde al teatro a ver las funciones que duraban, en aquellos días, seis horas. Asimismo no faltó a ninguna de las veinte funciones del Gran Teatro Degollado que daban durante sólo cuatro semanas, y que fue una temporada de ensueño. Empeñaba su capa dragona de vueltas escarlata para ajustar los veinticinco pesos que costaba el billete de abono. Así conoció “Los siete grados del crimen”, “La huérfana de Bruselas”, “Don Alvaro o la fuerza del sino”, al Duque de Nevers, a Enrique de Lagardère y al caballero d’Artagnan. Conoció además el teatro clásico y los nombres de Tirso de Molina, Calderón, Molière y Shakespeare.

Pero todos estos intereses no podían competir con la atracción del rancho, cuando llegaban las vacaciones. Todos los años que estuvo en

⁵ Azuela, *op cit.* Tomo III, pág. 1130.

Guadalajara regresaba a él. Estaba tan ansioso de llegar allí lo más pronto posible que ya le esperaban en la estación de ferrocarril con su caballo ensillado y sin demora emprendía el corto viaje hasta el rancho. Fue durante uno de estos períodos de descanso entre las tareas escolares, el verano de 1892, cuando José Mariano y la joven Carmen Rivera se prometieron. Ella era sobrina del padre doctor Agustín Rivera, distinguido liberal eclesiástico y catedrático en el país, natural de Lagos. Cuando estuvo en el Seminario oyó una discusión acalorada de unos seminaristas sobre el Dr. Rivera y una de sus obras, la cual le despertó interés y curiosidad por conocerlo. En sus próximas vacaciones, pretextando comprarle un libro, fue a su casa. Cuando entró a la sala se sintió tan embobado por tantos objetos raros como había, que ni siquiera vio al anciano sentado allí, hasta que éste le habló. El joven Mariano le dijo que libro quería y el padre fue por él, dejando a su criada allí para vigilar al seminarista. Más tarde supo, después del sacrificio que le costó adquirir el libro, que el padre lo regalaba a cualquier hijo de vecino, habiendo tenido además que soportar su falta de cortesía. No le ofrecieron un asiento, y al recibir el importe don Agustín dijo a su criada: "Revisa esas monedas, a ver si no son falsas".

Entonces, Azuela salió repentinamente de la casa. En sus memorias, refiriéndose a este episodio cuenta: "La lección fue dura, pero provechosa: jamás he vuelto a incurrir en la debilidad y tontería de visitar sabios".⁶ Años más tarde, cuando Azuela casó con una sobrina del padre, se hicieron buenos amigos.

En la edición de *Ursule Mirouet* por Balzac que leyó en Guadalajara —que se conserva aun en su biblioteca— subrayó una oración: "Le visage d'un homme chaste a je ne sais quoi de radieux". Y en el margen, al lado de la oración, escribió; "Sr. Rivera". Esto es un testimonio de la admiración tan grande que tenía para el Dr. Rivera. Mariano leyó todo, quizá, lo que escribió el ilustre Doctor, absorbiendo todas sus enseñanzas liberales. El padre Rivera trató casi todo género de cosas. Se conservan hasta la fecha, en la biblioteca que dejó don Mariano, las obras del gran liberal.

Una de estas obras, *Los dos estudiosos a lo rancio, diálogo crítico*, publicada en 1882, en la cual nos informa de su vida cotidiana, me interesó

⁶ Azuela, Mariano, *op. cit.* Tomo III, pág. 774.

especialmente. Las marcas que Mariano hizo al leerla revelan que le llamó mucho la atención. Creo que es más que una mera casualidad su acuerdo con el parecer del Dr. Rivera en muchas cosas. Unas de las frases señaladas son: "...mi mesa que aunque frugal es abundante y variada... nunca me falta un amigo de confianza..."⁷ me acuesto a las 10:30 de la noche y, estoi al día siguiente al despertar al toque del alba... la hora diaria de ejercicio a pie y la otra diaria de dormir en la siesta son imprescindibles... otra de las cosas que distraen del estudio son las ocupaciones domésticas... tiene (uno) que atender diariamente y a todas horas en la larga y enojosa serie de pequeñeces domésticas que me causa vergüenza nombrar... me quita mucho tiempo el visitar a mis parientes, visitas de cumpleaños, alumbramiento, despedida, bienvenida y pésame..."

En julio de 1894 José Mariano volvió a mudarse de casa, yendo a la de la señora Jesús González. Las personas que conoció en esta casa y en una clínica del hospital, le proporcionaron la inspiración y el material (teniendo ya el guión de sus lecturas extensas) para forjar su primera obra de alguna consecuencia, *María Luisa*. Tomó el argumento de un pequeño cuento, uno de una serie de siete titulados "Impresiones de un estudiante", que escribió en 1896. El cuento se inspiró en una muchacha moribunda que conoció y que estudió en el Hospital de San Miguel de Belén.

Un día el profesor de la clase de clínica interna la conducía de cama en cama, para diagnosticar cada caso. En la sala de San Vicente rodeaban a una enferma y Mariano oyó lo que alguien cuchicheaba; "Es la querida de X...".

"X era un pasante de medicina en vísperas de recibirse y su querida precisamente la enferma acerca de la que el profesor nos estaba dando la clínica. Me distraje de la perorata del maestro, reparando en la muchacha de dieciocho años, ya una piltrafa humana. A pesar de su demacración y del color terroso de su piel reseca y untada a los huesos, quedaban rasgos evidentes de su pasada belleza: la perfección de su perfil, sus labios entreabiertos por una respiración anhelante dibujándose en gracioso

⁷ Cuando le faltó su último amigo de confianza, murió. Un hijo suyo, Enrique Azuela, me indicó un paralelo entre la vida de su padre y la del amigo de confianza, Enrique González Martínez. Los dos nacieron en el Estado de Jalisco, en el lapso de ocho meses; escribían en *Kalendas*; desde luego se inspiraron amistad; entraron juntos al seminario de cultura mexicana; pasaron asimismo al Colegio Nacional; murió E. G. Martínez y en menos de quince días murió Azuela (ya no quería vivir); y el toque final, las calles que fueron nombradas en su honor son paralelas, sólo una cuadra las separa.

sa curva, sus carrillos levemente arrebolados por la fiebre, sus ojos negrísimos de dilatadas pupilas, con la expresión angustiosa de la tragedia final.

—Tuberculosis, alcoholismo y ¡la débâcle! neumonía —dijo el profesor pasando a la cama siguiente”.⁸

Cuando avanzó el grupo a otra sala, Mariano se quedó con la enferma y consiguió que ella le narrara su propia historia, que verificó lo que había dicho el compañero indiscreto. La muchacha murió al día siguiente y hicieron una autopsia delante de la clase. Entonces, Mariano regresó a su cuarto y terminó la serie con el cuento de “La enferma levantó...”; lo firmó “Beleño”, y lo mandó al “Gil Blas Cómico” de la capital que lo publicó el 5 de marzo de 1896.

En el mismo año, durante sus noches de internado en el hospital, escribió *María Luisa*. Además de la enferma, le sirvió de modelo la guapa hija de la señora González, la dueña de la casa donde se hospedaba. Con ellas hizo una amalgama que acabó por ser un nuevo personaje; una María Luisa tan suya como si él mismo la hubiera engendrado. Otro personaje, Pancho, tuvo como modelo a un estudiante de preparatoria que vivía en la casa también. En la alameda, donde iba mucha gente en las tardes durante la temporada lluviosa, por la frescura del aire, encontró más tipos humanos y ambiente para la novela.

Reflexionando sobre la novela, ha dicho que necesitaba únicamente de cierta habilidad —que constituyen las dotes naturales del principiante y las que se afirman en la exactitud de la exposición— para enfocar con verosimilitud, claridad y precisión, el ambiente, escenario y personajes. Los dos tipos que presentó fueron de una calidad humana invariable; son de ayer, de hoy, de siempre: ella es una chica casquivana, ya muy cerca de la edad peligrosa; él un tenorio de barrio, sano, bien parecido, y de buen humor.

Pintó los personajes con una técnica que casi rayaba, por su laconismo, con el estilo de una acta de Registro Civil, dando su edad, clase, figura, etc., con todos sus generales. Después siguió describiendo al ambiente, poniendo finalmente en movimiento a aquellos. El método es uno de los usados por los principiantes sin preparación previa en el género, por ser

⁸ Azuela, “El novelista y su ambiente (I)”, *op. cit.* Tomo III. Pág. 1013.

el más natural, el más sencillo y asequible para el autor. Dejéla por unos diez años sin publicarla.

En 1897, su quinto año en escuela profesional, seguía con sus lecturas. Le sedujo *Sor Filomena* de Edmundo de Goncourt, con sus admirables retablos de la vida de los estudiantes de medicina en París. En estos años “digirió” (en el sentido que lo dio F. Bacón) otros libros de filosofía positivista. Era, desde estudiante, un libre pensador.

En 1897 comenzó a trabajar también. El 1º de junio entró al Hospital Civil como ayudante de estadística, con el sueldo de diez pesos y asistencia diaria. El empleo le ayudó mucho con sus gastos, teniendo menos necesidad de pedir prestado a su tío. El siguiente mes le aumentaron cinco pesos de sueldo. Le pagaban muy bien: le costaba sólo doce pesos mensuales su alojamiento.

En 1899, habiéndose recibido de médico, regresó a su pueblo natal para establecerse.

CAPITULO IV

SUS PRIMEROS AÑOS DE MEDICO (1900-1914)

El ahora doctor Azuela, al regresar de Guadalajara, adquirió una botica que estuvo ubicada en las calles Real y de la Merced, actualmente Hidalgo y Agustín Rivera. La llamó "San José". Iba allá a dar consultas todos los días. Además, en su domicilio atendía a los enfermos a cualquiera hora del día. A los que no tenían dinero para pagarle, les proporcionaba las medicinas y les visitaba en sus casas, hasta que sanaban. Después de algún tiempo, compró un coche junto con un tronco de mulas, para poder hacer las visitas profesionales al campo.

Las horas que no gastaba en hacer visitas y dar consultas, se las pasaba clavado sobre los textos médicos, o sobre las publicaciones literarias a que estaba suscrito.

En encargado del hospital "Rafael Larios" le pidió que realizara las autopsias. Lo hizo y recibió un pequeño sueldo por ello. También, era el médico municipal. Además de sus obligaciones profesionales, se encargó del rancho, llevando todas las cuentas del mismo. En "La Providencia" se cultivaban maíz y frijoles y se guardaba algún ganado. Sin embargo, don Mariano tuvo que mantenerse de su profesión únicamente, porque del rancho no recibió mucha ganancia. Por otro lado, tenía una que otra casa que rentaba, pero tampoco era mucha la renta.

A pesar de tanto trabajo no se privaba de una de sus delicias; el teatro. Cuando tenía noticia de la actuación en Guadalajara o en México de las grandes figuras mundiales, salía en el tren nocturno del sábado. El domingo asistía a las representaciones, y tomando otro tren nocturno, llegaba en la mañana siguiente a buena hora a su trabajo.

Más en todo este tiempo no era ya soltero. El día 14 de septiembre de 1900, después de haber cumplido ocho años de novio, casó con la seño-

rita Carmen Rivera. Procrearon diez hijos, cinco varones y cinco hembras. El primero de los siete nacidos en Lagos vio la luz en 1902.

Relata la viuda de don Mariano varias anécdotas sobre él. Dice que era una persona retraída, un observador extraordinario, y muy apegado a sus convicciones. Una de sus ideas fue la de no creer, o de no ver ninguna utilidad, en las pólizas de seguro sobre la vida. Una vez, durante mucho tiempo, fue a verlo un agente de la compañía de seguros "La Nacional". Don Mariano le hacía toda clase de descortesías para no recibirle. Pero al fin el agente le esperó en la calle y encontró al doctor. Cuando le habló, resultó que la compañía quería que el Dr. Azuela aceptara el cargo de Médico Examinador en Lagos, lo que hizo.

Cuenta ella por otro lado que, antes de que llegara la fuerza eléctrica a Lagos, su afán de leer lo hacía despertarse a las cinco de la madrugada a esperar la luz del día con un libro sobre sus rodillas.

Sus inquietudes literarias ocasionaron que se tratara mucho con el poeta laguense Francisco González León, y le hicieron pertenecer al grupo de literatos de Lagos de aquel tiempo. Formaban entonces el medio literario allá: el doctor Agustín Rivera, el doctor Antonio Moreno y Oviedo, el doctor Bernardo Reina, el mencionado F. G. León, José Becerra, Francisco Guerrero Ramírez, Lauro Gallardo y algunos otros. Todos ellos, menos el doctor Rivera, formaron un grupo literario activo. Se reunían las tardes dominicales en la quinta de los Moreno a charlar, cambiar impresiones sobre las letras y artes, y leerse sus ensayos. Editaban una revista antológica que titulaban "Ocios Literarios" y un periódico, "Kalandas", en que publicaban todos los artículos, etc., que escribían. Fue durante este tiempo cuando don Mariano firmaba sus artículos o cuentos con uno de los varios seudónimos que empleó: *X*, *Uno de la galería* y *Pedro Gringoire*. Este mismo círculo de literatos organizó los primeros juegos florales de Lagos en 1903. Don Mariano obtuvo un premio con su cuento "De mi tierra" que se publicó en el periódico "El Imparcial" de la Capital.

Animado por el grupo, don Mariano publicó sus primeras novelas: *María Luisa* en 1907, *Los fracasados* en 1908, *Maya yerba* en 1909, *Andrés Pérez, maderista* en 1911 y *Sin amor* en 1912. Todas menos la primera, *María Luisa*, fueron inspiradas en la vida laguense y sus tramas se desarrollan en Lagos o en sus alrededores.

Un domingo se le ocurrió llevar unos capítulos de *María Luisa* a la reunión. Leyóselos a sus amigos y les parecieron aceptables. Entonces se entusiasmó. La corrigió y la dio a la imprenta para hacer un tiro reducido.

La novela tuvo un éxito lisonjero para él. Enrique González Martínez en su revista "Arte" y Arturo R. de Carricarte en "El Fígaro" de La Habana, se ocuparon de su novela. A causa de ella recibió varias cartas halagadoras del Lic. don José López Portillo y Rojas y de Victoriano Salado Alvarez, entonces los dos más eminentes críticos de Jalisco. Este reconocimiento le bastó para que decidiera dedicar todo el tiempo posible a cultivar la novela.

En seguida escribió y publicó la segunda, *Los fracasados*. Su propósito fue concretar un aspecto y un momento en la vida de Lagos, una población de unos 12,000 habitantes, aprovechando un suceso excepcionalmente favorable de crisis social. Es, como *Sin amor*, un estudio de la burguesía pueblerina. Las dos fueron productos de su reacción adversa contra la sociedad y la vida del pueblo.

Cuando estaba ausente de su pueblo, conservaba imágenes de las cosas y de la gente que había dejado en él. Al tiempo que volvió, encontró las cosas tal como lo esperaba, pero la gente era otra. A primera vista, la sociedad le pareció carente de sentido, informe. Dióse cuenta más tarde de que era como una construcción sólida, lógica y hasta armoniosa. No se adaptó al medio porque no quiso asimilarse a costa de su "yo", su propia personalidad. Una vez que vio la estructuración y que comprendió las fuerzas móviles del medio, pudo apreciar los tipos y los acontecimientos del pueblo.

Le puso a *Los fracasados* el tema del fracaso de un idealista en un medio adverso. Tomó como protagonista a un cura del pueblo¹ que había conocido de vista en el Seminario. Por casualidad, un domingo que iba de paso entró en la iglesia de este cura (que estaba en Lagos) y lo escuchó predicar. Era de férrea contextura moral, apartado del ambiente del mundo y de una rectitud de conducta inmaculada e inflexible. Por medio de ataques contra los liberales y contra el gobierno, procuró animar a la gente, que era pasiva por naturaleza. Don Mariano consideró simpatiquísima la figura del cura y para realizarla mejor le opuso un tipo de tendencias

¹ Azuela, Mariano, *op. cit.*, Tomo III, pág. 1050. Nota: por lo general se le considera al licenciado como el protagonista, lo que es un error.

opuestas, el joven secretario de la Jefatura Política, el licenciado Reséndez. Para crearlo se inspiró en su íntimo amigo, José Becerra. Rehizo el modelo y lo sometió a muchos retoques, cosa que no necesitó la figura del cura.

De nuevo hubo unos cuantos comentarios sobre la obra, que fueron más que suficientes para hacerle dedicarse a la carrera de novelista, es decir cultivar el género formalmente.

Mala yerba, la que sigue, tiene una procedencia múltiple. Tomó el ambiente de las reminiscencias, de su niñez y de su adolescencia, del campo. Sin buscarlo, ya había aprendido el habla del campesino, sus hábitos y sus penas. Sus personajes los sacó de entre las personas que había encontrado y a quienes conoció durante sus andanzas de médico pueblerino y a veces rural. Lo último que encontró fue el asunto, que le llegó de la manera menos esperada.

Teniendo que servir de médico legista oficial en proceso, tropezó con el argumento que esperaba. Había retenido el legajo y más tarde comenzó a leerlo. Desde el principio vio que era precisamente lo que le hacía falta. Le interesó como un caso clínico, como el asunto de *María Luisa*, y lo leyó de principio a fin, como si fuera una novela interesantísima. El caso trataba de las fechorías de un hacendado, celoso de su caballerango al que mató, rematando la hazaña con el asesinato de la joven y bella esposa, causante inocente de la tragedia.

Quedó satisfecho con la novela, pues el éxito de ella superó lo que esperaba.

La siguiente que escribe, *Sin amor*, es también, como *Los fracasados*, un estudio de la burguesía pueblerina y producto de una reacción adversa a la sociedad y a la vida de su pueblo. Quiso captar esta vez el medio ambiente de sopor y de aburrimiento de los pequeños pueblos donde se concede importancia a lo insignificante, lo que niega todo valor real.

Puso en ridículo al afán de algunas gentes de la clase media por igualarse con los ricos, haciendo los mayores sacrificios, hasta los de la dignidad y del honor, para ser aceptadas en la alta sociedad. En una ciudad grande podrían lograr más que en un pueblo reducido donde todos saben lo de todos, y en que sólo consiguen ofrecer un espectáculo cómico, cuando no es repulsivo.

Pasó esta novela inadvertida; sólo un crítico se ocupó de ella. Vino ahora la revolución a cerrar este primer ciclo de su producción artística y, a la vez, a abrir otro que le reservaría un lugar permanente en la historia literaria en México. ||
= of

Le simpatizó el nuevo movimiento y comenzó a trabajar por su triunfo final. Durante la temporada en que el ser maderista era lo mismo que ser criminal, perverso o anormal cuando menos, convirtió, junto con el secretario de la Jefatura Política, las oficinas oficiales en centros de propaganda revolucionaria. Cuando el Sr. Madero estuvo preso en San Luis Potosí, el Dr. Azuela le escribió una carta de adhesión que aquél contestó con otra llena de firmeza, y que don Mariano conservaba con honor. Triunfó la revolución. Los enemigos más encarnizados de ella comenzaron a lucir la insignia de los soldados maderistas, un cambio grotesco que se repitió muchas veces durante los años siguientes. Entonces contaron con la adhesión de todo el pueblo.

El pueblo trabajador unido a numerosas personas de la clase media nombraron a Azuela Jefe Político del cantón, y fue aprobado por el gobernador. Para poder instalarse en su oficina tuvo que desalojar con la ayuda de los soldados federales a los seudomaderistas —que aparecieron en todos lados— y a las autoridades a quienes sostenían, todos al servicio de los caciques. Corto tiempo después, por medio de intrigas, se desconoció al gobernador. Don Mariano protestó con la renuncia inmediata de su puesto, que tuvo que entregar a la misma persona a quien había desalojado por la fuerza para tomar posesión.

Este fue su instante de máxima desilusión; suceso que le mostró la medida cabal del fracaso del movimiento revolucionario. Determinó retirarse en absoluto de toda actividad política y dedicarse exclusivamente al ejercicio de su profesión, componiendo en sus horas libres el primer tomo de una serie que llamó al principio “Cuadros y escenas de la revolución mexicana”. Pasó en esos días por un corto período de conflicto íntimo. ||

Vio que no había verdadera justicia en el movimiento, que sólo se lograba reemplazar a unos “vampiros” con otros. Dióse cuenta asimismo de que las convicciones, en un revoltijo como ese, no correspondían con los actos. Los que por su propio bienestar querían quedarse fuera de la lucha armada, no pudieron resistir la fuerza, casi magnética, de la “llamada de la especie”. Pudo resistir la fuerza que le atraía a la lucha, pero le

hizo que dejara de ser el expositor sereno e imparcial que era en sus primeras novelas, para elegir una firme posición mental en el gran movimiento renovador, convirtiéndose en un narrador parcial y apasionado de los acontecimientos en que era ora testigo ora actor.

Le proporcionaron el tema básico de su próxima novela, la audacia, el cinismo con que los enemigos de la revolución "chaquetearon" en los propios momentos en que se consumó la derrota del viejo régimen. Procuró condensar en menos de un centenar de páginas el aspecto, incertidumbre, confusión y fracaso del movimiento de Madero, cuyo triunfo rápido fue la causa mayor de su caída, por no haber dejado que madurara en la conciencia del pueblo. En ésta, *Andrés Pérez, maderista*, vertió todo su desencanto.

Cayó el gobierno de Madero. Recobraron los acaudalados su influencia y poder. Ser maderista fue otra vez infamante y vergonzoso. Hubo numerosas denuncias. Por los imperativos cambios de autoridades, se estableció un estado de zozobra e inminente peligro. Bajo tales condiciones empezó a escribir *Los caciques*.

Intentó relatar la enconada lucha entre el rico explotador e insolente con el pueblo domado que ya elaboraba una terrible revancha. No quiso relatar la historia de ninguna familia en particular sino la de una casta imperando en cada centro, grande o pequeño, perfectamente organizada e identificable en todas partes por rasgos bien definidos. Se propuso ajustarse estrictamente a la verdad en lo posible, aunque la escribiera con mucha pasión.

Esta novela no se imprimió hasta después de su participación en la Revolución.

CAPITULO V

PARTICIPACION EN LA LUCHA ARMADA. (1914-1916)

No obstante su deseo de apartarse del círculo de acción política, se alistó en el partido de la Convención de Aguascalientes, como la representación de la legalidad.

Su previa participación política trajo como consecuencia que estuviera vigilado estrechamente y en un estado de tensión constante. Hubo la ruptura política inmediata y violenta de dos facciones poderosas que se disputaban el poder. La entrada y salida de las facciones contrarias los colocaban (a él y a otros en su misma situación) a la merced de sus enemigos locales, que encontraban la oportunidad más fácil para sus venganzas, denunciándolos con los jefes, generalmente pasmados, ignorantes, irresponsables y fáciles de engañar. El delito ya no era ser maderista sino carrancista o villista. Los sucesos le obligaron a introducirse en la lucha armada para el bien de su propia persona. //

Había sostenido correspondencia con José Becerra, íntimo amigo y ardiente correligionario, que se incorporó a los rebeldes acaudillados por Julián Medina. Por Becerra, Medina se enteró de la labor de don Mariano en Lagos. Así fue que cuando el general pasó por Lagos, invitó a Azuela a colaborar con él en el gobierno del estado de Jalisco. Don Mariano tuvo que optar por ofrecerle sus servicios en la capital del estado.

Azuela, estando en Irapuato durante octubre de 1914, se incorporó al Estado Mayor de Julián Medina, recibiendo en seguida el nombramiento de jefe de servicio médico, con el grado de teniente coronel. En diciembre estuvo en Guadalajara, cuando el gobernador le nombró Director de Instrucción Pública del Estado. Su actuación fue muy breve, porque al poco tiempo fueron desalojados por los carrancistas y empujados hacia el norte. //

Huyendo en compañía de un amigo, pidió refugio sólo por una noche en la huerta del convento de Zapopan. El Prior les dio una celda y comida. Al día siguiente les dijo que habían llegado ya los carrancistas y que se quedaran más tiempo, conduciéndoles a la biblioteca donde se entretuvieron. Esta caridad fue para Azuela un milagro, una de las varias que le hicieron recobrar su fe.

A causa de una derrota tras otra, llegó, con muchos villistas, a El Paso, Texas, con sólo diez dólares en la bolsa. Allá completó su novela *Los de abajo* y consiguió que se imprimiera. Recibió por ella doce dólares, tres semanales durante un mes. Sus gastos no fueron muchos porque Villa pagaba las comidas de sus oficiales de Estado Mayor.

Entretanto los carrancistas tomaron Ciudad Juárez. Don Mariano aprovechó la confusión para instalarse en territorio mexicano, obtener un pase en el ferrocarril y encaminarse hacia Guadalajara, donde había dejado a su familia. Transcurridos ocho días llegó, recogió a su familia y siguió hasta México.

Durante ese período obtuvo material para varias otras obras, aparte de *Los de abajo*. Pero es ésta la que le dio sus más grandes satisfacciones en su vida de escritor. Es, también, la novela que se ha vendido más; se han publicado veintitrés ediciones. El libro en sí es una serie de cuadros y escenas de la revolución constitucionalista, y forma parte de su serie sobre la revolución que comenzó con *Los caciques* y terminará con *Las tribulaciones de una familia decente*.

Veamos cómo la iba escribiendo. Cuando se incorporó a las fuerzas de Julián Medina en Irapuato, no tenía ninguna idea de la novela que iba a escribir. Pero desde que se había iniciado la revolución, quería convivir con auténticos revolucionarios, con el propósito de obtener material humano para componer un libro. Le vino al pensamiento primero el título. Luego en Guadalajara nombró al protagonista, Demetrio Macías. Para crearlo se inspiró en Manuel Caloca.¹

Era un muchacho de menos de veinte años, alto, flaco, olvidado, tipo un tanto mongoloide, alegre e intrépido y de valor temerario en la pelea.

¹ Nota: Se dice que Azuela se inspiró en Julián Medina para crear este personaje. Es un error. "Me desentendí de Julián Medina para forjar y manejar con amplia libertad el tipo que se me ocurrió." Azuela, *Obras completas*, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica. Pág. 1080.

El mismo se confirió el grado de coronel, que Medina confirmó al incorporarlo a sus fuerzas. En un combate, en San Pedro Tlaquepaque, fue gravemente herido. El teniente coronel Azuela lo condujo, con ochenta hombres, a Aguascalientes donde lo operó. Pasaron por el cañón de Juchipila tocando el rancho de Limón, la misma población de Juchipila y la de Calvillo. En el cañón les sorprendió una partida de carrancistas. Con facilidad la gente del coronel, serranos y caballistas magníficos, se apoderaron de las alturas y pronto pusieron en fuga al enemigo. Mientras, Azuela tomaba apuntes para la escena final de la novela apenas comenzada. Terminada la operación, tomaron el ferrocarril rumbo al Norte, separándose en Chihuahua. No se volvieron a ver sino en El Paso, Texas, algún tiempo después.

Aparte de eso, la mayor parte de los sucesos referidos en la novela no fueron presenciados por él, sino contruidos o reconstruidos con retazos de visiones de gentes y acontecimientos. Además de Manuel Caloca había muchas otras personas que proveyeron a Azuela con rico material, ayudándole a crear muchos de sus personajes. Una de estas personas fue Francisco M. Delgado, secretario del gobernador Medina. Se le formó una leyenda denigrante por sus enemigos personales, unos por envidia y otros por viejos rencores. Se le inventaron defectos que no tenía y acciones que no cometió, dándole fama de lo que no fue. El Curro, Luis Cervantes, se basó en el Delegado creado por la maledicencia.

Uno de los más simpáticos compañeros de Medina, Pedro Montes, dio origen al personaje Anastasio Montañés. Era un mocetón de treinta años, recio de carnes, de cejas y barba pobladas, buenos ojos, ranchero fanfarrón y valiente. Ingenuo y sencillo, presumía de rico por ser dueño de una yunta de bueyes, y de valiente por las balas que llevaba en su cuerpo, atrapadas en riñas de feria, bodorrio y taberna. El y un tal Barbarito eran jefes del Estado Mayor, compañeros consentidos de Medina, en quienes puso siempre su mayor confianza. Sonriendo, demostraba su indomable valentía. Cuando se le presentaba la ocasión de tomar venganza de algún enemigo personal, lo sacrificaba sin rencor, como el que aplasta a la pulga que lo ha molestado. Un fusilamiento era motivo de gran alboroto y se disputaba la comisión de llevarlo a cabo. A los que tenía que despachar al otro mundo, los trataba con cariño fraternal, y más tarde, si sabían morir serenos, mostrando su desprecio a la vida, los admiraba con palabras y ademanes de fervor vehemente. Eso significaba para él un aprendizaje

para morir con dignidad y, en efecto, murió fusilado antes de la rendición de Medina.

De Barbarito, el otro consentido de Medina, provino el tipo de pitecantropo, muy abundante en aquellos días, Pancrasio. Fue el soldado más odioso que conoció el doctor, entre la gente de Medina. De veinticinco años, alto, fuerte, de mirada inexpresiva, gran quijada de antropoide, cabellos lacios untados al cróneo; su aspecto en conjunto era bestial. Lo temían y lo adulaban, por ser uno de los brazos fuertes de Medina y gozar de su confianza. Era temible, además, por ser rencoroso, vengativo y cruel. Carecía en absoluto de sentido moral y desempeñaba las comisiones rufianescas que se le encomendaban.

El güero Margarito tuvo una procedencia variada. En un restorán de El Paso, Azuela conoció a un mesero profundamente antipático; chaparro, carirredondo, mofletudo y encendido, con sus ojos inyectados hasta verter sangre. Era sumamente activo, presumía de tutearse con los cabecillas más famosos y a los civiles les trataba con desdén y aún con insolencia. Nació el güero de este tipo y fue completado con los rasgos de dos personas más. Una de ellas fue el coronel Galván, ebrio consuetudinario, cuya diversión favorita consistía en disparar su pistola en buscapiés a los concursantes a billares, restoranes, cabarets, cantinas y centros de disipación. El otro era un hombrazo casi apoplético, de pelo y barba rojizos, extremadamente irascible, que tenía el grado de coronel. Se había agregado a la tropa de Medina después de la toma de Guadalajara por los carrancistas. Cuando se enojaba se arrancaba las barbas, haciéndose sangrar. En las inmediaciones de Tequila fue herido por una bala explosiva en la rodilla, quiso levantarse, y como no pudo, sacó su revólver y se pegó un tiro en la cabeza.

El Venancio de la novela fue inspirado en un curandero de las fuerzas de Medina que ejercía en distintos pueblos del sur de Jalisco y que se pagaba mucho de su saber. De mediana edad, menudito y acicalado, se expresaba con rebuscamiento y gustaba de lucir el uniforme muy limpio y planchado. Le complacía escuchar la conversación de personas de prestigio social, político o militar.

José Becerra aparece en la novela con el disfraz de Valderrama. La frecuencia con que Azuela lo incluyó en sus novelas se debió a su íntima amistad y además a la vida aventurera y las maneras extravagantes de Becerra. Era un tipo perfecto de bohemio. Su fogosa imaginación, su palabra

cálida, siempre llena de interés y contenido, sus frases agudas y cadenciosas, envueltas como en un ramo de flores, su enorme habilidad de psicólogo para penetrar en el punto débil de cualquier persona, cuando apenas acaba de conocerla, lo hacían un animador estupendo. Interesaba tanto en la antesala de un ministro como en el interior de la cantina; lo mismo en un camino real que en una congregación pía. Necesitó desde siempre el estímulo del alcohol para vivificar su pensamiento, que sin él rastreaba el suelo. Dio el mentís más solemne y regocijante a los sabios de la medicina y de la higiene bebiendo desde la pubertad hasta los ochenta años, conservando la lucidez de su inteligencia privilegiada y chispazos de una imaginación siempre despierta.

“La Codorniz”, “El Manteca”, “El Meco” y otros personajes secundarios, entraron en ella con los mismos rasgos y apodos con que les conoció el doctor Azuela. Fueron soldados anónimos, carne de cañón. Su paso por el mundo fue como el de las hojas secas arrebatadas por el ventarrón.

En cuanto a las mujeres, todas menos “La Pintada”, fueron de su mera invención, para llenar la estructura del libro. Azuela conoció al prototipo, cuando pasaba por el cañón de Juchipila. Estuvo en el pueblo donde ella, chica prieta, muy pintada de la boca, ojos y carrillos, acompañaba al oficial de guarnición. Vestía falda corta de color vivo y abrigado, sombrero galoneado y una blusa cruzada por cartuchos repletos de tiros. Sentábase sobre una mesa, las piernas colgando y lucía unas horribles medias de algodón azul con ligas solferinas abajo de la rodilla. Tenía fama de lúbrica y se contaba que había provocado muchos lances sangrientos; era la única mujer entre aquellos soldados.

Azuela utilizó, para componer los sucesos narrados, material obtenido en conversaciones con revolucionarios de distintas clases y matices y sobre todo de las pláticas entre ellos mismos, escuchadas en los cuarteles, hospitales, restaurantes, fandangos, caminos, veredas, ferrocarriles y en todas partes, de las que tomaba apuntes.

Habiendo tenido tantas ocasiones de ver desapasionadamente el mundo de la revolución, empezó a perder en seguida la favorable impresión de sus hombres que tenía, sustituyéndola con una de sombrío desencanto y pesar. Las manifestaciones exteriores que le dieron los actuales dueños de la situación fue un mundillo de amistades fingidas, envidias, adulación, espionaje, intrigas, chismes y perfidia. La fraternidad que unió a los pri-

meros luchadores había entrado en los dominios de la historia y de la leyenda. Entonces dio forma a sus impresiones en una metáfora; que la revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, sino la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval. Don Mariano, para no perderse en el volcán, rindió lo mejor posible sus servicios, manteniéndose al margen de los chismes y de las intrigas.

Cuando llegó a Chihuahua empezó a dar forma a sus apuntes. Leyó la primera parte de su novela a un amigo, que se trasladó a El Paso con el encargo de que buscara un editor para el libro. Don Mariano había terminado la segunda parte, cuando su amigo le avisó que tenía editor. Como sus recursos económicos agotábanse, fue a El Paso, con sólo diez dólares en la bolsa. Fueron él y su amigo a varios agentes de casas editoras que querían el original para mandarlo a sus editores respectivos.

Su falta de confianza y su urgencia de dinero le forzó a aceptar la proposición de "El Paso del Norte"; mil ejemplares de sobretiro y tres dólares semanales a cuenta, mientras que se hacía la impresión. Al mes de haberla repartido en puestos de libros y revistas, se habían vendido cinco ejemplares. Regresó entonces a tierra mexicana y no supo más de esa edición. No obstante que se hicieran cuatro ediciones nuevas, la novela no llamaría la atención del público lector hasta 1924, lo que veremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO VI

UBICACION EN MEXICO (1916-1924)

Habiendo visto la primera ocasión de poder entrar en territorio mexicano, don Mariano cruzó la frontera y fue a Guadalajara, donde recogió a su familia, siguiendo a la capital para establecerse definitivamente. Llegó a la misma por junio de 1916, con siete hijos aparte de su esposa, a quienes sustentar y con sólo su voluntad para tratar de realizarlo. Había perdido sus ahorros de casi quince años cuando Venustiano Carranza, a través de su Ministro de Hacienda, anuló el papel moneda de la revolución. Además, Azuela no recibió durante ese tiempo ningún beneficio ni del rancho ni de las dos casas en Lagos. Todo aquello constituyó un brutal golpe económico; pero en vez de anonadarle, vivificó sus energías desfallecientes, lo que llamó fuertemente la atención de su hijo mayor, con el ejemplo que le ponía.

Instaló a los suyos en un departamento de una casa grande que estaba ubicada en la última calle de Comonfort, a un costado del jardín de Santiago Tlaltelolco. La urgencia de obtener fondos le indujo a proponer la publicación de *Los caciques*, bajo el título de *Del Llano Hnos., S. en C.*, al periódico *El Universal*. Un redactor leyó la novela y dio un dictamen adverso, al editor-dueño, el ingeniero Palavicini. El también había leído la novela y le gustó mucho. Ordenó que se publicara y le pagó al Dr. Azuela cien pesos por ella. Inmediatamente don Mariano compróse un traje, a fin de comenzar a ejercer su profesión presentablemente. Se decía que esta novela fue la llave con que don Mariano abrió las puertas de México (hablando económicamente). Como otras, la obra pasó sin que nadie se molestara en dedicarle siquiera la mención más insignificante. Aun el mismo Sr. Palavicini quedóse mudo, debido a que había salido fuera de la capital.

Entretanto, un viejo pariente de don Mariano le había llevado con el boticario del vecindario, que era un legítimo hampón de la Capital; pendenciero, felón, tramposo, calumniador y borrachín inveterado. Azuela

le pidió que diera su dirección a cuanto enfermo acudía a su botica en busca de un médico. Sin querer saber nada del Dr. Azuela, el boticario le mandaba a todos los que acudían a él en pos de un médico, como prometió. Por consiguiente, no le faltó a Azuela un solo día ni casa, ni ropa, ni comida para los suyos. La ayuda de tal persona le confirmó que Dios estaba en todo, o esa fue su interpretación, cuando menos. Poco a poco fue formando su clientela, a medida que el boticario iba perdiendo la suya, arruinado por sus vicios. Clausuró su botica, rodó por cantinas, pulquerías y antros de los barrios más sórdidos, muriendo una noche de una congestión alcohólica.

Debido a su incipiente clientela, don Mariano tenía largas horas libres, las cuales aprovechaba para escribir. Antes de la revolución había escrito sus libros por mero pasatiempo; no había nada que le gustase más hacer, para ocupar sus horas libres. Ahora todo era distinto. No se podía permitir lujo de ninguna especie. La manutención de los suyos le obligaba a buscar resultados pecuniarios de todos sus esfuerzos. En ese tiempo compuso dos libros. Comprendía el primer volumen dos novelas y un cuento: *Las moscas*, *Domitilo quiere ser diputado* y *De cómo al fin lloró Juan Pablo*. El otro fue *Las tribulaciones de una familia decente*. Los dos fueron publicados en 1918.

Su actividad revolucionaria le proveyó material para el primero de estos dos libros. Cuando fue el Director de Instrucción Pública en Guadalajara conoció muy de cerca la burocracia. Saliendo de allí, convivió en su gremio, en sus mismos alojamientos, en los mismos trenes y en toda especie de parajes. Pudo observarles hasta la saciedad en sus pequeñas intrigas, en sus minúsculas ambiciones y a no pocos en una voracidad asquerosa. Era cuando las facciones revolucionarias entraban y salían de los pueblos con caravanas de burócratas y sus familias en pos de ellas. En ese ambiente se planteó el tema de *Las moscas*. Azuela habla de sus personajes principales con un tono desdeñoso. Pero años más tarde se dio cuenta de que los había tratado despiadada y cruelmente. Comprendió que su conducta se basaba en una necesidad única: comer, vivir. Reconoció que todos los defectos que se le podían achacar al empleado tenían una justificación: lucha en competencia desigual y despiadada como el que más, y sólo lucha por conservar su trabajo que es su pan y el pan de sus hijos.

Concibió el argumento de *Domitilo quiere ser diputado* al observar la facilidad prodigiosa con que los que habían sido jurados enemigos de

la revolución se colaban en sus filas, cuando ya no entrañaba peligro alguno para sus "sagradas" personas; cuando podían sacar partido de ella, con sólo cambiar de chaqueta.

De cómo al fin lloró Juan Pablo es homenaje póstumo a Leocadio Parra, uno de los generales de las fuerzas de Julián Medina, que don Mariano conoció en Guadalajara. Era ranchero, un tipo antagónico del militar; sólo sabía obedecer en la pelea, y en la pelea siempre fue el número uno. Cuando salía de México con el grueso de las tropas, a raíz del desconocimiento de la jefatura de don Venustiano Carranza por la Convención de Aguascalientes, cometió, en estado de ebriedad, alguna grave falta. Su acto de insubordinación de valió un sumario consejo de guerra. José Becerra, con su palabra cálida, lo salvó de ser pasado por las armas. Después de la derrota de Medina, se unió con los carrancistas. Pocos meses después, en una charla de cantina, se le escaparon algunas frases inconvenientes para sus nuevos jefes. Se le acusó de sedición, se le formó un rápido consejo de guerra y fue fusilado.

Azuela puso toda su pasión, amargura y resentimiento de derrota en estas tres últimas obras. Le afligían su dura situación económica (se habían esfumado sus ahorros de diez años consecutivos de trabajo) y la derrota total de su "quijotismo"; la explotación de la clase humilde seguía como antes, sólo los capataces habían cambiado. No pudo dejar de expresar sus penas íntimas y por pudor les puso un disfraz, la ironía. Es la razón de que acabaran impregnadas de cierta mordacidad punzante.

Después de la publicación de los últimos libros, la crítica aún no se dignaba ocuparse de un desconocido, dejando un silencio asfixiante alrededor el autor. Seguía escribiendo, olvidando temporalmente del porvenir del libro, y cediendo a su afición de llenar sus horas libres.

Como en la mayor parte de sus novelas, don Mariano procurando dar un trasunto del medio y del momento que vivía, se sirvió del período inmediato a la derrota huertista, para componer *Las tribulaciones de una familia decente*. Aquellos fueron días de pánico para los acaudalados. Presintieron los tremendos excesos adonde el pueblo podría llegar, habiéndose quitado las ataduras; y por temor comenzaron la emigración a ciudades donde nadie o muy pocos les conocieran. Pensaban que su ausencia fuera breve, pero acabó por ser el primer escalón de un continuo descenso. Abandonaron sus residencias de lujo, gran parte de las cuales fueron destroza-

das, y los hoteles de categoría, llegando a habitar tugurios tan humildes que sus mismos dependientes habrían desdeñado. Pero muchos, a través de este sufrimiento, encontraron su textura de hombres. Se convirtieron en seres útiles a sus familias, a la sociedad y al país.

Procopio, el protagonista, ejemplifica uno de aquellos ricos convertidos y regenerados por el trabajo. El tema es el sufrimiento modelador de caracteres. El medio que pinta es el dominado por la inseguridad cuando la facción política sobresaliente, la carrancista, representó para él la corriente turbia del robo y del crimen.

Azuela envió el manuscrito a un amigo, Vicente Villasana, entonces dueño de *El Mundo*, un periódico de Tampico. Después de dos años sin ninguna noticia ni de su amigo ni de su novela, llegó a la casa del doctor un cajón que tenía quinientos ejemplares de sobretiro. No volvió a saber más. De nuevo la prensa permaneció muda en cuanto a la novela. Sin embargo, resultó ser la de más venta, después de *Los de abajo* y *Mala yerba*.

Cerró con ésta, su ciclo de novelas de la revolución. En las que siguieron pretendería reflejar el estado social posterior al movimiento renovador. Escribió en sus memorias que su rebeldía era congénita y por consiguiente incurable, que fue revolucionario y no se arrepintió. Muchos le criticaron, pero ningún gobierno le molestó nunca, por más agresivos que hayan sido sus escritos.

Cada año su situación económica mejoraba en la Capital. Hubo dos epidemias, una tras otra; la primera de tifo y la otra de influenza española. Había tantos enfermos, que no bastaban los médicos para atenderlos. Cuando pasaron las epidemias, tuvo una clientela firme y constante, formada por gente de Peralvillo y de Tepito, o sea Fray Bartolomé de las Casas. La constituyó gente pobre, como su pasada clientela en Lagos, que fue "la flor y nata" del hampa metropolitana. Vivía entre ellos; pero jamás le tocaron, ni le ofendieron de palabra siquiera.

Le seguía pesando el silencio mortificante de la crítica y del público, en cuanto a sus novelas. Su sed por ser reconocido le hizo hacer una edición limitada, de 100 ejemplares, de *Los de abajo* (1920). Regaló alrededor de 60 ejemplares a amigos, literatos, críticos, periódicos y revistas, de dentro y fuera del país. Había visto un artículo en una revista: *Biblos*¹.

¹ Ortiz, José G. "El Señor Doctor Mariano Azuela". *Biblos* 7 de julio de 1919, número 21.

El Sr. Ortiz le elogió mucho y quizás le dio el ánimo necesario para publicar la mencionada edición de *Los de abajo*. Lo más importante del artículo del Sr. Ortiz fue su valoración y reconocimiento de la obra de Azuela. Escribió, "...Las novelas del escritor laguense reflejan de modo intenso dos épocas concomitantes, y sin embargo, separadas por hondo abismo: los fines de la Dictadura y la Revolución... El autor (Azuela) tiene indisputablemente el mérito de hacer palpitar en sus novelas la vida nacional, la vida que vive sin procurar el halago de las clases capacitadas para pagar con renombre, puestos públicos y dinero la labor literaria... El Dr. Azuela, en el pleno vigor de la vida, con suprema experiencia de ella y en un medio amplio, como el capitalino, tal vez aumente el pequeño acerbo literario de nuestra actualidad, con obras dignas de muy merecido aplauso." La única resonancia que produjo esa edición fue un artículo del Dr. Monterde que también apareció en *Biblos*². Decía que "Mariano Azuela nos describe en estos 'Cuadros y escenas de la revolución mexicana', cosas que ha palpado en la realidad, episodios que han pasado a su vera, dejándole un estremecimiento duradero de emoción que su pluma sabe transmitir con la intensidad del momento vivido. Es la existencia accidentada de un hombre de valor, transformado en héroe repentino por las influencias de la época y del medio..." Pareció que estos dos artículos pasaron inadvertidos; no se mencionó su nombre más. Ese silencio, después de haber publicado tantas obras, negaba la existencia de su labor literaria.

Azuela había querido, como todo artista, que su obra existiera, no como una roca en mar sin fondo de obras publicadas, sino como una imagen viva en la conciencia y en la memoria del público lector. Deseaba que pudiera existir como una creación artística y no como un simple objeto; porque en el orden de la existencia hay lugar para cada uno y para todos, pero lo que llamamos arte no es la totalidad de las obras que han sido hechas, es el conjunto de las obras que han sido retenidas. En el orden del valor, no hay lugar para todos. El universo del arte no carece de límites, pues no es otro que el espacio inevitablemente medido de que disponen la conciencia y la memoria de los hombres, el espacio reservado a sus preferencias, a sus elecciones. Para la obra de arte, ser objeto de conciencia o de memoria no es una determinación secundaria como para el objeto natural, que no deja de existir aun cuando sea invisible u olvidado: ella en-

² Monterde G. I., Francisco. "Mariano Azuela —*Los de abajo*— Cuadros y escenas de la Revolución Mexicana, México, 1920". *Biblos*, 28 de febrero de 1920.

cuentra en esta relación su definición esencial, puesto que sólo existe en la medida en que le descubrimos un valor. El juicio constituye la obra de arte, es un juicio de valor, puesto que la obra sólo existe en tanto que toma lugar en un orden que no es ilimitado, y existe tanto más fuertemente cuanto más amplio es el lugar que ocupa en ese orden.³

Repito no obstante que después de haber escrito, publicado y distribuido nueve novelas, el público lector se había obstinado en no reparar en su nombre siquiera. Se propuso un esfuerzo final, y decidió abandonar estas actividades si por enésima vez fracasaba. Tomó la resolución valiente de dar una campanada, escribiendo con técnica moderna y de la última hora. Estudió con detenimiento esa técnica que residía en el truco de retorcer palabras y frases, oscurecer conceptos y expresiones, para obtener el efecto de la novedad. Abandonó en la composición su manera habitual que consistía en expresarse con claridad y concisión, hasta donde sus posibilidades se lo permitían. Quiso romper con la novela tradicionalista, en la cual el protagonista es indispensable, y escribir una novela moderna en que (a su parecer) no hay protagonista; es decir, no hay uno solo. Consideró la idea de que cada personaje, cada cosa y hasta el autor mismo fueran protagonistas, y que el intento de la novela moderna es comunicar en masa el conjunto en totalidad; lo que explica lo intrincado y oscuro de las primeras páginas. Se puede conjeturar que su propósito fue escribir a la última moda, al gusto de los críticos, a fin de que ellos a su vez dieran a conocer su obra al público lector. Pero con tenacidad procuró conservar, a pesar de las novedades del procedimiento, algo que bueno o malo ha puesto invariablemente en sus novelas; el lenguaje popular intencionalmente usado hasta en aquello que está sólo narrado por él mismo. Escribió tres novelas con esta técnica: *La Malhora*, *El desquite* y *La luciérnaga*.

Don Mariano tuvo materia sobrada para componer *La Malhora*. Desde su infancia había conocido a hampones, a causa de la tienda de su padre; aprendió su vocabulario, sus gestos, sus maneras, y su caló. Siguió recogiendo informes en sus correrías de revolucionario. Luego le nombraron miembro del Jurado Popular, en México, y con las audiencias comenzó el estudio de los tipos del pueblo, que traspasó con toda su miseria, íntegra, sin velo. Pero por perder mucho tiempo en el jurado, llegó a creer

³ Picon, Gaetan, *El escritor y su sombra*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1957. Pág. 26.

que iba a quedarse sin clientela y fue necesario acudiese a un nombramiento oficial que le librara de la servidumbre de la justicia. El nombramiento que consiguió fue el de Médico del Consultorio número 3 de la Beneficencia Pública, situado a espaldas de la Plaza de Bartolomé de las Casas, en pleno Tepito. Allí perfeccionó su conocimiento de esa gente.

La novela cuenta el caso de una muchacha sacada del arroyo: su tragedia es la tragedia vulgar de esos seres nacidos en el estercolero que a los primeros rayos del sol se marchitan y mueren. Se trata de Altagracia, llamada por mal nombre "La Malhora", nacida con la herencia de muchas fallas físicas y mentales, madurada con la educación y moral de los hampones metropolitanos.

Azuela daba los últimos toques a esta novela, cuando como por milagro se le presentó la oportunidad más feliz para la realización inmediata de su anhelo. Algunos jóvenes literatos convocaron a un concurso de novela, con el premio fabuloso de cien pesos. En ese tiempo la novela era género poco o nada cultivado en el medio mexicano, por lo que concibió las más fundadas esperanzas de un éxito. El honorable jurado presidido por el famoso polígrafo Lic. don Alfonso Teja Zabre, había acabado de darle ánimo. Creyó que su éxito estaba asegurado. En efecto, obtuvo una sorpresa como pocas durante su vida: el jurado declaró desierto el concurso.

En seguida la publicó procurando ganar todavía su reconocimiento. Más obtuvo el mismo resultado que con sus libros anteriores: nada. Sufrió entonces una lucha consigo mismo, decidido a no escribir más. Hizo una hoguera en la cual quemó cuantos papeles tenía referentes a las letras; cartas de don Victoriano Salado Alvarez, de don José López Portillo y Rojas, de Amado Nervo, también breves notas de los periódicos, más algunos originales. Se dedicó en forma sistemática a lecturas escogidas, comenzando por los clásicos griegos: Sófocles, Eurípides y Aristófanes.

Estaba en plena convalecencia, transcurridos algunos meses de su "auto de fe", cuando sobrevino una polémica y vio unas palabras de Rafael López en una revista: "... *Los de abajo*, lo más interesante de diez años a la fecha". .. (se hablaba de la novela).⁴ A la vez hubo una polémica, la cual hizo al Dr. Azuela popular. Antes de esto había perdido confianza en su habilidad de escribir. Sin embargo, cuando más dudaba

⁴ Ortega, Gregorio, (Entrevista con el poeta Rafael López). *El Universal Ilustrado* (diciembre de 1924).

de su capacidad para la novela, brusca e inesperadamente le vino el éxito por camino distinto del que él había seguido y pensado. Como era de preverse, reanudó inmediatamente su labor literaria. Escribió *El desquite*, otra pequeña novela escrita con la técnica usada en *La Malhora*; pero mucho más acentuada en el procedimiento.

CAPITULO VII

EL TARDIO EXITO DE *LOS DE ABAJO* (1925)

Hacia fines de 1924 los literatos comenzaron a preguntarse qué habían logrado en los campos de la poesía, del teatro y de la novela que sobreviviría a sus tiempos. Un artículo por un tal José Corral Rigán planteó el problema prominente del día.¹ Al referirse a lo que había salido de la revolución, dijo: “La revolución tiene . . . un futuro novelista: Mariano Azuela, cuando escriba la novela de la revolución”, prueba de que tampoco supo mucho de Azuela. Semanas después se mencionó el nombre de Azuela en una entrevista.² Se dijo que *Los de abajo* fue lo más interesante en materia de novela que se había escrito en los últimos diez años. Un mes después del primer artículo, Julio Jiménez Rueda abrió una polémica con su crítica muy severa de los literatos mexicanos y de la literatura nacional.³ Supuso que la vida intelectual de México había sido siempre artificial y vana. Agregó que los escritores de tiempos pasados que fueron parnasianos, simbolistas y naturalistas poseían cuando menos, “chispazos de genio, pasiones turbulentas, aciertos indudables y frecuentes y ponían en la obra un no sé que; gracia, comprensión de la naturaleza circundante, amor, elegancia, pensamiento original que le distinguía del modelo que imitaba . . . Pero hoy . . . hasta el tipo del hombre que piensa ha degenerado. Ya no somos gallardos, altivos, toscos . . . Es que ahora suele encontrarse el éxito, más que en los puntos de la pluma, en las complicadas artes del tocador”. Le pesó que los futuros estudiantes de la

¹ José Corral Rigán, un seudónimo usado alternativamente por tres periodistas de este período: Ortega, Carlos Noriega Hope y Arqueles Vela, “La influencia de la revolución en nuestra literatura”, *El Universal Ilustrado*, 20 de noviembre de 1924, México.

² Gregorio Ortega (entrevista con el poeta Rafael López), *El Universal Ilustrado*, diciembre de 1924.

³ Jiménez Rueda, Julio, “El afeminamiento en la literatura mexicana”, *El Universal Ilustrado*, 20 de diciembre de 1924, México.

literatura contemporánea mexicana sintiesen que veían “un simpático bordado rococó”. Preguntó las razones de por qué no se expresaba el México de entonces en la literatura y por qué seguían los literatos escribiendo desde sus torres de marfil. Además interrogó por qué no se había escrito “una obra de combate” o de la revolución, en la cual México pudiera aparecer “agitado, revuelto, en plena locura creadora, en acción constante, pueblo de perfiles netos, colorido brillante y trágico, masculino en toda la acepción de la palabra”. Le pareció extraño que después de catorce años “no haya aparecido la obra poética, narrativa o trágica que sea compendio y cifra de las agitaciones del pueblo en todo ese período de cruenta guerra civil, apasionada pugna de intereses. . . El pueblo ha arrastrado su miseria ante nosotros sin merecer tan siquiera un breve instante de contemplación”.

Un ataque tan apasionado no pudo pasar inadvertido. En efecto, provocó una polémica que duró varios meses. Un joven colega de Jiménez Rueda aceptó el desafío, afirmando fuertemente “ante el público de México y de la América de habla española que existe en la actualidad una literatura mexicana viril que sólo necesita, para ser conocida por todos, de una difusión efectiva”.⁴ Monterde estuvo de acuerdo con Jiménez Rueda, “en que faltan literatos de renombre”; pero lo atribuyó “a la falta paralela de críticos. Faltan verdaderos críticos mexicanos, críticos en ejercicio constante que se encarguen de orientar al público sobre los nuevos valores, no con simples notas bibliográficas hechas con timidez y complacencia: críticos de literatura que analicen y seleccionen las obras, desechando las inútiles y entregando al lector su juicio sobre las de mérito. . . Por ello, por la falta de críticos nacionales, el público de México no lee las obras nacionales, prefiere comprar las extranjeras que ya vienen precedidas del prestigio de que las rodean los críticos de otros países. . . Haciendo caso omiso de los poetas de calidad —no afeminados— que abundan y gozan de amplio prestigio fuera de su patria, podría señalar entre los novelistas apenas conocidos —y que merecen serlo— a Mariano Azuela. Quien busque el reflejo fiel de la hoguera de nuestras últimas revoluciones tiene que acudir a sus páginas. Por *Los de abajo* y otras novelas, puede figurar a la cabeza de esos escritores mal conocidos, por deficiencias editoriales —él mismo edita sus obras en imprentas económicas para obsequiarlas—, que serían populares y renombradas si se hallaran bien impresas, en ediciones

⁴ Monterde G. I., Francisco, “Existe una literatura mexicana viril”, *El Universal Ilustrado*, 25 de diciembre de 1924.

modernas, en todas las librerías, y convenientemente administradas por agentes, en los Estados... Y sin embargo, es el novelista mexicano de la revolución, el que echa de menos Jiménez Rueda en la primera parte de su artículo”.

El artículo del Sr. Monterde picó a otro literato, un maestro ya avanzado en años, que acudió al lado del Sr. Rueda. Fue don Victoriano Salado Alvarez. Malinterpretó ingeniosamente lo que Monterde había avanzado como la razón mayor en la falta de literatos de renombre: que se debía “a la falta paralela de críticos”.⁵ Siguió; “. . . Los críticos, como lo dice la palabra, se limitan a hacer juicios: pero para juzgar han menester materia juzgable. Sostener que no hay literatos porque no hay críticos, sería lo mismo que atribuir el que los niños nazcan sin pies a que no hay zapateros como Herman que calcen con todo primor a los infantes. No; si nacen niños tendrán pies aunque deban andar descalzos o rompérselos en los pedruscos del camino. Y tendrán cabeza aunque no les haga sombreros Lincoln Benett. . . Como prueba de que la literatura mexicana vive y es un hecho averiguado, nos cita el Sr. Monterde una novela del Dr. Azuela llamada *Los de abajo*. Yo no he leído *Los de abajo*, que según parece, es una curiosidad bibliográfica: pero sí he leído obras del Dr. Azuela como *Los fracasados* y cuentos suyos de tres o cuatro años antes. Sin embargo, le puedo asegurar al Sr. Monterde que el Dr. Azuela no es el novelista de la revolución, aun suponiendo que sea su obra tan notable como afirma el joven crítico. El señor Azuela más bien pertenece a mi generación que a la del señor Monterde, pues entiendo que peina los cincuenta. Pero supongámoslo de veinte años. Un autor y un libro, aunque sean excelentes, no prueban la existencia de una literatura, y el solo nombre de un novelista que juzgo estimabilísimo no destruye la afirmación de Jiménez Rueda acerca de que no hay literatura mexicana viril. . . y vividera”. Al día siguiente Monterde le contestó en otro artículo, “Críticos en receso y escritores ‘desesperanzados’”.⁶

Tiró al blanco de nuevo: “. . . Al hablar de la carencia de críticos, me refería a los ‘literatos de renombre’; quiero decir: a los escritores cuya fama —de existir entre nosotros una crítica positiva y eficiente— sería

⁵ Salado Alvarez, Victoriano, “¿Existe una literatura mexicana moderna?”, *Excelsior*, 12 de enero de 1925.

⁶ Monterde G. L., Francisco, “Críticos en receso y escritores ‘desesperanzados’”, *El Universal*, 13 de enero de 1925.

continental y tal vez mundial. En México sólo se hace crítica de ocasión, crítica de oportunidad, al margen de un volumen, en notas bibliográficas, para corresponder al obsequio de un libro, para cumplir las funciones de críticos de libros, formando parte de la redacción de un diario o de una revista... solo tenemos pues críticos en receso, críticos apartados de una actividad constante, y a eso se debe quizá como aventuré en mi artículo; que una novela bien escrita, una novela representativa de una época y de un movimiento social, como *Los de abajo* de Mariano Azuela, pase inadvertida aun para personas tan ilustradas como don Victoriano Salado Alvarez. Así se explica, también, que aparezca un libro de poemas de la calidad del último de Carlos Pellicer, sin que haya quien salude su aparición con una crítica justa y sagaz. Pero no debemos creer, llenos de pesimismo, que no hay una literatura mexicana, una literatura viril, sencillamente porque no haya críticos que la descubran y comenten... Una cita, recogida de Alejandro Pfandler, puede ayudarnos a esclarecer el porqué hay personas que vuelven los ojos al pasado y se empeñan, constantemente, en laudarse nombres y hechos antiguos, sin creer que puedan ser superados: '...también entre esa otra especie de hombres que perciben lo grande y lo reconocen y no percinden de este acatamiento, existe un gran número de individuos que permanecen abúlicos, pasivos frente a la grandeza humana. Unos, los eternos irresolutos, yacen postrados en una parálisis de la voluntad y no pueden esforzarse en querer lo grande. Otros han sido debilitados por su cultura histórica; contemplan admirados a los grandes individuos en el pasado; pero tienen por imposible toda grandeza humana en el presente y en el futuro; estos pertenecen a la extensa clase de los desesperanzados'. Entonces volvió a tomar la palabra Jiménez Rueda.⁷

Confesó que hasta entonces supo que Azuela, "ha escrito una novela representativa de este lapso de agitación política y que solamente conocen sus familiares y amigos".

La directiva de *El Universal Ilustrado* continuó manteniendo el interés del público en la literatura del día. Publicó que fue "el único Seminario Nacional capaz de preocuparse periódicamente por las más altas cuestiones del momento". Aprovechó, sin demora, la polémica al publicar en sus números del 22 y del 29 de enero, una serie de opiniones sobre la cuestión, "¿Existe una literatura mexicana moderna?". Se hicieron entrevistas

⁷ Jiménez Rueda, Julio, "El decaimiento de la literatura mexicana", *El Universal*, 17 de enero de 1925.

con personajes como Federico Gamboa, Salvador Novo, Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Mariano Azuela y otros. Al mismo tiempo Ortega consiguió que el Director de *El Universal Ilustrado* publicara *Los de abajo* en el suplemento literario del 29 de enero. Con la publicación de la novela, la revista obtuvo un “coup d’etate” literario. El Director dio crédito a su joven colaborador Francisco Monterde, por haber defendido “la personalidad del ignorado médico de provincia, verdadero novelista”, sin dejar de señalar que como una espontánea respuesta a la curiosidad estimulada por la poémica; “entre el público selecto de México por conocer la obra... *El Universal Ilustrado*, que vigila atentamente el desenvolvimiento artístico del país, fue quien se propuso, contra viento y marea, mostrar a la nación la figura interesante del Dr. Azuela”. Apareció en el mismo número una crítica de la novela, en la página editorial.

De la noche a día todo México quiso conocer al agudo y enérgico novelista, cuyas obras y nombre eran muy poco conocidos. Se solicitaron ansiosamente entrevistas con él. Ortega fue el primero que obtuvo una, manteniendo la primacía para *El Universal Ilustrado*. Su artículo, “Azuela dijo...” salió en el mismo número en que se publicó *Los de abajo*, el del 29 de enero.

El desafío de Monterde a los “críticos en receso” atrajo el primer acercamiento serio a la novela la primera revisión crítica de la pluma de Eduardo Colín, crítico considerado por el primero como “uno de los mejores críticos de la actual generación”. Tres días después, el mismo diario publicó “Los de arriba y los de abajo” por Monterde, un artículo en el que modestamente negó tener todo el crédito por el descubrimiento de una obra que por su propio valor positivo literario y por su mérito singular hubiera sido reconocida pronto o tarde, de todas maneras.

Entonces “la montaña fue a Mohamad”; Salado Alvarez le hizo una entrevista a Azuela, la que publicó el 4 de febrero.⁸ El artículo fue una mezcla curiosa de alabanza reservada, como si fuera en expiación por no haber proclamado las “dotes indudables de novelista” de Azuela y admitió que algunas de las escenas que don Mariano pinta “están chorreando realidad y vida”; pero también había alguna crítica. La crítica fue del “punto y coma”, un intento de rebajar la obra en cuanto a su importancia literaria y revolucionaria. Dijo: “...Pero esta esta novela ni es revolu-

⁸ Salado Alvarez, Victoriano, “Las obras del doctor Azuela”, *Excelsior*, 4 de febrero de 1925.

cionaria porque abomina de la revolución; ni es revolucionaria porque no añora ningún pasado y porque la reacción se llamaba Francisco Villa cuando la obra se escribió. Es neta y francamente nihilista; si alguna enseñanza se desprendiera de ella sería que el movimiento ha sido vano, que los famosos revolucionarios conscientes y de buena fe no existieron o están arrepentidos de su obra y detestándola más que sus mismos enemigos. Y ahora quiero insistir en algo que dije a Azuela desde que conocí su primer rasguño literario (fue el joven Mariano alumno suyo de literatura). Sus obras no están bien escritas; no solo tienen concordancias gallegas, inútiles repeticiones, faltas garrafales de estilo; sino carecen hasta de ortografía, de la ortografía elemental que se aprende en tercer año de primaria. . . No hay obra duradera con forma descuidada. . . y con mala ortografía”. Agregó que sus obras “serán consultadas para la historia solamente”.

Corrió de nuevo en la defensa del Dr. Azuela el Director de *El Universal Ilustrado*, atacando esa “crítica del punto y coma”.⁹ Así fue que Azuela y su novela aparecieron constantemente en la prensa de la Capital, desde diciembre de 1924 hasta abril de 1925.¹⁰ Desde ese momento se le solicitaba sobre cualquier tema que mereciera publicarse. *El Universal Ilustrado*, siempre al corriente de la actualidad, mandó a Jorge Loyo para hacerle una entrevista sobre cómo y con qué escribía.¹¹ Le visitó otro reportero del mismo semanario, que le preguntó, “¿Existen autores teatrales en México?”.¹² Aun varios meses después, le preguntaron su opinión sobre la última moda de peinados.¹³

⁹ Hope, Carlos Noriega, “Los de abajo - el Dr. Azuela y la crítica del punto y coma”, *El Universal Ilustrado*, 10 de febrero de 1925.

¹⁰ Martínez Valadez, Manuel, “¿Existe una literatura mexicana moderna?”, *El Universal Ilustrado*, 2 de abril de 1925.

¹¹ Loyo, Jorge, “¿Con qué escriben nuestros escritores?”, *El Universal Ilustrado*, 11 de junio de 1925.

¹² Aldebrán, “¿Existen autores teatrales en México?”, *El Universal Ilustrado*, 2 de julio de 1925.

¹³ “Nuevos conceptos sobre el Ultrapelonismo”. *El Universal Ilustrado*, 8 de octubre de 1925.

Poco después, Gregorio Ortega hizo un viaje a España y llevó consigo unos 30 ó 50 ejemplares de *Los de abajo* —con lo que le pagó la editorial de *El Universal Ilustrado* la edición que hicieron. Allá un artículo de Enrique Díez-Canedo aseguró la edición española, y otro de Giménez Caballero garantizó su éxito definitivo. Desde ese momento, *Los de abajo* pudo caminar solo.

Falta página

N° 56

CAPITULO VIII

RETORNO A SU PROPIO ESTILO (1925-1935)

Animado por la polémica, don Mariano procedió inmediatamente a escribir otra novela, para aprovechar la popularidad que gozaba entonces. La novela —a la cual puso título Monterde— fue *El desquite*. Apareció publicada en junio de 1925.¹ Esta novela es la segunda en la serie de tres, que ha sido llamada su “trilogía bastarda”, en la que Azuela utilizó un estilo distinto a el de sus novelas anteriores y posteriores. En la nueva técnica que adoptó en 1923, quedaron preteridos muchos de los elementos que habían definido su labor previa. En el nuevo procedimiento el énfasis se desplazó hacia la forma. Casi todo dependió de los recursos estilísticos; de los trucos de la metáfora y de la imagen dislocada, de los puntos suspensivos prodigados hasta el cansancio. En lugar de acción directa, reflejo de ella en el subconsciente o en los sueños; en lugar de la narración o descripción, palabras sueltas, puntos suspensivos que aspiran a sugerir.

Le habían influído los remedos de varios movimientos europeos, particularmente el del surrealismo, cuando empezaron a aparecer en México y otras capitales americanas, alrededor del comienzo de los años veinte. Junto con las formas de arte estrambóticas, descoyuntadas, grotescas y absurdas, se ponía de moda el imaginismo, el metaforismo, el culto de la palabra en sí misma. Fue la época en que el disparate se elevó a la categoría de obra de arte, el ingenio baladí a rango de creación, y la fantasmagoría grotesca y sin sentido ocupó el lugar de la lógica y de la sindéresis. Azuela se mantenía al corriente de esa evolución, tanto en Francia (recibía revistas y periódicos franceses, como en México. Como dice el Dr. Monterde en el estudio, “La etapa del hermetismo. . .” (véase la bibliografía), vio

¹ Azuela, Mariano, *El desquite*, La Novela Semanal, Tomo II, número 3, 20 de junio de 1925.

el prestigio y la estimación de que se revestían entre la élite de su país la nueva retórica y los nuevos trucos barrocos. Se había decidido probar en la "trilogía" que no era un novelista sin dotes, sino que tenía tanta habilidad como cualquier otro escritor con más renombre.

En *La Malhora* su estilo nuevo tenía ciertos encantos, como si fuera uno resolviendo un rompecabezas. Pero en la segunda obra, el procedimiento se vuelve tan complicado que parece otro rompecabezas y que se nos han extraviado algunas piezas. Uno de los efectos concretos que don Mariano obtuvo con esta novela, con todos los trucos y las deformaciones del nuevo procedimiento, fue el de crear una tensión dramática, bien lograda. El catedrático Francisco Monterde opinó que; "Azuela sostiene el interés del lector hasta el fin y le estimula por la duda, siempre creciente, hasta llegar a un desenlace que es el mejor tipo de tensión literaria lograda por este novelista".²

El tema, como en *Sin amor*, trata de un matrimonio hecho por conveniencia, en el cual la protagonista, una aristócrata, casa por interés, con el burdo hijo de una rica familia, a quien el pueblo entero conoce con el apodo de "huachichile". Para desarrollar el tema, el que relata la historia en la novela deja que su afán por aclarar la culpa de la muerte extraña del marido de la protagonista lo lleve a averiguar muchas versiones diferentes. Son versiones expresadas todas por personas chismosas con quien él mantiene relaciones, en sus visitas profesionales, ya como médico, ya como comerciante. Es así como el lector va sabiendo pormenores de los varios personajes. Pero, a pesar de todo, el libro no conquistó la popularidad; quizá porque *Los de abajo* estaba dominando el interés del público lector. En 1927 dos ediciones fueron impresas en España. Figuraron estas reimpresiones a la cabeza de una lista de trece ediciones que se hicieron en español y traducciones a otras lenguas, entre los años 1927 y 1934.

Mientras que la novela recibía tanta atención, era casi menester que apareciera en el teatro. La Sra. Antonieta Rivas Mercado se encargó de ello. Hizo la adaptación y dirigió la obra. Su éxito fue relativo.

En 1926 consiguió Azuela un empleo en el Departamento de Beneficencia Pública, ahora Salubridad y Asistencia Pública, donde trabajó muchos años desempeñando varios puestos durante el largo período de servi-

² Monterde, Francisco, Conferencia dada en la UNAM, 2 de agosto de 1951.

cio que prestó al Departamento. Su estancia allí le dio la oportunidad de observar de cerca la burocracia sobre la cual escribiría una novela. Y en 1927 cambió a su familia a la calle del Alamo, en la misma colonia de Santa María de la Ribera, número 242. Compró la casa, que aún la habita su viuda.

En el año de 1932 salió otra novela, *La luciérnaga*. No obstante haber salido en tal año, ya estaba terminada en 1927.³

Mandó el manuscrito a la editorial de Espasa-Calpe en España, después de haber modificado el lenguaje en algunas partes para que se entendiera en el extranjero. Los editores tardaron hasta 1932 para publicarla, razón de la demora de cinco años. Mientras tanto, publicaba trozos y observaba la reacción del público y la de los críticos.

Azuela nos relata en la novela la historia triste de dos hermanos provincianos que heredan dinero de su padre y que, con ese capital, buscan fortuna. Uno, el protagonista, tipo de ingenio mediocre que no puede pensar mal de nadie, lleva a su familia a la capital, donde se deja engañar y estafar por todo el mundo. Como todos se aprovechan de su ignorancia pueblerina, en poco tiempo queda agotada su herencia. Para ayudar a la familia, la hija mayor se vuelve prostituta y es asesinada en circunstancias poco agradables.

Su hermano, soltero y avaro, permanece en el pueblo para hacer su fortuna. Como resultado de excesivos ayunos y economías, muere. Con el dinero de su hermano el protagonista pone una pulquería, y comienza a tomar en exceso. Un hijo muere por la falta de atención y esto hace que su esposa le abandone junto con los demás hijos. El, completamente degenerado está herido de una puñalada y encamado en un hospital. Su esposa recibe la noticia y regresa desde la provincia al lado de su marido, para cuidarlo. Nos deja el autor con la esperanza de que cambie su vida el protagonista como consecuencia de haber estado tan cerca de la muerte.

Según Monterde; "... describe (Azuela) la asimilación, dolorosa, de los provincianos que pierden su moral cuando tratan de aclimatarse,

³ La Directiva de *El Universal Ilustrado* publicó en el número del 16 de septiembre de 1927 un "Homenaje de 'El Universal Ilustrado' a *Los de abajo*, con motivo de su edición definitiva hecha en Madrid". En él dijo: "nos ha entregado (Azuela), a petición nuestro, un capítulo de otra novela que tiene terminada y que publicará pronto, *La luciérnaga*..."

transitoriamente, en la capital de la República".⁴ Este proceso es universal. Además los tres personajes principales, los dos hermanos y la esposa, son tipos magistralmente logrados. El protagonista es el tipo de hombre que es esencialmente débil y de buena fe que no puede levantarse del estercolero en que se encuentra, donde ha caído por confiar en gente viciosa. Su esposa es un tipo ejemplar de cónyuge resignada, abnegada y obediente que no es debidamente apreciada. El hermano que queda en la provincia viene a ser la culminación del tipo de avaro. Aparte de ellos hay una galería de tipos humanos que están trazados severa e inflexiblemente.

Utilizó el caló de la clase popular de un barrio capitalino y la técnica fragmentada, que apreció por primera vez en *La Malhora*, que consiste en el trastorno del tiempo. También se valió del monólogo interior. Con todo, esta novela resultó ser una obra de gran solidez, que implica su equilibrio y suficiente penetración psicológica. Azuela se sustrajo del ambiente limitado de su país, para dirigirse al mundo entero. Y como esperó, *La luciérnaga* resultó ser un éxito literario. Dijo que fue el mayor éxito literario de su vida; pero al mismo tiempo el fracaso económico más rotundo. A unos 19 años pasados, de dos mil ejemplares quedaron mil en almacén. Sin embargo, el libro fue bien recibido por los críticos; todo el mundo lo comentaba.⁵ Alberto Quiroz dijo en un artículo: "...El hilo de esta novela es el de motivos tan actuales y humanos como las mismas palabras vernáculos de los personajes, auscultados con toda perspicacia, minuciosamente matizados y definidos. La anécdota y el psicoanálisis se refuerzan mutuamente y rinden toda su importancia literaria". Procede a comparar la novela con *Crimen y castigo* de Dostoyewsky.

Afirmó Azuela que habíase fugado de sí mismo en esta obra. Se avergonzó de haber incurrido en el truco de martirizar las palabras, para dárselas de inteligente, ingenioso y agudo. Había hecho un serio y detenido examen de conciencia y se sintió pecador. Siempre prefería, como más decente y más honrado, decir las cosas con claridad aunque le clasificaran, cuando menos, de tonto. Pero en cambio reconoció que el truco en la nove-

⁴ Monterde, Francisco, "La etapa del hermetismo del Sr. Mariano Azuela". *Cuadernos Americanos*, N° 3, México, 1952.

⁵ Angel Dotor, "Vida literaria y artística. La evolución de la novela americana". *La Correspondencia de Puerto Rico*, 9 de mayo de 1932. Dijo: "*La luciérnaga* es una de las novelas más objetivas y de mayor fuerza e intención moralizadora de estos últimos años."

la es importante. El novelista vive bajo la amenaza constante de que las ediciones de sus libros se queden vírgenes en las bodegas de las librerías y de que éstas le cierren las puertas, si no renueva sus procedimientos de exposición y forma.

En aquellos cinco años, 1927 a 1932, no estuvo ocioso. Siguió adelante con sus esfuerzos literarios, aunque no lograra terminar ningún trabajo. Durante el gobierno de Calles, 1924 a 1928, conforme a una vieja costumbre, tomó nota pormenorizada de los sucesos. En previsión de futuros trabajos había acopiado recortes de prensa, grabados y notas personales. Engreído con su vocación de reportero imaginario de algún periódico imaginado, súbitamente se vio obligado a suspender sus aficiones; fue ello la serie de asesinatos en frío que culminaron con los del padre Pro, del general Serrano, y de la multitud de católicos y políticos desafectos al régimen de Plutarco Elías Calles. Azuela había podido escribir escenas de sangre, de crueldad inaudita, de dolor y de angustia, sin que su pulso se alterara; pero estos sucesos excedieron su capacidad de resistencia: los ultrajes inferidos a los cadáveres de los arteramente asesinados, el desprecio absoluto a la opinión pública, hasta el punto de organizar un cuerpo de reporteros y fotógrafos, para que dieran cuenta de las últimas palabras de los sacrificados y tomaran instantáneas de los postreros momentos de las víctimas inermes, levantó un clamor de espanto y de indignación que en México no se había oído desde los asesinatos monstruosos de Francisco I. Madero y de José María Pino Suárez. Azuela había ordenado y clasificado el material y se propuso dar en doscientos páginas un trasunto fiel de aquellos años de pesadilla que fueron los del gobierno de Calles. Pero las primeras cuartillas le dieron netamente la sensación de su impotencia para arremeter con un trabajo de esa calidad. No pudo terminarla. Repitió en vano sus intentos. El resultado fue algo tan confuso, violento, enrevesado y disforme que hizo un paquete con todo y lo guardó. De ese paquete iba a nacer *El camarada Pantoja*, unos años más tarde.

Al deseo de ensayar actividades de biografía novelada, como una nueva disciplina, concurrieron felizmente circunstancias distintas y ajenas a la literatura. Obligado emocionalmente a alejarse del lodo en que México se estaba hundiendo, buscó refugio en el México viejo. Acudió a su mente uno de los episodios más gloriosos y más ignorados de la guerra de la independencia: el sitio del Fuerte del Sombrero, defendido por don Pedro Moreno, con trescientos hombres y rodeado de más de cinco mil soldados.

Inició el trabajo acopiando el material que le fue dable. Leyó detenidamente lo poco que los historiadores de la guerra de la independencia escribieron sobre las hazañas de este jefe insurgente. Se detuvo mucho más en unas monografías del Dr. Agustín Rivera, consagradas a Pedro Moreno, ya que este historiador laguense fue el que verdaderamente le dio a conocer, con sus justos mercimientos, a México. Leyó las numerosas alusiones referentes a Moreno y a los principales jefes que lo acompañaron y recogió de los propios labios del padre Rivera datos de la vida íntima del héroe así como de sus familiares, amigos, compañeros y enemigos en aquella lucha.

Dueño de los elementos fundamentales para la reconstrucción de estos personajes y sus aventuras, y de acuerdo con sus habituales actividades y técnica de la novela, escribió esta biografía novelada, titulada *Pedro Moreno, el insurgente*, procurando no deformar ni los personajes ni los hechos principales y novelando exclusivamente ciertos pasajes, para mantener viva la atención del lector hasta el final de la obra. No obstante tanta preparación, observó desde que dio principio a su trabajo que le hacía falta algo, que en ningún libro ni papel escrito habría de encontrar: conocimiento del campo de los acontecimientos. Aunque sus novelas han sido de mera invención, las basó siempre en hechos de los que ha sido testigo o que le han contado en forma viva y fidedigna. Le era más fácil reconstruir que inventar. Para poner en juego su imaginación —según sus palabras— valía más una fotografía, un retablo desteñido, algún lío de cartas amarillentas, que las burbujas de jabón que ella crea. Necesitaba urgentemente ver, oler, captar con todos sus sentidos el terreno mismo donde tuvo lugar la gloriosa epopeya. Al efecto, un día se decidió a visitar el sitio histórico. Un amigo y paisano le puso en contacto con el propietario del cerro del Sombrero, paisano igualmente, y este caballero le proporcionó todas las facilidades para realizar sus deseos. Acompañado por un hermano y un hijo suyo, guiados por uno de los hijos del dueño, hicieron la excursión un sábado de Gloria, después del repique general en todos los templos. Se detuvieron en el rancho de Barbosa, situado en la falda misma del cerro, ya en plena sierra de Comanja. En adelante caminaron a caballo y en largos tramos a pie, por lo accidentado, peligroso y escarpado. El sol se derretía, pero Azuela se refrescaba bebiéndose el paisaje. Vivió la propia tierra que humedecieron la sangre y el llanto de los mejores hijos que su tierra había dado a México. La vivió, la gozó y la sufrió. La sufrió hasta saturarse totalmente. Cada cosa

que vio allí le sirvió poderosamente de evocación para cuanto le hacia falta a su obra. Obtuvo cuantos datos pidió acerca del terreno, de su configuración general, de su flora y de su fauna, lo mismo que de las denominaciones usuales en esa región. Una vez que sus sentidos captaron cuanto el paisaje quiso darle y su mente se saturó de recuerdos, tuvo la íntima sensación de que la biografía estaba terminada.

A su regreso del cerro del Sombrero, se puso en seguida a trabajar, calculando que conforme a sus hábitos de trabajo y de acuerdo con el tiempo libre disponible, más su capacidad de producción, lo terminaría en un año, poco más o menos. Sin embargo, su entusiasmo fue tan grande que en tres meses justos lo dejó acabado. Los personajes, el ambiente, las hazañas de guerra, cuanto había hecho revivir en su viaje le estaban quemando el cerebro y le obligaron a escribir con rapidez, para no olvidar ni perder ni un solo detalle.

Dedicó su *Pedro Moreno* a la memoria venerable del padre don Agustín Rivera que le inspiró y que le dio en gran parte el material para ese libro. Con la excepción de la biografía del mismo padre Rivera, que habría de publicarse en los años cuarenta y que nada tiene de novela, en sus demás biografías procedió con técnica de biografías noveladas. Azuela opinó que el novelsita que hace biografía no abdica sus facultades: elige libremente lo mejor que le sirve para su composición, cuidando de conservar la identidad de su biografiado, y que su obra debe necesariamente superar a las fuentes de información que le sirvieron de base.

Después de publicar la biografía,⁶ un encuentro casual le dio la idea de una nueva obra del mismo género. Encontró a un amigo y paisano suyo, Jacobo Romo. La conversación recayó sobre algunos famosos bandoleros del Bajío, que antes de dedicarse a las actividades para las que habían nacido, militaron indistintamente en las filas de los chinacos o de los mochos, en la guerra de tres años. En camino, después de dejar a su amigo, Azuela apuntó cuanto su buen amigo le había referido de las fechorías del Amito y de Bartolo Prieto, su lugarteniente. Compuso el primer capítulo de su obra, intencionadamente llamada *Precursores*, con la biografía del Amito. Pero para formar un volumen necesitó buscarle dignos compañeros al Amito, que además de haber sido guerrilleros de categoría, hubie-

⁶ Azuela, Mariano, *Pedro Moreno, el insurgente*, en *El Nacional*, 4 de diciembre de 1933 a 4 de marzo de 1934. 1ª impresión de la biografía.

ran sido bandoleros de fama bien conquistada. Completó los datos que ya tenía gracias a la generosidad de un amigo, Carlos Bosave y del Castillo Negrete, que puso a su disposición su excepcionalmente rica biblioteca. Para la biografía del Amito contó además con un folleto que le regaló el Dr. Rivera, con informes debidos a la pluma del historiador potosino don Manuel Muro, joya de inestimable valor para Azuela por la revelación minuciosa, clara y veraz que hace del asesinato del gobernador de San Luis Potosí por la cuadrilla comandada por el Amito, y detalles numerosos sobre sus fechorías, hasta su ejecución.

En la corta introducción del libro explica sus motivos por escribir una obra sobre tales personajes. En ella se ve claramente la amargura y desdén que sentía por su propia época. “Cuento la historia del Amito, saltador famoso del Bajío y sus alrededores, por el año cincuenta, allá cuando el Cólera Chico. El Amito acabó en la horca como digno de su nombre y de su fama. Me interesa el tipo como todo lo que es auténtico, en la misma medida que sufro cuanto la civilización enmascara. Encontré a más de alguno en mi camino y aprendí que si como gentes son como todas las gentes, como hombres desnudan la miseria de muchos que de hombres presumen. Hablo del bandolero auténtico que nunca se traicionó, del que tiene su final en la horca. El otro, el que llega a una posición brillante en la sociedad y aun logra dejar su nombre glorioso en los bronces y mármoles nacionales, me atrae apenas como cualquiera otra de las sabandijas de Dios”.⁷

⁷ Azuela, *op. cit.*, Tomo III. Pág. 336.

CAPITULO IX

CONTACTO CON EL CINE NACIONAL (1935-1942)

Durante la segunda mitad de los años treinta, los críticos y los periodistas confirieron a Azuela el nombre de “el primer novelista mexicano”. Casi todo el mundo le alababa en cuanto hablaba de él. El renombre de que era dueño ahora le consiguió el interés de mucha gente que anteriormente no había reparado en él, y con tal interés cosechó más éxito y más ganancias.

En ocasión de un aniversario de la revolución, se presentó en el teatro una adaptación de su novela *Los caciques*, (*Del Llano Hnos. S. en C.*). La presentación fue dirigida por Julio Bracho. Fue bien recibida por todo el mundo, pero reconocieron que a la obra teatral le faltaba la vida, que la novela, en cambio, tenía. Pero, todos han de haber reconocido las limitaciones del teatro cuando se le compara con las grandes posibilidades de la novela.

En junio del mismo año la Secretaría de Educación Pública le nombró miembro del Jurado Calificador en el Concurso de la Novela Corta Mexicana. Ya se veía que le tomaban en cuenta en la vida literaria e intelectual de su patria.

Entonces siguió *El camarada Pantoja*, novela en que don Mariano volvió a ocuparse del México de su tiempo o sea México durante el gobierno de Calles. Se le entregó para publicación a su editor en 1937. Al ponerle en sus manos sintió Azuela como si le hubiera dado “un traje viejo con muchos agujeros, remiendos y zurcidos”. Confesó también que ninguna de sus novelas le había dado tanto trabajo ni le había dejado más descontento. El público lector reaccionó ante la obra de una manera que afirmó la inseguridad del autor. Lo elogiaron por honrado, por dar un fiel trasunto de la época retratada. “Una obvia virtud del novelista debe

ser la honradez. Apoyar desvirtuaciones de la verdad, transigiendo perezosamente con ellas, es restar energía a una obra. Azuela rompe osadamente todas las mentiras convencionales que se han hundido para cubrir fundamentales impulsos de la revolución y destrozando, sin sus bastos zapatos claveteados de hombre de pueblo, los vidrios de colores a través de los cuales se pretende exhibir la revolución, extrae con sus manos toscas el verdadero, el neto personaje que es el centro de ella y lo pone ante los ojos del lector prescindiendo de tapujos. La revolución es, en gran parte, farsa, mascarada, comedia, mojigante sainete. Por eso aquel que se atreve a despintar rostros de anilina, a correr telones, a dismantelar bastidores, es mirado con terror... llamado reaccionario..."¹ Pero otros lo criticaron por dar sólo un aspecto de la totalidad, una parte negativa, y aún de componer un libelo en vez de una novela. Otro crítico admitió que todo lo que dijo Azuela estuvo bien dicho pero: "Es la mitad de la verdad... la mitad de la verdad es más peligrosa que la mentira absoluta. La vida de la revolución mexicana no comprende sólo la vida de los prevaricadores, ni de los embozados, ni de los leguleyos, ni de los liderzuelos. La vida de la revolución, como la vida de cualquier revolución, es la suma de estos actos de sangre y de crimen y de los otros nobles, sagrados, que caminan en el silencio del dolor y del heroísmo. El relato de los primeros no basta para desacreditar a los segundos. Como la presencia de éstos no es suficiente para deshacer a los primeros... *El camarada Pantoja* es sólo un camarada Pantoja. Al lado de él, sobre él, existen otros hombres, otras vidas, otras ansias, otros suelos, apartados del fango..."² Azuela hizo caso a los que decían que escribió con demasiada intención infamante, y modificó algunos pasajes en la segunda edición que publicó en 1951.

En el mismo año de 1938 publicó Azuela su siguiente novela, *San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*. Había publicado dos fragmentos de la novela anteriormente, en 1932 y en 1936.

El tema de la novela conserva notable semejanza con *Mala yerba*, nada más que los explotadores hacendados, de ésta, se ven sustituidos por los agraristas ambiciosos de la administración de Calles, en aquélla. Los nuevos explotadores fueron aún más desvergonzados que los anteriores.

¹ Trueba, Alfonso, "El último libro de Azuela", *El Informador*, Celaya, Gto., o el 11 ó el 19 de diciembre de 1937.

² Abreu Gómez, Ermilo; "La mitad de la verdad", *Letras de México*, 1º de diciembre de 1937.

Los campesinos de la novela dijeron que “Aquellos por lo menos eran gentes”. Entonces la relación feudal que existía entre amo y peón se había roto para siempre y no pudo establecerse de nuevo, porque si bien los campesinos sentían la superioridad de los amos por su mejor educación y por el prestigio adquirido durante largos años de poderío, los agraristas, en cambio, procedían de la misma capa social y carecían, por tanto, de estos tributos. La acción gira alrededor de un joven campesino que acaba de regresar a su pueblo natal, que está en el estado de Jalisco, después de haber prestado tres años de servicio militar a su patria. Conoce a los “agraristas” que bajo los auspicios del gobierno de Calles habían despojado de casi todas sus tierras a los hacendados antiguos de la región. Hay un choque sangriento entre los naturales y los agraristas. Aquéllos, encabezados por el joven héroe, huyen a la sierra y se juntan con una banda de ‘cristeros’. Juntos, logran derrotar a los agraristas. Se les hace justicia a los agraristas; carecieron de moral ninguna. Termina la novela cínicamente con la llegada de un tal coronel Gonzalo, que pretende ser el futuro jefe de las “comunidades agrarias”. Esto muestra que no hay ningún cambio en la situación; como se dijo fue, “la misma jeringa con otro palo”. De tal manera Azuela demostró que la condición del campesino y su estado en el campo no habían cambiado en los 25 años que habían transcurrido después de la revolución. También en 1938, el 31 de agosto, se presentó en el teatro aéreo de la UNAM “El buho en la noche”. La transmisión duró una hora. Con esta presentación se completó la tarea de dar a conocer al público su trilogía de obras teatrales.

El año siguiente vio imprimir una novela nueva de Azuela, *Regina Landa*, Esta novela relata la vida de una muchacha bonita e inteligente que, exasperada por la fatuidad de la vida de burócrata capitalina, abandona su empleo que requiere de ella compartir también esa falsedad. Establece una panadería con la que espera no tener necesidad de vivir con falsos ideales, y casa con el único hombre que, igual que ella, se había negado a dejarse influir por la adulación y el servilismo que prevalecían en las oficinas oficiales. Más que un personaje de carne y hueso, es una idealización de las fuerzas del bien y de la sinceridad. Utilizó, como material crudo, sus observaciones del personal de Salubridad, donde lo esencial era hacer la comedia del trabajo. Su objeto principal era conocer de cerca la vida de esta burocracia. La escribió allí mismo en el departamento (donde trabajó muchos años), cuidando el “puesto de holgazán” mientras que duró la redacción de la novela.

Aparecieron muchos comentarios sobre la novela. El único valor positivo que atribuyeron al libro fue el estilo, ya famoso, de Azuela. El 11 de julio del mismo año, la oficina de divulgación del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, reconociendo su posición sobresaliente entre los escritores, su habilidad y conocimiento personal, le invitó a participar en el programa de la "Hora Nacional" que tomaría lugar el próximo domingo. El objeto era disertar por tres o cuatro minutos sobre el tema de: "¿Cómo es la gente de Jalisco?".

Los años 40 resultaron ser el clímax de su larga actividad literaria. Llegaron con el estreno de dos películas, la publicación de otra novela y el otorgamiento de un premio, todo en un solo año.

Las películas fueron las versiones cinematográficas de *Los de abajo* y *Mala yerba*. Azuela obtuvo su primera experiencia en el cine, con el productor, argumentista y director, Gabriel Soria, en la filmación de su novela *Mala yerba*. El contrato se firmó por el año 1936. Pasaron varios años antes de que Soria se resolviera a escribir, él mismo, el guión de la novela después de sentirse decepcionado con cuantos intentos había hecho otros para componerlo. Cuando lo terminó se lo hizo leer a Azuela. Don Mariano le dijo, con positiva pena, que no le parecía acertada. Le hubiera dejado libre el campo, pero por inexperiencia, aceptó una cláusula en el contrato por la cual se vio obligado, además de permitirle hacer cuantas modificaciones estimara conveniente, a darle su colaboración. Soria imitaba las películas del cine americano y Azuela no pudo apartarlo de ese afán. Sin embargo, Azuela logró imponerle algunos de sus puntos de vista, librándolo de un fracaso completo. Para Azuela fue ésta la más clara demostración de cómo un argumento mal adoptado y una dirección desafortunada dan al traste con los mejores actores y técnicos con que por entonces contaban en el teatro y el cine nacional. Además, tuvo medios económicos sobrados. Con todo eso sólo pudo construir una obra medianeja, o punto menos. Pero los críticos que estuvieron de acuerdo con Azuela elogiaron la película sólo por el gran número de artistas de renombre que figuraban en ella y por el hecho de que fue la adaptación de una novela del Dr. Azuela. En 1941, la película fue unánimemente alabada por toda la crítica hispanoamericana y mereció la distinción de la "mejor película mexicana de 1940", según la Asociación de Periodistas Cinematográficos de México. Evidentemente pasaron por alto la ilustración musical que consistió en temas de clásicos alemanes, no obstante la riqueza y la propiedad de la mú-

sica mexicana. En el mismo año salió la cinta cinematográfica de *Los de abajo*. Recibió 7,500.00 pesos por los derechos de autor. También compró Soria los derechos cinematográficos de esta novela; pero por alguna razón los vendió al productor Luis Henríque. La adaptación cinematográfica fue hecha por Chano Urueta, con la colaboración de Aurelio Manrique, que ordenó los diálogos. Azuela confirmó que Urueta siguió fielmente el texto original y el profesor Manrique respetó los diálogos en absoluto. La película se estrenó en un salón de segunda categoría y pasó inadvertida. Apenas mereció breves renglones de los críticos de los periódicos. Don Mariano afirmó que ninguna de sus novelas le había dado la satisfacción y el regocijo de *Los de abajo* en la pantalla. Fue la única ocasión en que vio los personajes que había imaginado convertidos en hombres y mujeres de carne y hueso. Pero también comprendió que la película no iba a imponerse al gusto del público inmediatamente. Un día hizo un pronóstico a Chano Urueta: que la cinta iba a correr la misma suerte que la novela, y que sería reconocida diez o quince años después de realizada. En efecto, así fue. La crítica, después de diez años, reconoció unánimemente que la película "Los de Abajo" fue una de las mejores, entre la media docena de las buenas películas que se habían hecho en México.

Desde que había recibido el favor del público, Azuela recibía mucha correspondencia. Las cartas trataban de muchos asuntos: amigos y desconocidos pidiendo que les mandara tal o cual libro que no habían podido encontrar; notas de agradecimiento por el envío de tal libro; cartas que pedían autorización para reproducir un trozo de alguna novela; otras con relación a derechos de autor de libros ya impresos, o nuevas ediciones, algunas más relativas a entrevistas e invitaciones. Pero también entre su correspondencia encontré una carta única, única por cuanto demostró la verosimilitud de los hechos que cuenta en sus novelas y el detalle de ellas.

Se la mandó el entonces Presidente de la Cruz Roja de México, Alejandro Quijano. Trataba sobre la verosimilitud de un suceso que Azuela incluye en una novela que había publicado hacía veintidós años, a saber: *Las tribulaciones de una familia decente*. La cita de la novela es: "...Victoriano Huerta nunca logró para él un gesto como el delicioso de aquel grupo de damas que engalanaron de flores el hospital de la Cruz Roja y recibieron con estruendosos aplausos a dos insignes asesinos que entraban a visitar a los heridos de la Ciudadela, con las manos mojadas de sangre, de traición y de infamia." El Sr. Quijano dijo que don Mariano estaba mal

informado porque la Cruz Roja nunca se había engalanado para recibir a nadie, y que tampoco había arrojado flores a la entrada o al paso de nadie. Mantenía que tales actos iban contra los principios de la organización que procuraba no mezclarse en política y que, según sus datos, nunca había hecho ninguna manifestación partidarista. Azuela le contestó: “En el párrafo que usted alude, Procopio, protagonista de esa novela tiene motivos especiales para atacar a la aristocracia mexicana, y se refiere a la Cruz Roja en los términos que usted transcribe. Confieso a usted que me pondría en grave aprieto si, como en este caso, veintidós años después de escrita la novela, tuviera que justificar hasta en sus más mínimos detalles las afirmaciones de mis personajes, que no son historiadores; pero... El párrafo se basa en “El Imparcial” del 7 de julio de 1913 en su primera plana, la crónica de la visita que Mondragón y Félix Díaz hicieron al Hospital de la Cruz Roja, por especial invitación de la Directiva, previa cita de la totalidad de las socias, si hace usted un esfuerzo para escuchar las ovaciones con que ambos personajes son recibidos y para aspirar el perfume de los ramos de violetas que se distribuyeron entre los soldados heridos para entregarlos a sus jefes en acto de homenaje, no podrá menos de disculpar a mi Procopio que engalanó el hospital con flores que quizás no existieron.

En descargo, además de su exaltación hay el hecho de que la piadosa visita tenía lugar pocos días después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, lo que seguramente no afectó con mucho los caritativos sentimientos de quienes entonces actuaban como miembros de esa Institución”.

El Sr. Quijano le agradeció la contestación y dijo: “. . . me hace usted una aclaración perfecta, haciéndome ver la fuente precisa en donde abrevó los datos para escribir el párrafo. . .”

La novela que imprimió en este año fue *Avanzada*. En pocas palabras, está dividida en dos partes. El tema de la primera parte es un conflicto entre dos generaciones, entre dos maneras distintas de pensar, que tiene lugar en el campo mexicano. El conflicto es entre un joven, educado en los Estados Unidos y en el Canadá por sus padres, a quienes logra convencer de que deben mecanizar su rancho. (Una novela canadiense, *María Chappelaine* por Luis Hemon, le inspiró la escena del Canadá. Es una novela que pinta la vida fronteriza y dura de los habitantes de la parte superior de ese país.) Al hacerlo contrajeron muchas deudas, las cuales pagaron al fin del segundo año. Pero entonces tuvieron lugar los repartos de tierras bajo el régimen de Cárdenas. Los ladrones, disfrazados de agraristas, aca-

baron con todo. Mueren los padres al final de la primera parte. En la siguiente, el joven se encuentra, junto con su novia, en un tren que les lleva rumbo a las tierras azucareras de Veracruz. Conoce a gente nueva. Se vuelve idealista, convencido de que su misión en la vida es rehabilitar a sus compatriotas mediante una filosofía cristiana-socialista. Lucha, en esta segunda parte, contra los nuevos tipos de una política interesada que acaba de conocer. Al fin es acusado de reaccionario y es asesinado por uno de ellos. Un crítico, Jacobo Delevuelta, calificó la novela de crítica apasionada y negativa. Dijo: “. . . su libro trata de señalar (a su juicio) el fracaso del agrarismo en México campesino; según don Mariano, es en donde sólo triunfa el pistolero, el esbirro, el audaz y el delincuente. Un México campesino en el que la única semilla que germina es la semilla del odio”.³

Pero el libro debía de tener sus puntos buenos, porque por él, el Ateneo de Ciencias y Artes de México le confirió el Premio (una medalla de oro) de Literatura por el año de 1940. No se lo entregaron hasta el 12 de marzo de 1941.

En 1941, el cuarto año consecutivo, publicó todavía otra novela, *Nueva burguesía*. Esta es, esencialmente, una novela sobre el panorama de la vida capitalina y que está integrado por escenas y cuadros de esa vida. En una carta, escrita en diciembre de 1940 y dirigida al Club del Libro A.L.A., Azuela, respondiendo a la petición de la editorial —el mismo Club—, expuso el tema de su novela, ya que la había terminado de redactar. Escribió: “*Nueva burguesía* es una novela que propiamente no tiene argumento ni protagonistas, porque cada personaje es el protagonista de su propia vida. Me propongo hacer un bosquejo de un nuevo tipo producido por la revolución social en mi país. Arranca de las masas ínfimas del proletariado, tiende . . . al tipo burgués, pero sin lograr aún definirse ni cristalizar en algo permanente. De estos tipos está formada una nueva clase privilegiada que es la de los trabajadores bien remunerados, una pequeñísima minoría en relación con la masa que sigue viviendo en la miseria anterior a los tiempos de la revolución. Ferrocarrileros, impresores, mecánicos, etc., en rudo contraste con los que se aferran a un trabajo individual y que se agotan en su pobreza, desamparados totalmente por el gobierno y los sindicatos.”

El libro es una crítica de la hipocresía y vulgaridad de la “nueva burguesía” capitalina, y tiene por el blanco la falsedad misma de muchos me-

³ Delevuelta, Jacobo, “Mariano Azuela - *Avanzada*”, *El Universal*, 28 de febrero de 1940 México, D. F.

xicanos que hacen posible con su mismo cinismo la existencia de sus explotadores en el gobierno.

Todos los personajes, menos uno, basan su vida en la mentira. El único que no lo hizo fue un humilde zapatero que, junto con su esposa, se da cuenta de que el secreto de la felicidad estriba por un lado en el trabajo y en la honradez, y que por otro depende de conformarse con su propio ser y destino, y no en las apariencias o en la búsqueda de valores falsos. Los personajes que retrató en esta novela son personas que vivían en unas viviendas humildes en una casa de vecindad, a corta distancia de don Mariano. La época es el fin de la presidencia de Cárdenas, hacia 1939, cuando Almazán y Avila Camacho se disputaban la presidencia de la República para los siguientes seis años.

CAPITULO X

LOS ULTIMOS AÑOS (1942-1952)

Este décimo capítulo abarca el último decenio de la vida de don Mariano Azuela, de 1942 a 1952. Siguió teniendo en él, éxito y recibiendo honores.

El primero de mayo de 1942 el entonces Presidente de la República Mexicana, Avila Camacho, lo nombró Miembro Fundador del Seminario de la Cultura Mexicana. Azuela hizo un comentario interesante y divertido con relación al nombramiento. Fue: "Descubrimiento de mis viejos años es el de que contra las agresiones del fisco sólo hay una defensa: formar parte de la engorda oficial. En 1942 impusieron de contribución a la casa que logré comprar con infinitos sacrificios una cuota brutal que equivalía a más de lo que hubiera pagado por renta, cuota porque pasaba a dos cuerdas el camino a Laredo, cuota por las banquetas, cuota por el pavimento, cuota por el agua, cuota por el edificio y cuota por el demonio. Ocurrió que me invitaron a formar parte del Seminario de la Cultura Mexicana con 250 pesos mensuales y acepté con mil amores: primero porque ya se me agotó cuanto mal tenía que decir de nuestros gobiernos y después porque con el dinero del gobierno pago lo que el gobierno me quita. Amén."

Pedían trabajos, de preferencia sobre temas nacionales, a los miembros del Seminario. Azuela, como resultado de la filmación tan inferior de su novela *Mala yerba* y también de una naciente afición el trabajo cinematográfico en la parte que atañe exclusivamente al escritor, se dedicó a estudiar las dificultades de tales trabajos. Coordinó su interés y su obligación componiendo un guión cinematográfico. Lo formó del material de su biografía novelada de *Pedro Moreno, el insurgente*. Tardó seis meses en componerlo y lo presentó para que se turnara a la sección de Teatro y Cine. Lo recibieron con mucho entusiasmo y lo archivaron para una eternidad. También en este año publicó un nuevo libro, *El padre don Agustín Rivera*.

Su propósito en ella fue revivir al hombre de carne y hueso que había conocido, tratado y amado.

Renato Hashimoto, graduado de la UNAM, lo critica severamente: “A pesar de todo, como biografía, este volumen tiene fallas tan grandes que seguramente si no fuera porque nos interesa toda obra escrita por su autor, nadie se empeñaría de leerlo. Está llena la obra de detalles nimios de interés puramente histórico, como la enumeración aburrida de cuanta persona con que trató el padre. Es decir, se lee más bien como datos históricos del pueblo de Lagos de Moreno, que como biografía de un hombre inmerecidamente olvidado. La figura del padre apenas se vislumbra tras tanto bagaje innecesario. Además, se identifica tanto el autor con el padre, que la mayoría de las veces no sacamos en claro si se trata de las verdaderas opiniones de éste o de las de aquél.”¹ Dice Hashimoto en otra página que: “En esta obra se advierte el afán del autor, mediante una resurrección del liberalismo como se entendía en el siglo pasado, de criticar la revolución y la actualidad mexicanas en las cuales creía hacían tanta falta estos ideales”. Quisiera yo recordar al Sr. Hashimoto esto: mostré que los ideales del Dr. Rivera tuvieron suma importancia en la formación del médico y novelista Azuela; resulta razonable que haya mucha semejanza entre las opiniones de los dos hombres y que distinguir una de las otras no tenga ninguna importancia.

Apenas pasada la mitad del año, en agosto, recibió la oferta del sitial vacante en la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española. Terminante, pero muy agradecido, se negó a ocuparlo. Reconoció que no escribía con una gramática bastante buena ni con un vocabulario tan castizo como para justificar la posesión del sitial y que ya era demasiado viejo para cambiar su manera de escribir, por otra digna de un ocupador de tal sitial.

El año de 1943 no fue mucho menos destacado que el anterior. El 8 de abril fue nombrado por el Presidente de la República, Miembro Fundador del Colegio Nacional, institución erudita que ha llegado a tener fama mundial por las investigaciones de alto nivel que sus miembros han llevado a cabo. Otra vez, como en el Seminario, los literatos tenían la obligación

¹ Hashimoto, Renato, *La trayectoria de Mariano Azuela*. Tesis, UNAM, Escuela de Verano, 1953. Pág. 177.

anual de publicar un libro o de dar una serie de conferencias. Ahora eligió Azuela dar una serie de conferencias. El tema que escogió fue: ¿Existe una novela mexicana? Habló de la obra de cinco novelistas mexicanos: José Joaquín Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán, José T. Cuéllar, Ignacio M. Altamirano y Rafael Delgado. En 1947 unió éstas con otros estudios de la misma índole y formó un libro, *Cien años de novela mexicana*, el cual veremos más adelante.

En noviembre fue electo miembro corresponsal de The Hispanic Society of America.

A base de su nueva posición en el campo literario, debido a los nombramientos, la prensa se interesó nuevamente en exponer al público su régimen de vida y sus opiniones, sobre todo, de cuestiones literarias. La primera entrevista que apareció fue una por Luis Spota Jr.² El artículo trata de la posición de los escritores mexicanos y su obra. Azuela afirma que no había hasta entonces una novela mexicana. “¿Por qué?, es difícil contestar”, dijo: “Lo que hemos venido haciendo han sido meros ensayos que aún no tienen cualidades de obra. Nos falta cuajarnos. . . Por otra parte, considero que nadie se dedica, por completo, a la literatura. Se moriría de hambre. Yo, por ejemplo, escribo por gusto, no porque espere obtener de mis novelas un beneficio económico. . . Los novelistas no ganamos nada con nuestras novelas. Muchas veces contribuimos, con dinero, para que se editen. Generalmente la venta, por alta que sea, no compensa la inversión. Aunque parezca mentira, el público de México no se interesa por leer. Todo, pues, está en contra nuestra. Y luego el gobierno pretende cobrarnos elevados impuestos. Así no puede hacerse nada. . . En México, más que en ninguna parte, se ve con malos ojos la intervención gubernamental. De aceptarse la ayuda, los novelistas resultaríamos perjudicados, pues el público que nos ignora, nos haría menos caso. . . ¿Que por qué no se interesa por leer? Probablemente porque aún no hay un hombre capaz de interesarlo, capaz de obligarlo a comprar un libro. . . No, no hay novela mexicana con carácter y fisonomía propios. No la hay porque aún no ha surgido el hombre capaz de comprender lo que es la novela mexicana. Cuando ese hombre se encuentre, cuando valore la riqueza temática de México, podría hacer

² Spota Jr., Luis, “Habla Azuela de la novela mexicana”, *Revista de Revistas*, 19 de abril de 1942, México.

literatura mexicana, exenta de influencia de las escuelas extranjeras. Debe conocer, ante todo, la técnica de la novela para poder manejar, con maestría, todos sus recursos... Los novelistas deben apartarse de escribir novela revolucionaria... Todo lo que se ha hecho sobre la revolución... no han sido sino relatos parciales del movimiento. Quizá ninguno de los que estuvimos en ella podemos escribir su historia, puesto que nuestro radio de acción, por amplio que haya sido, no abarcó a lo largo y a lo ancho, todo el paisaje...” En seguida vuelve la vista hacia los críticos: “La crítica que se hace en México, generalmente cae dentro del terreno de lo no inteligente.” Y procede a contar dos errores que dos críticos habían expuesto en cuanto a él.

En Jueves de Excelsior del 7 de mayo del mismo, salió otra entrevista que llevó el título de “Se está escribiendo un libro”. Las primeras preguntas tratan de una nueva novela que resultó ser *La marchanta*, publicada en 1944. Luego se le pide contar cómo trabaja y en qué forma. Responde: “Lo que puede ser más lo importante de mi trabajo lo hago fuera de casa. Jamás en casa se me ocurre una idea para mis libros. Ha de ser en el tren, en los toros, en el teatro, en la calle... Siempre llevo papeles preparados; o al dorso de un sobre; en cualquier papelucho que lleve en la bolsa. Yo tengo una memoria desastrosa. Muchas veces hasta en una iglesia, a la que entré por curiosidad, necesito sacar mis papeles... Luego los desarrollo en casa. —¿Y a qué horas trabajo? —Al levantarme. Las demás horas del día podré dedicarlas a la corrección de pruebas, a ordenación de las tareas; pero el desarrollo literario ha de ser por la mañana antes de ir a la Beneficencia, donde tengo mi trabajo cotidiano. Claro está que para eso me levanto a las 6...” Se le preguntó cuáles novelas leía. Contestó: “Novelas, apenas leo. Hace como cinco años que apenas leo. Me fatigan, porque para mí no es siempre distracción, sino trabajo intelectual. Estos días leo con gusto a Keyserling. Quiero leer también a Dos Passos; posiblemente me interese para mi obra. Una lectura puede sugerir cosas que nada tengan que ver con ella; lo malo es que no domino el inglés. Sin embargo, comprendo que los gustos cambian y no está de más renovar las lecturas. —Oiga usted, don Mariano, cuando el trabajo literario es intenso, ¿le hace cambiar el régimen de su vida? —Nunca. Antes cuando había prisas, trabajaba también de noche; ese era todo el cambio. Pero hace muchos años que no lo hago... Ahora me acuesto a las diez, después de un rato de plática con mis hijos, con mi gente. Nada me hará variar ya; nada me quitará de saborear ese buen rato íntimo, al final de cada jornada...”

En otra entrevista ³ reafirma que la medicina había sido su profesión, que fue un escritor ocasional, sólo un aficionado. Iba dejando de ejercer su profesión, limitándose a atender a unos niños de un centro de prevención infantil. Afirmó que escribía sólo en ratos robados de otras actividades, nunca con un propósito trascendental, sino con el de “a ver qué sale.” Comentó que era y había sido un escritor independiente, siendo ajena toda servidumbre para él. Aertó que había tenido la fortuna de estar siempre libre de tal peso. Dijo que, siendo médico, buscó una salida a su afición por el registro de la literatura.

Durante el mismo tiempo apareció un artículo muy interesante de A. Núñez Alonso, en el cual se hizo una interesante e importante observación sobre el pesimismo en las obras de don Mariano. ⁴ Procura mostrar que: “. . . su pesimismo surge más que de una exposición con intenciones moralistas, de los mismos cuadros que le ofrece la vida mexicana, pintados con verismo maestro. Claro que la novela de este tipo no es novela grata; pero el pesimismo de Azuela no es pesimismo de autor, sino de lector. Porque el autor se concreta a exponer, a reflejar la realidad y el lector se siente deprimido, angustiado, pesimista ante los tipos y los hechos. La actitud de Azuela es al fin de cuentas, optimista. La censura, la crítica acerca que las exposiciones desapasionadas de hechos reales implica, significa, por muy brochornosos que sean esos hechos, por muy deleznable que sean las criaturas que los originan, una esperanza en la liberación, una mejora en lo criticable. Exponer a la vergüenza propia las propias lacras, es el modo más efectivo, por indirecto, de hacer que la conciencia se rebele contra esas lacras. Y ese es el pensamiento de Azuela: ser exacto, ser verídico al novelar nuestra vida mexicana.”

El año siguiente, 1943, Azuela vuelve a hablar de la posición tan difícil del escritor mexicano. ⁵ Comenzó por comparar la remuneración económica de un periodista con la de un novelista. Ganaba más, según él, el periodista en ocho días escribiendo para los periódicos que un novelista

³ Prats, Alardo; “Azuela escribe para matar algo, aunque sea el tiempo”, la revista “AS”, 1942.

⁴ Alonso, A. Núñez; “Mariano Azuela o el pesimismo”. “AS”, 20 de mayo de 1942.

⁵ Prats, Alarde; “Habla el patriarca Azuela de la esclavitud literaria”. “AS”, 14 de mayo de 1943.

en un año, concibiendo y componiendo una novela. Afirmó que: “Después de la revolución y debido al indudable renacimiento literario a que dio lugar, el público empezó a considerar el valor de nuestros propios libros, de nuestros propios temas y a apreciarlos. Entonces empezaron a ser pagadas las obras de los escritores, pero tan poco, que el que no tenía profesión aparte de la literatura o no era empleado del gobierno, no podía vivir. . . En otras partes un escritor vive toda su vida para el trabajo de escribir. Aquí la tarea del escritor es muchas veces secundaria como lo era para Azueta mismo) . . . Esto explica la discontinuidad en el esfuerzo creador de muchos escritores de mérito, que logran hacer una buena obra, y después otras mediocres. . . El escritor tendrá que escribir más o menos al dictado en los periódicos, vivir de una “chamba” del gobierno o dedicarse a otras actividades.”

También en 1943 clausuró el consultorio en su casa, para no tener que pagar el correspondiente elevado impuesto, ya que no daba muchas consultas. Sin embargo, algunas gentes pobres seguían yendo a su casa para consultas. Les atendía sin cobrarles nada. Se había especializado en Ginecología. Era una autoridad en enfermedades de niños y de las vías urinarias. No obstante haber clausurado su consultorio seguía al servicio de uno de los Consultorios Infantiles de Asistencia.

En otra entrevista hecha en 1944, dio a conocer su parecer en cuanto a los casos que trataba. “. . . Yo atiendo los casos de uno a dos años, y todos, todos, óigalo bien, sufren males intestinales debido a la deficiencia o mala alimentación. Ahora, en el invierno, se alteran esos males con los de las vías respiratorias, debido al mal abrigo de los niños. . . Lo más terrible es comprobar que en muchos casos, el mal radica en la miseria de los padres, que no tienen con qué dar de comer a sus hijos. Entonces es cuando me desespero, créame usted.”⁶

En otoño de 1945 todavía trabajaba en el Consultorio de 8.30 a 10.30 u 11.00. Escribía antes de salir para el trabajo, para lo cual seguía levantándose a las seis de la mañana. Regresando a casa se ponía a leer. Después de la comida y de una siesta, salía a las cinco a dar la vuelta para ver cosas. Era para él una necesidad observar y escribir sus observaciones. Dijo que siendo de carácter retraído, y poco adaptable al mundo

⁶ Chávez González, José N.; Entrevista, *Acción Nacional*, septiembre a octubre, 1945.

exterior, tenía que refugiarse en algo; se refugió en la novela, como pudo haberse refugiado en la baraja, en el boliche o en cualquier cosa.

Comentó un periodista ⁷ que Azuela fue exactamente el tipo de intelectual que, viviendo en México, la ciudad cosmopolita y abierta a todas las influencias, conserva el corte inconfundible de un carácter que solamente se puede obtener cuando la infancia ha transcurrido en la dulzura maternal del paisaje del terruño. No había entrada en su alma para las agitaciones contemporáneas; siguió siendo en lo más íntimo de su ser el poeta enamorado de la mansedumbre bravía de la campiña mexicana, de la belleza candorosa de las muchachas del pueblo, de la tierra grande, a pesar de la mutilada México.

En 1946 la revista "Hoy" publicó una serie de artículos y entrevistas que intitularon "Panorama de la novela en México". Una de las personas entrevistadas fue, desde luego, el Dr. Azuela. ⁸ "—¿Cuál cree usted que debe ser la preocupación fundamental del novelista mexicano? —Hacer novela y no literatura: lo que más daño ha hecho a la novela ha sido la literatura y el snobismo. Se hace literatura en lugar de hacer novela, se quiere hacer obra universal y no mexicana... Lo fundamental es mantener el equilibrio entre lo que se pretende hacer y lo que se realiza... Al público le interesa lo que encuentra de sí mismo en la novela... El escritor debe preocuparse por el aspecto humano; la forma ha de seguir espontáneamente... Yo escribo con la emoción del momento y no me importa si estoy o no en lo cierto. Suceden los asesinatos de Serrano y los suyos y escribo *El camarada Pantoja*. Lo escribo porque esa es la impresión que yo entonces sentí. Yo no sé, ni me importa si aquélla fue bueno o malo para el país. Yo relato mi emoción, escribo como hombre. Y aunque mis obras las publiqué muchos años después de escritas, no modifico la impresión que me produjeron cuando las hice... Me han atacado de reaccionario sin entenderme". Los críticos habían dicho que "hoy ataco a los que ayer defendía. Mentira; yo siempre he defendido a los de abajo contra los de arriba y si los de abajo de ayer ni siquiera han sabido darse cuenta de que son los de arriba de hoy, es cosa de la que yo no tengo la culpa" (cita tomada de sus notas).

⁷ Olguín Hermida, Humberto; "Don Mariano Azuela" en "*Pues*" de Guadalajara, Jal., 19 de julio de 1944.

⁸ Mora V., Juan Miguel de, "Panorama de la novela de México - Los críticos nos engañan". "*Hoy*", 26 de junio de 1946.

“Una vez me acusaron de no decir en *Los de abajo* más que una parte de la verdad, media verdad. Yo les contesté que no decía sino la diezmillonésima parte de la verdad, mi verdad, que es distinta a la de otros y que ni siquiera es la misma que sentí a los cuarenta años, como aquélla no fue la que sentí a los veinte años.”

Afirmó en unas de estas mismas entrevistas (véase la nota ⁶), que nunca quedaba satisfecho con lo que escribía, y por tal razón no podía preferir ninguna de sus novelas. “Puedo decir que soy revolucionario por temperamento, no por ocasión. Así que una vez consumada una revolución no quedo ni quedaré nunca satisfecho, siempre querré algo mejor. La inconformidad viene a ser la base de mi temperamento.”

A través de estas entrevistas he querido dar a conocer al lector algo de la persona del biografiado. Pero permítame regresar al año de 1944 para volver con su producción artística.

En ese año sus paisanos le honraron. En Lagos de Moreno, varias organizaciones de carácter religioso construyeron una biblioteca con sus aportaciones particulares. Una vez terminada la obra, se encontraron con que la producción literaria de don Mariano no podía figurar ahí, porque sus libros aparecían dentro de la lista negra de obras poco recomendables por la Iglesia Católica. Ante esta circunstancia, los orgullosos hijos de Lagos se conformaron con que, cuando menos, el nombre de su insigne novelista figurara al frente de la biblioteca ya que le estaba negada la entrada de sus libros.

En el mismo año salió de la estampa otra novela que no iba a aparecer en esa biblioteca, *La marchanta*.

A partir de 1941 había dedicado algún tiempo a estudiar algo de la técnica norteamericana. Leyó con mucho detenimiento *Manhattan transfer* y *Gran dinero* de John Dos Passos. Utilizó la técnica de *Manhattan transfer* para escribir *La marchanta*. Cambió en ella otra vez de procedimiento.

Para escribir las novelas, *Avanzada*, *La mujer domada* y *Sendas perdidas*, primero hacía un detenido estudio y luego formaba un esquema con la idea matriz. Reconoció que la construcción en esta forma prometía mayor solidez, pero que nunca tendría la frescura de impresión de las obras de la juventud. Quiso aprovechar las ventajas de este método; la realización de la obra con el mínimo de esfuerzo, ajuste perfecto entre las partes de la obra, menos correcciones y mayor rapidez en la terminación de ella. El

ahorrar tiempo en todo lo que hacía, llegó a ser un factor importante debido a su edad avanzada. En una ocasión dijo: “estoy cansado, no puedo trabajar ahora como antes, muchas horas seguidas; necesito frecuentemente descanso (se refería a sus labores para el Colegio Nacional).”⁹

La acción de *La marchanta* se desarrolla en un barrio de la Capital, el de Tepito, con el punto de enfoque en la Plaza de Santiago Tlaltelolco. Azuela vivió cerca de esta plaza algún tiempo cuando acababa de llegar a la ciudad.

Relata la vida de la hija de una marchanta. La joven casa con un huérfano que logra convencer a su viejo patrón que le traspase su tienda, aunque no tiene bastante preparación para manejarlo. Muere el abarrotero dejando sus ahorros escondidos. El joven descubre la pequeña fortuna y pretende emanciparse, con ella, de su medio humilde. Abandona a su mujer, pretextando que no ha podido darle un hijo, y empieza un amorío con una actriz, muchacha que le había gustado desde la niñez. Tira toda su fortuna con ella y, dándose cuenta de su situación desesperada, se suicida. Mientras tanto muere la madre de la joven, y ella resulta seducida por un amigo de la niñez y da a luz. Pierde la tienda que hereda de su esposo por ayudar a su amante, y entonces vuelve al humilde puesto que habían tenido su madre, su abuela y su bisabuela, con su hijita a su lado.

Termina el libro sugiriendo la sospecha de que la niña correrá el mismo destino de todas las marchantas que la habían precedido. Reveló que había escrito la novela con miras a su filmación. Hubo interesados y vendió los derechos cinematográficos a quienes, en su opinión, no podían haberla puesto peor, pero sólo le interesaba hacer negocio. Le pusieron por título “La carne manda” y la estrenaron la noche de Navidad de 1947. Azuela opinó que el director y autor de la adaptación estuvo flojo y desalentado, dando la impresión del obrero mal pagado que sólo quiere acabar pronto su labor. A su parecer las deficiencias del protagonista fueron la causa del fracaso de la película, así como las del decorado y su pésimo sonido; cosas que cualquier productor con mejor sentido hubiera podido evitar. A pesar de todo, Azuela dijo que el Sr. Urueta tenía mayor sentido estético respecto a los argumentos porque no incurría en las cursilerías que fueron la ignominia de la producción nacional mexicana. Vio Azuela el film tres veces y cada vez le pareció mejor, lo opuesto de lo ocurrido con “Mala yerba”.

⁹ Véase la nota 7 de este capítulo.

La siguiente novela que competó, fue publicada en 1946. Se intituló *La mujer domada*. Se trata de una muchacha de provincia de increíble presunción, cuyo padre procura educar bien, debido a que ella quiere ser una intelectual. El la envía a la Capital para que se perfeccione. Ella fracasa en sus intentos de lucirse y regresa, domada por el infortunio, a su pueblo en donde casa con un antiguo pretendiente a quien antes había menospreciado. Y así entró en la trayectoria que le había diseñado el destino: amar.

El año de 1947, además de ver el estreno de "La carne manda", también vio un segundo ciclo de conferencias y la publicación de otro libro.

En este año concluyó la serie de conferencias que tenía proyectadas desde que abrió la serie en 1943. Ahora habló acerca de siete escritores más, todos del siglo pasado: Manuel Payno, José López Portillo y Rojas, Vicente Riva Palacio, Emilio Rabasa, Manuel H. San Juan, Federico Gamboa y Heriberto Frías. Después de presentarlas en el Colegio Nacional, las reunió en un volumen que compuso durante sus vacaciones en el rancho cerca de Lagos, donde solía pasarlas todos los años, costumbre que todavía practica su familia. Planteó la cuestión: ¿Hay novela mexicana? La misma que había sugerido en 1943. Los novelistas que incluyó fueron los doce, desde J. J. Fernández de Lizardi a Heriberto Frías.

Ellos le parecieron los más importantes a partir de la guerra de independencia hasta la revolución. Afirmó que no intentaba hacer crítica literaria, sino que se colocaba en el plano del lector ordinario que lee y da la impresión de lo que lee, despreocupadamente y sin cuidarse de pareceres ajenos. Quiso dar a entender que lo que exponía no era más que la expresión de su pensamiento, de sus aficiones y de sus gustos personales. La estética literaria expresada en el libro tiene sus raíces en la novela realista francesa del siglo pasado. Para él, lo esencial era la verdad y toda obra que retrataba verídicamente algún aspecto de la vida era, por tanto, buena novela. Siguiendo el criterio de Flaubert, creía que la novela debe tener el objetivismo de un espejo, es decir, la presencia del autor debe sentir lo menos posible. Además, los sucesos narrados no sólo tenían que divertir al lector sino también grabarse indeleblemente en su memoria.

Tomando en cuenta este criterio, sus autores y libros predilectos fueron: J. J. Fernández de Lizardi y su *El Periquillo Sarmiento*, la primera novela mexicana; Luis G. Inclán y su *Astucia*; Rafael Delgado y sus novelas *La Calandria* y *Los parientes ricos*; y Heriberto Frías y su *Temóchic*.

Resolvió la pregunta original en esta manera: que sí había una novela mexicana pero con minúscula. Lo justificó asertando que un país inmaduro como México no podía esperar tener una literatura o novela tan propia y desarrollada como los países europeos, por ejemplo. Agregó como clave del atraso de la novela mexicana que: "...los que saben escribir no tienen qué decir y los que tienen qué decir no saben escribir."

En el mismo año don Mariano completó la redacción de una novela que sólo recibiría impresión póstuma, *Esa sangre*. Por muchos años había tenido el afán de componer un libro que fuera como una segunda parte de *Mala yerba*. Sus trabajos para el Colegio Nacional le había detenido, pero terminando con *Cien años de novela mexicana*, púsose a realizarla. Su idea consistió en presentar, en forma viviente, los contrastes existentes entre el campesino peón de ayer y de hoy y entre el amo de ayer y el de hoy. Desde *Mala yerba* los paisajes, panoramas, escenas y algunas personas habían sido tomados del rancho de su sobrino (el que pertenecía a él y antes a su padre); el mismo sitio con algunos sobrevivientes de aquella época le sirvieron para ésta.

En la novela volvemos con los Andrade mucho después de la revolución. Sobreviven sólo dos de ellos, Julián y una hermana, junto con un primo. Julián, tras haber participado en la revolución, después de perder todo, había abandonado el país. Lo encontramos de regreso, acariciando la idea de recuperar sus antiguas tierras y al mismo tiempo procurando adquirir la jerarquía social perdida. Pero su avanzada edad, la propicia a cometer "equivocaciones", la falta de docilidad para acomodarse a un medio hostil, y el interno orgullo y su irresistible inclinación a la bebida hacen que lentamente descienda, de frustración en frustración, a un nivel cada vez inferior. Al final es muerto, junto con su hermana que intentó salvarlo, en una riña insignificante.

El año de 1949 vio la terminación de dos novelas más, sus últimas, y resultó ser un mojón en su vida: le fue otorgado el premio nacional. Pero volvamos la vista a las novelas. *Sendas perdidas* una que publicó en este año, tuvo su principio como un "script".

Su contacto con el medio cinematográfico, junto con su desilusión, debida a las realizaciones cinematográficas imperfectas de sus novelas, le animaron a estudiar con mucho empeño la técnica del "script" o guión. Al efecto compró algunos tratados, escritos por especialistas de reconocida

competencia, sobre estas materias. Con esa preparación se puso a componer un "script" original. Le dio forma en unas cuantas semanas y dándole a leer a un amigo, quien le confió que le parecía muy interesante, pero demasiado "fuerte" para la pantalla. De todas maneras Azuela lo registró en el Sindicato de Autores y Adaptaciones Cinematográficas, del que formaba parte, y allí estuvo, ignorado, por varios años. Entonces decidió hacer novela de ello y, extrañamente, en esa forma se impuso. Vendió el argumento; pero la película todavía no se realiza debido a que la empresa que obtuvo los derechos quebró al poco tiempo.

Fue compuesto el "script", y desde luego la novela, con personajes y sucesos que ocurrieron en Lagos hacía casi cincuenta años, cuando comenzaba a ejercer su profesión; profesión que da las mejores oportunidades para conocer de cerca a la gente. Igual se penetra en la intimidad del hogar opulento que en el hogar pobre. Confirmó que esta vez siguió más o menos fielmente el curso de los sucesos y que mantuvo la calidad de los personajes. Trata de las complicaciones en la vida de dos supuestos hermanos por una mujer. Un viejo fogonero los recoge, siendo ellos huérfanos. Uno, serio y trabajador, llega a ser un maestro mecánico en la fábrica donde trabaja su protector. El otro lleva una vida desordenada y degenerada. Asesina a un hombre por una cabaretera y se ve obligado a huir del país. Por alguna casualidad el otro hermano conoce y se enamora de la misma mujer. La lleva a vivir con él, a fin de rehabilitarla. Al principio atribuye su falta de éxito al ambiente capitalino y se traslada a una fábrica en la provincia. Allí tampoco cambia aunque accede a casarse con él. Es entonces cuando regresa el degenerado y va a la casa de su hermano. El marido entra a su casa y sorprende a su hermano con su esposa en su propia recámara. Les dispara a los dos, matando a su hermano e hiriendo a ella, que lo disculpa ante el juez quien lo libera. Mientras tanto, el fogonero también se había trasladado a la misma ciudad y le confiesa al "ahijado" que en realidad es su padre y que el otro no fue su hermano. La mujerzuela sigue siendo una mujer galante, encontrándose en los brazos de un joven médico al final.

La otra novela que terminó, a los 76 años, fue *La maldición*. Esta fue otra edición póstuma; 1955. Es la tercera novela de la serie *Las tribulaciones de una familia decente* y *Esa sangre*, en la cual don Mariano trata de una familia de hacendados, despojados de sus bienes y sus actividades posteriores. Los sobrevivientes de la familia son el hermano me-

nor, una hermana y su madre. El joven, convertido en cabeza de familia, la lleva a la capital en busca de fortuna, la cual se propone obtener por medio del robo. Antes visita a su tío para que les aconseje. Les dice que no vayan y que si van de todos modos perderán su integridad y hasta sus almas: la maldición. Su camino pasa por la traición, el fraude, el robo, la amenaza y hasta la venta del honor de su propia hermana, a quien mal aconseja y que se deja seducir por el dinero. La traición a sus jefes le cuesta una temporada en la cárcel y además le cierra todas las puertas al empleo. El tío muere antes de que vea realizarse su maldición. Habiendo regresado a la provincia por algún tiempo, muere la madre también. La hermana se separa de su hermano, comprando una tienda pequeña. El rueda extraviado, después de haber perdido todo, cuando le cae del cielo una "chamba" más, en la cual gana cincuenta mil pesos descubriendo a la vez, por medio de un análisis, que está moribundo. En este rumbo el autor nos deja, para que nosotros demos fin apropiado a la novela según nuestros propios pareceres. El premio que recibió fue el Premio Nacional de Artes y Ciencias, que le otorgó el Consejo Técnico Consultivo del Instituto de Bellas Artes. Además del diploma, se le entregó un cheque por la cantidad de 20 mil pesos. Fue entregado por el Presidente de la República Mexicana, Miguel Alemán, el 26 de enero de 1950. El premio es la máxima presea que el gobierno otorga a quienes sobresalen en la cultura nacional.

Al recibirlo Azuela pronunció el siguiente discurso. "...El gobierno federal acaba de concederme el Premio Nacional de Artes y Ciencias que en el año que pasó corresponde a la literatura. Si este galardón se me otorga por mi amor entrañable a las gentes y cosas de México, está justificada. En verdad yo no habría escrito ni una sola línea en materia de literatura si desde mi juventud no me hubiera atraído con fuerza irresistible el deseo de producir algo acerca de nuestro país, algo que siempre fue de mal tono escribir, particularmente en aquellos tiempos en que, incluso la literatura, todo lo importaban de Europa. De lo demás que pueda encontrarse en mi obra no me avergüenzo ni me ufano, porque siempre he creído que el artista no es más que un medio elegido por fuerzas que desconocemos totalmente y que para expresarse se valen de determinados seres humanos. El feliz hallazgo de un tema musical, de una combinación de líneas y colores, el acierto de un verso o pasaje de novela, no son a menudo —por no decir siempre— sino frutos de la subconsciencia. Pero vanagloriarse de esto sería tan insensato como absurdo que el cenxontle

se ufanara de la variedad de sus trinos o la avutada se aborchonara por la pesadez de su vuelo. Son dones, y el que los posee sólo está obligado a adueñarse de la técnica indispensable para producir su obra en la mayor perfección.

“Pero, en mi concepto, este premio tiene además una significación que trasciende más allá de lo meramente personal. Se le concede a un escritor independiente, y esto equivale a reconocer en todo su alcance la libertad de pensamiento y la libre emisión de las ideas que le van aparejadas. Es decir, ese derecho por el que los mexicanos venimos luchando desde la consumación de nuestra Independencia.

“Como escritor independiente, mi norma ha sido la verdad. Mi verdad, si así se quiere, pero de todos modos lo que yo he creído que es.

“En mis novelas exhibo virtudes y lacras sin paliativos ni exaltaciones y sin otra intención que la de dar con mayor fidelidad posible una imagen fiel de nuestro pueblo y de lo que somos. Descubrir nuestros males y señalarlos ha sido mi tendencia como novelista; a otros corresponde la misión de buscarles remedio.

“En ocasiones hice la crítica acerca de la Revolución; mejor dicho la autocritica de nuestra Revolución, ya que tomé parte activa en ella con el entusiasmo de mis mejores años. Reconozco que la novela tendenciosa o de tesis es mala por lo que la enturbia como obra de arte; pero muchas veces tuve necesidad de decir, de gritar lo que yo pensaba y sentía, y de no haberlo hecho así me habría traicionado a mí mismo.

“No todos comprendieron esta actitud mía y a menudo fui censurado por ello. Por fortuna sí me comprendieron los que a mí me importaban más, los revolucionarios auténticos e íntegros. He de proclamarlo muy claro y muy alto: ninguno de los gobiernos emanados de la Revolución estorbó jamás la publicación de mis escritos ni me tocó nunca en mi persona. Antes bien, en repetidas ocasiones los periódicos oficiales me han pedido mi colaboración literaria, y en el curso de la administración pasada el señor general don Manuel Avila Camacho, ex Presidente de la República ahora, me honró con el nombramiento de miembro del Seminario de Cultura Mexicana y poco tiempo después miembro fundador de El Colegio Nacional, donde sigo laborando sin consignas ni cortapisas, con la misma libertad de que siempre he disfrutado.

“Si dentro de mis posibilidades logré haber contribuido a la obra de afirmación nacional a que ha hecho referencia el señor Director General del Instituto Nacional de Bellas Artes, se habrá cumplido el anhelo más grande de mi vida de escritor.

“Sólo me resta dar las gracias... por el honrosísimo galardón que me ha conferido”.

De 1949 hasta el fin de su vida, no escribió más que algunos esbozos de su *Autobiografía del otro*, que había comenzado muchos años antes. Este trabajo acabó por estar dividido en varias partes, partes que llegaron a ser separados del proyectado escrito.

En 1950 fue presentada una nueva adaptación teatral de *Los de abajo*, hecha por Luis Moya y Azuela, en el concurso de Las Fiestas de Primavera. La obra resultó premiada el día 25 de abril. El premio que Azuela recibió consistió en un trofeo y cuatro mil pesos.

En 1949 había hecho los trámites para recibir su debida pensión del Departamento de Salubridad y Asistencia Pública, después de haberse retirado de su puesto en diciembre. Desempeñó varios puestos durante sus veinticuatro años de servicio: pasante de medicina, médico interino y algún otro puesto en la oficina de Dirección Técnica. Recibió el pago de la pensión desde el primero de mayo de 1949.

Durante los años en que trabajaba, esperaba el día de su retiro del ejercicio de su profesión para dedicarse a su afición de las letras. Cuando llegó al fin ese día, había ya perdido las ganas de hacerlo. Entonces se dedicó a encuadernar libros y a criar gallinas; dos pasatiempos nuevos que apenas le dejaron tiempo para su antigua diversión; escribir.

Don Mariano fue invitado a Lagos, con mucha anticipación para hablar en la ceremonia del descubrimiento de la estatua de don Pedro Moreno, que se efectuó en agosto de 1951. Se negó a hacer un discurso, por incapacidad dijo, pero compuso unas escenas sobre la biografía novelada que había escrita sobre él. No fueron aceptadas para reemplazar el discurso. Hacia fines de 1950, Víctor Moya le fue a pedir una dramatización de su novela *Mala yerba*. A cambio de ello Azuela le ofreció su dramatización de *Pedro Moreno, el insurgente*. Le gustó a Moya. Azuela le hizo algunos cambios que Moya estimó pertinentes y se puso a estudiarla con sus muchachos. La presentó en el concurso de grupos

teatrales de la Fiesta de Primavera de 1951. La presentación le encantó a Azuela que se refirió a ella como la realización perfecta de sus intenciones. Además, la obra despertó mucho entusiasmo en el público. Pero el jurado calificador, a pesar de la calidad y la fuerza de la obra, decidió que no podía otorgar el premio mayor a las mismas personas en dos años consecutivos. Después la obra se presentó mucho tiempo en el teatro del Sindicato de Electricistas.

En los primeros meses de 1951 el entonces Gobernador del Estado de Jalisco, estado natal de Azuela, quiso honrar a sus dos ilustres escritores, a don Mariano Azuela y a don Enrique González Martínez. Organizó unas ceremonias para ellos en Guadalajara. En cambio, ellos, a razón de su avanzada edad, solicitaron al Gobernador que lo hiciera en la capital de la República, porque ya no podían viajar. Así lo hizo el Gobernador. Vino y les otorgó, en abril, una medalla de oro en tributo a cada uno.

En el verano del mismo año, a iniciativa del Dr. Monterde, entonces Director de la Escuela de Cursos Temporales de la UNAM, Azuela dio una serie de conferencias en la Escuela durante la jornada del verano, sobre la novela de la revolución.

La dedicación de un monumento a Pedro Moreno fue un sueño del Dr. Rivera que Azuela tomó a costas. En estos últimos años, un pariente del último convenció al entonces Presidente de la República Miguel Alemán, pagara una estatua del héroe de Lagos. A Azuela le tocó poner el dinero para el pedestal de la estatua. Contribuyó las ganancias de cien libros de su biografía, que se vendieron en Lagos mismo, que sumaron mil pesos. Se realizó su último anhelo.

SU MUERTE

Un domingo, el 22 de febrero de 1952, le cercó la muerte en forma de un síncope cardíaco. El síncope cardíaco le provocó un infarto del miocardio que no obstante las atenciones de dos eminentes cardiólogos le produjo la muerte en pleno conocimiento a los 79 años, en las primeras horas del 1º de marzo. Le rindieron homenaje en el vestíbulo del Palacio de las Bellas Artes.

Recibió sepulcro en la Rontonda de los Hombres Ilustres.

Apareció en *La Vida Petrolera* de abril del mismo año, el discurso dicho en su entierro. Lo pronunció el distinguido escritor Salvador Novo, entonces jefe del Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, en representación del Secretario de Educación Pública, momentos antes de que bajaron a su última morada en la Rotonda los restos del doctor Azuela.

“Ayer apenas despedíamos al poeta. (Enrique Martínez González). Hoy parte de nosotros el novelista. Las letras patrias visten doblemente de luto, huérfana la novela de quien supo adentrarse en la vida del pueblo, auscultar el corazón de la tierra, recorrer los caminos, entrar en las chozas humildes de los campesinos, entender su lenguaje y entregarnos con su pluma privilegiada la cosecha fecunda de su exploración humana... El mexicano ilustre cuyos restos entregamos ahora con dolor a una tierra que él amó y comprendió como pocos, deja detrás de sí una doble y magnífica herencia: la que deja el hombre a sus hijos y eminentes ellos también; la que deja el artista en sus obras inmortales. Pasaremos todos nuestro minuto sobre el mundo. Pero sólo lo generoso, lo creador, lo desinteresado y lo positivo que en ella hayamos sabido contribuir, permanecerá. El nombre de Mariano Azuela queda en nuestro conmovido corazón y durará en el lo que nosotros duremos”.

También desde el 12 del mismo mes quedó su nombre grabado sobre la cara de la metrópoli; en ese día las autoridades del Departamento del Distrito Federal dieron su nombre a la antigua calle del Alamo, la calle en la cual vivía.

Falta página

N° 90

CAPITULO XI

CAPITULO FINAL

En este capítulo me dedico a sintetizar el voluminoso material que precede. Para hacerlo, procurando no excluir nada, he elegido la siguiente organización.

Resumo los agentes externos, físicos y sociales, que formaron a Azuela; o, en otras palabras, las influencias mencionadas a las cuales estuvo expuesto. Luego, continúo con una ligera, y resumida pincelada del escritor médico. Habiendo considerado los primeros puntos, pasaré al momento histórico del cual fue intérprete. Y por último, terminó con su aportación a la literatura mexicana.

1 *Los agentes externos que lo modelaron.*

a) El físico.

Nació, se crió y se educó en el Estado de Jalisco. Los oriundos de ese estado de la República tienen fama de ser sencillos y muy honrados. Así fueron su vida y su producción artística, las dos sencillas y honradas.

Pasó su niñez en el rancho, experiencia que jamás olvidó y que le proveyó de mucho material para sus novelas. Cuando dejó de vivir en el rancho, regresaba cada año de vacaciones. Pasó su juventud en Lagos, cursando la primaria ahí. Hizo sus estudios superiores en Guadalajara, capital del Estado. Antes de recibirse en su carrera, estuvo en un seminario. Su temporada en el seminario y las enseñanzas de sus padres, muy católicos, le educaron muy bien en la religión. En Guadalajara se recibió de médico. Estando en la capital del Estado y viviendo en casas de huéspedes, tuvo amplia oportunidad de conocer muchos nuevos tipos de personas en un ambiente diferente.

Después de recibirse regresó a Lagos. Se estableció y se casó. Su profesión le obligaba a hacer visitas a todas partes y a conocer a toda clase de gente. Tuvo, en ese tiempo, una farmacia y perteneció a un grupo de literatos.

Vino la revolución de 1910 y aceptó un puesto en el gobierno Municipal, después de haber contribuido a su triunfo. La corriente desbordó su canal, y Azuela se vio arrastrado por ella y obligado a correr la suerte de los soldados revolucionarios, en calidad de médico militar. Esta experiencia lo sujetó a otro ambiente y le completó su conocimiento del mexicano campirano. También le enseñó mucho sobre los hombres en general, siendo las épocas de revolución los momentos máximos en que el hombre demuestra su índole.

Después de un arrebato bastante fuerte teniendo que abandonar el país sin dinero, trasladó a su numerosa familia a la capital de la República, encontrándose en otro ambiente. Estos elementos por los cuales pasó le dieron una amplia experiencia personal que abarcó casi toda clase de gente y que le permitieron conocer a primera vista la razón de ser, de pensar y de actuar de esa gente.

Tomó nota de los diversos elementos que conoció para no perder sus agudas observaciones.

b) El social.

Desde su niñez su actividad social le empujó hacia la literatura, en una forma muy primitiva por cierto. Lo más importante era escuchar los cuentos que contaba un tío suyo, los que le despertaron mucho interés hasta el punto de apuntarlos en una edad tan temprana. Se mezclaba con los empleados del rancho para aprender cuanto podía sobre lo que hacían.

Al ingresar en la primaria, vivía en la ciudad de Lagos, volviendo al rancho únicamente durante las vacaciones. En el pueblo, su vida social giraba alrededor de la escuela y de la tienda de su padre. En la tienda, donde solía ayudar, aprendió más costumbres, caló y los hábitos de las gentes de las clases bajas.

Cuando fue a Guadalajara, ingresó en otro ambiente, totalmente distinto de los que ya conocía. El Seminario le pesaba, no quiso o no pudo

adaptarse a él. Salió de allí más sabio por sus conocimientos y sus experiencias, para seguir sus estudios superiores en las escuelas del Estado. Entonces vivió en varias casas de huéspedes, la primera de ellas con seminaristas. En las casas pudo conocer a fondo a distintos tipos de estudiantes, y a uno de ellos debe su introducción a la lectura de la novela francesa. Fue durante ese tiempo cuando emprendió su extensa lectura de obras de ficción. Aparte de eso seguía observando a la gente, siempre interesado en tipos nuevos, mezclándose con ellos el tiempo necesario para conocerlos bien como observador. Eso era su actitud social. Ese "estudio social" le permitió componer su primera novela varios años antes de recibirse, en la que pinta ese ambiente estudiantil, las aulas y las casas de huéspedes. Allá afirmó su índole retraída y huraña, que le alejó de la vida social.

Escribió por placer, se refugió en el estudio y en la escritura. Cuando regresó de Lagos, confirmó esa tendencia. Comenzó a ejercer su profesión, casándose a la vez. Seguía leyendo mucho y no salía de noche. Su actividad se limitaba a sus consultas, a la farmacia que tenía entonces y a reuniones de personas con intereses afines: literatos. Pero se dejó interesar en la política, motivado por la reforma. Como consecuencia fue arrastrado por la revolución, la cual le proveyó de los sucesos y tipos por los cuales es famoso hoy. En la revolución vio la inutilidad de la lucha; de todas maneras los pobres seguían siendo explotados, pues nada más cambiaron los amos.

Radicándose en la capital se retiró; tanto como era posible, de toda actividad ajena a su profesión. Estaba en otro ambiente pero se mantuvo a la orilla, afuera, donde solía estar, mirando por adentro, observando, escribiendo.

2 *El Hombre.*

Como ya he dicho era un hombre de índole retraída y tímida. Pero a la vez era un agudísimo observador. Se mantenía al margen de la vida o ambiente más cercano, siempre viendo para adentro, no para afuera como algunos escritores suelen hacerlo. Además tenía gran integridad. Prueba de ello fue el dato del Hospital de la Cruz Roja que inquirió el Presidente de la misma. Otra cualidad que poseía fue la generosidad. Señalaré algunas de las maneras en que la demostraba.

Llegando a la Capital se dedicó a ser médico de barrio, lo que en sí implica sacrificio personal cuando el barrio es de los más pobres de la ciudad. Cuando iba al rancho periódicamente llevaba consigo una caja de medicinas, muestras en mayor parte, las cuales regalaba a la gente del rancho, atendiéndoles gratuitamente. Y cuando clausuró su consultorio particular, que estaba en su propia casa, daba consultas gratuitamente a la gente pobre de la vecindad.

Su concepto de la religión era algo personal. Nació en el catolicismo y tuvo mucha oportunidad de conocerlo a fondo como vimos. Se retiró de él y del pensamiento católico. Pero sí creyó en Dios. Aceptó que Dios se siente o no se siente, que no era cosa discutible y que se cree o no se cree. No fue hasta sus andancias en la revolución cuando lo vislumbró, y desde entonces fue creyente. La filosofía que le gustaba era el misticismo. En la última parte de su vida leía con mucho detenimiento ese tipo de sistema espontáneo en P. D. Ouspensky, *El tercer canon del pensamiento, una llave de los enigmas del mundo*, 1^o ed. en español. 1936.

El escribir, la novela, le era tan importante y necesario como el comer, el dormir, el hablar. Sentía como una necesidad apuntar, escribir; y, en consecuencia, dar a conocer lo que veía y observaba.

La novela consistía, a su parecer, en narración fundamentalmente, más interés y amenidad. El elemento inventivo constituía la base de ella. Creía que el estilo de la palabra escrita debía tener una magia para captar al lector de tal modo que le obligara a pensar, a sentir, a convivir con gentes, cosas, y sucesos que aparentemente le rodean; pero que exceden en mucho a lo que a diario se ve, se oye, se palpita y se siente. Le parecía que el novelista auxiliado por hábiles y oportunos cambios de formas era el único que podía realizar una ilusión tan real y seductora como para mantener el interés del lector. Consideró que la novela moderna era un paso más en la realidad. El lector comienza a leer como si visitara un pueblo extraño; el lugar, los personajes las acciones, todo es ajeno e inexplicable, pero conforme sigue, comprende el porqué de todo.

La técnica que él utilizaba era lo que se podría llamar realismo contemporáneo. No consistía en fotografiar minuciosa y directamente la vida, porque ésta suele ser aburrida con frecuencia. Consistía en crear ficciones que tengan apariencia de verdad. Pero en el fondo imaginativo de las novelas, procuraba dar la más fiel imagen de la realidad. Sentía

mucha admiración por los maestros sajones bajo cuya influencia quiso ensayar nuevas técnicas, nuevos estilos, pero cayó en un lenguaje artificioso, completamente distinto de la sencillez que buscaba como meta. Volvió entonces a su propio estilo con predominio de diálogos, librado de trozos descriptivos, trazando agudas observaciones, a veces un poco rudos pero siempre apropiados al tema.

No era político, sino un escritor que se interesaba en el aspecto político-social de su patria. Sin juzgarlo, lo reflejaba en sus obras. Uno de los propósitos de la mayor parte de sus novelas era dar un trasunto del medio y del momento que vivió; aportar puntos de vista de su tiempo y de su tierra, rodeando todo con un ambiente nacional.

Escribir era su pasatiempo, su vocación. Se entretenía largas horas y hasta días enteros, en anotar o recomponer acontecimientos, cosas y gentes vistas con sus ojos o con su pura imaginación. Eso hizo, dentro de sus posibilidades, en el radio de observación que le correspondió y que era muy amplio.

Escribió sus novelas, concibiéndolas ser novela de género intrascendente, sin ambiciones de enseñar nada, de plantear ni de resolver problemas; sólo como uno de tantos medios para aligerar la vida con algunos lapsos de reposo y de divertimento.

3 *El momento histórico del cual es intérprete.*

Diré, arbitrariamente, que fue intérprete de un período de sesenta años, desde 1890 a 1950. Mi razón para fijar estas fechas fue doble: primero, la de ser cifras redondas, que son fáciles de recordar. La segunda, basándome en que *María Luisa* se escribió por 1896, pero entró en ella material de la estancia en Guadalajara que bien podría datar desde 1890. Como escribió su última novela en 1949, el año de 1950 resultó ser el más cercano. Sus numerosas novelas constituyen una epopeya mexicana en prosa. La gran variedad de temas y la verosimilitud de los fondos históricos de ellas lograrán un lugar no insignificante con cada generación vigente.

Han dicho que la obra de Azuela tendrá, en el futuro, únicamente interés histórico; que es nada más un reportaje. Que más que nada fueron ambientes y clases, en vez de hechos y personas lo que captó. Pero

aun si fuese sólo un reportaje, dejan de mencionar la categoría que tiene su obra y se olvidan de que un buen reportaje puede ser una buena obra de arte.

Además de conservar ambientes nacionales en sus novelas, también reflejó varias corrientes literarias. Es muy difícil, hoy en día, indicar una sola modalidad de un escritor, por el número tan grande que existe de ellas y porque los escritores no se adhieren por lo general a ninguna escuela o modalidad. O si lo hacen, cambian durante su trayectoria. Azuela comenzó a escribir con el realismo; pero sin dejar por completo ni el naturalismo, el historicismo ni tampoco el costumbrismo.

Otra corriente que se manifiesta en él es la inglesa de "la corriente de conciencia". El trastorno del orden cronológico de los sucesos, más el monólogo, fueron los puntos sobresalientes de este procedimiento. Su máxima expresión se encuentra en *La luciérnaga*. También se vislumbra algo de la novela histórica en sus biografías. Sin embargo, su aportación más importante ha sido su novela de la revolución.

Esta dificultad de clasificación está señalada por José Rojas Garcidueñas, catedrático de la UNAM. En un estudio de la novela contemporánea,¹ admite que su propia clasificación es arbitraria, pero preferible a ninguna. Desde luego clasifica la obra de Azuela novela de la revolución la cual cae dentro de la especie o modalidad de novela de problemas sociales. Quizás no tengamos bastante perspectiva todavía para poder clasificar bien las obras contemporáneas pero yo quisiera dotar a Azuela con título de autor de una epopeya mexicana en prosa.

4 *Su aportación a la Literatura Mexicana.*

Con *Los de abajo* se abrió un nuevo rumbo en el campo de la novela mexicana, y aún de la hispanoamericana.

La Revolución casi negaba toda descripción. Es compleja y múltiple en sus distintas etapas; en sus variadas ideologías y facciones, en sus hombres y en sus aspiraciones. De hecho surgió sin ideales bien definidos, sin programa concreto y hasta sin jefes conscientes y capaces de encauzarla. La ideología revolucionaria es posterior a la Revolución en su

¹ Rojas Garcidueñas, José y Brushwood, John S., *Breve historia de la novela mexicana*. México, Ediciones de Andrea, 1959. *Manuales Studium*. Núm. 9.

forma ordenada y lógica. Contiene la lucha interna de México; un México que pelea por definirse, por encontrar su expresión y su personalidad en todos los ramos de la vida del ciudadano.

Ahora (con Azuela) se estudia y se ahonda en la observación de lo propio. El resultado natural es un “redescubrimiento” de México, que hizo posible la Revolución. Esta exaltación de lo propio, por humilde que sea y primitiva que parezca, no pudo realizarse antes de la Revolución porque los escritores del siglo pasado —aún los de extracción india pura, como Ramírez y Altamirano— estaban demasiado impregnados por las formas y los valores de las culturas europeas que se importaban y que se anteponian a lo indígena. La Revolución destruyó esa limitación y reveló a los escritores los valores de su propio campo, México. El escritor de hoy en día ha cambiado radicalmente y se enfrenta con su propia circunstancia sin el complejo de inferioridad que frente a ella sentían sus antepasados porfiristas. En los últimos años, mediante la asimilación de elementos distintos; espíritu, forma, temas y técnicas importadas, México está desarrollando una cultura original y propia —de carácter mestizo, como es su composición étnica— de perfiles inconfundibles. Tal fue el fruto de la Revolución que los escritores y otros artistas iban cosechando.

Se notan varios cambios en la técnica que emplea Mariano Azuela de la técnica tradicional del siglo pasado. Uno es la narración de la obra que se ha achicado, en contraste con los novelones de quinientos, seiscientos y aún más páginas que antes se escribían. Lo mismo harán sus continuadores, con muy pocas excepciones. Solo Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos cultivaron, de preferencia, la narración extensa. Tal economía y concisión beneficiarán al género. La novela se nos presenta, aligerada de todo el impedimento retórico, costumbrista y didáctico de las novelas de los primeros cien años. Asimismo se deja la complejidad del enredo y se expone rápido el propósito. La narración se vuelve escueta, esquemática y de ritmo acelerado.

Comenzando con Azuela, la novela de la Revolución rompe con la tradición centenaria lizardina y reacciona en las direcciones que *El Periquillo Sarniento* le impuso durante los primeros cien años a la novela mexicana.

Otro detalle de esta nueva novela, que la divorcia de la anterior, es su ‘historicismo’ realista y limitado que la lleva a plegarse al hecho

histórico, casi con excesiva fidelidad. Al reducir su inventiva a la copia fiel de los hechos y de los personajes de la Revolución por otros autores, el novelista le merma el vuelo imaginativo y creador a su obra y la convierte casi en documento o retrato de un instante de la historia de México. Por consiguiente, disminuye el valor estilístico de la obra. Pero al novelista le basta con copiar esa misma realidad para hacer su obra de gran interés.

El dinamismo de la Revolución, las vigorosas personalidades de sus caudillos, la truculencia y honor de sus acciones militares son tales, que el novelista no tiene que poseer una gran capacidad inventiva para escribir obras entretenidas. Consecuentemente, muchas veces el novelista se vuelve fotógrafo de la Revolución cuya aspiración máxima consiste en captar esa realidad tal como se presentó. Ni siquiera aspira al retrato, que implica ya una mayor capacidad en el arte de la composición y superiores dotes creadoras.

La novela de la Revolución tiene un aspecto "revolucionario" en que se escribe a base de las masas; del pueblo y para el pueblo. Es una novela que carece de muchos convencionalismos pertenecientes al género: un héroe, una heroína, un enredo amoroso, argumento, para elevar a ese personaje indefinido (la masa) a la categoría de protagonista. Así fue la Revolución, una sublevación de las grandes masas oprimidas.

La mayor originalidad de la novela de este nuevo género consiste en la nueva técnica que, comenzando con el doctor Azuela, se aparta de casi todos los elementos que habían servido de puntales en el siglo XIX.

El popularismo lingüístico, tan rico y expresivo en México, se escribe. La novela deja de ser expresión de la vida y de la moral urbanas y burguesas y se pone al servicio del pueblo al que retrata en trance revolucionario. Es impresionista. El diálogo se torna ágil, nervioso, de acciones concisas y salpicado con la gracia y el vigor expresivos de la lengua popular, antes excluida como un desacato a la pureza del lenguaje. Aquella maleza de adjetivos que antes se acumulaban sin gran preocupación, queda substituida ahora por el adjetivo único o la frase breve, pero de gran fuerza expresiva. La acción y el estilo se aligeran, se esquematizan y despojan de inútil lastre.

Pero cuentan también puntos débiles. La novela adolece de todas las limitaciones del hecho histórico que retrató. Al renunciar su activi-

dad creadora original, para ajustarse y atenerse solo a la realidad revolucionaria, el novelista limitó su propio horizonte artístico y le quitó posibilidades estéticas a su obra.

Después de José Joaquín Fernández de Lizardi, ningún otro novelista mexicano ha ejercido tan honda influencia en el arte de novelar en México como el Dr. Mariano Azuela.

Su aparición separa dos épocas: el siglo anterior y el que con Azuela se inició y que aún perdura. Azuela tiró las formas, los temas y los fines que la novela mexicana había empleado y perseguido durante los anteriores cien años y él inauguró la era más original que se había señalado desde la aparición de la novela. Libertó a la novela de la servidumbre en que aún permanecía y la manumitió de la tiranía de los modelos españoles y franceses que la mantenían uncida a sus formas.

La razón de ser de su aportación es doble. Habría que basarla, por una parte, en el mérito intrínseco, la novedad, la originalidad y el vigor artístico de la labor novelística de Azuela; por otra parte, en las circunstancias externas político-sociales del país que transformaron su fisonomía y que cambiaron todos los valores. El acontecer revolucionario sólo estimuló el desarrollo y perfeccionamiento de sus facultades, facultades que son ampliamente demostrados en las cinco obras que precedieron a *Los de abajo*. La conjunción en el tiempo de la circunstancia revolucionaria con la madurez artística de Azuela es un hecho fortuito que hizo posible la floración de su genio y que le inspiró sus más valiosas creaciones.

Las mismas circunstancias que luego originarán y desatarán la tempestad revolucionaria, engendrarán al novelista. El contacto y la observación directas con la iniquidad social de la época porfiriana, hicieron de aquel modesto joven un defensor de los oprimidos y lo convirtieron en su apreciador y novelador. Toda la obra de Azuela —desde las primeras páginas, escritas en 1896, hasta 1952— está saturado de ésta ética y de un anhelo de justicia.

Su sensibilidad innata le permitió ver e intuir lo que ninguno de aquellos bienhallados escritores y servidores de la dictadura supo ver ni intuir. Viendo a las masas en un estado tan miserable, Azuela fue el primero que se aproximó al dolor de esos humildes y que se indignó ante

tanta miseria y tanta crueldad. Por eso Azuela representa, junto con Lizarde, uno de las dos más altas cimas de la novela en México.

Azuela volvió la espalda a este mundo hipócrita y despiadado, y se sumergió en el de los humildes y llenó su corazón con simpatía y con amor. Como Lizardi, recogió del pueblo su lengua, su filosofía, sus modismos y sus peculiaridades expresivas; y al mismo tiempo captó al pueblo su alma adolorida. Siguiendo en esto el ejemplo de Lizardi, escribió en la lengua popular, e hizo hablar al pueblo que desde la muerte de *El Periquillo Sarniento* se había quedado mudo. Azuela devolvió al popularismo su prestigio artístico e incorporó, con fina intuición estética, el mexicanismo lingüístico a su obra, como nadie desde Lizardi lo había hecho. Azuela mismo definió su arte sincero, hondo y fuerte al decir: "escribir para el gran público y no para los selectos; prefiero ser leal con los míos a darles gato por liebre".

En otras palabras, el gran cambio social, político y económico que México sufrió como resultado de la Revolución buscó asimismo un cambio en la expresión artística.

Azuela fue el primero en plasmar el espíritu de la época revolucionaria. El sufrió la Revolución, física y moralmente; en su cuerpo y en su espíritu. Por eso Azuela y sus libros vienen a ser algo parecido a la conciencia moral de aquel fenómeno.

Cualesquiera que sean los defectos que pudieron señalarle en la obra de Mariano Azuela, hay que reconocerle una virtud: es genuina y tiene la validez de todo lo auténtico. Hasta ahora, México no ha producido otro novelista más suyo ni más original. Por esa misma virtud de autenticidad y porque a nadie pidió prestadas las normas de su arte, porque se apartó del trillado sendero de las innovaciones europeas y trajo a la luz lo oculto y ignorado de su pueblo y de su tierra, Azuela es el maestro de toda una generación de creadores y el jefe de una nueva y original modalidad novelística que él inició: La novela de la Revolución.

BIBLIOGRAFIA DE MARIANO AZUELA

Novelas *

- María Luisa*. Imprenta López Arce. Lagos de Moreno, Jalisco, 1907, 3ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Los fracasados*. Tipografía y Litografía de Muller Hnos., 1908. 5ª ed. *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Mala yerba*. Talleres de "La Gaceta de Guadalajara", 1909. 5ª ed. *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Andrés Pérez, maderista*. Imprenta de Blanco y Botas, 1911. 3ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Sin amor*. Tipografía y Litografía de Muller Hnos., 1912. 3ª ed. *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Los de abajo*. Folletón de "El Paso de Norte", El Paso, Texas, oct. a dic., 1915, 23ª ed., *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Los caciques*. Ediciones de "El Universal", Talleres Editoriales de la Cía. Periodística Nacional, 1917, 4ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Las moscas*. Tipografía A. Carranza e Hijos, 1918. 4ª ed., *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Las tribulaciones de una familia decente*. Folletín de "El Mundo", Tampico, Tamps., 1918. 5ª ed., *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Domitilo quiere ser diputado*. Tipografía A. Carranza e Hijos, 1918 (con *Las moscas* y *De cómo al fin lloró Juan Pablo*). 3ª ed., *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- La malhora*. Imprenta y Encuadernación de Rosendo Terrazas, 1923. 3ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- El desquite*. La Novela Semanal, Tomo I, núm. 3, 20 de junio, 1925. 3ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- La luciérnaga*. Espasa-Calpe, S. A., Madrid-Barcelona, 1923. 3ª ed. *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- El camarada Pantoja*. Botas, 1937. 3ª ed., *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- San Gabriel de Valdivias, comunidad indígena*. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1938. 2ª ed. *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Regina Landá*. Botas, 1939. 2ª ed., *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Avanzada*. Botas, 1940. 2ª ed., *Obras completas*, Tomo I, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Nueva burguesía*. (Terminada de redactar en junio de 1940.) Club del Libro A.L.A. (Amigos de Libro Americano), Buenos Aires, 1941. 2ª ed., *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- La marchanta*. Ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, Secretaría de Educación Pública, 1944. 3ª ed., *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

* Sólo anoto las primeras y las últimas ediciones.

- La mujer domada.* El Colegio Nacional, 1946. 2ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- Sendas perdidas.* Botas, 1949. (Sobretiro de 200 ejemplares, numerados, para el Colegio Nacional.) 2ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- La maldición.* Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica. 1955. 2ª ed. *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958. (Escrita en nov.-dic., 1948 y terminada de corregir el 20 de mayo, 1949.)
- Esa sangre.* Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, 1956. 2ª ed., *Obras completas*, Tomo II, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

Traducciones

Al inglés:

- The Underdogs. (Los de abajo.)* Traducción de Enrique Munguía, Jr., ilustraciones de José Clemente Orozco, prefacio de Carleton Beals, Brentano's, Nueva York, 1929.
- The Underdogs. (Los de abajo.)* Trad. de Enrique Munguía Jr., prefacio de Carleton Beals, Jonathan Cape, Londres, 1930.
- Marcela (A Mexican Love History). (Mala yerba.)* Trad. de Anita Brenner, prólogo de Waldo Frank, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1932.
- Two Novels of Mexico (The Flies, The Bosses). (Las moscas, los caciques.)* Trad. de Lesley Byrd Simpson, University of California Press, Berkley and Los Angeles, 1957.

Al francés:

- L'Ouragan. (Los de abajo.)* Trad. y prefacio de Joaquín Maurín, en *Le Monde*, núms. 24-41, París, 17 de nov., 1928 a 16 de mar., 1929.
- Ceux d'en bas. (Los de abajo.)* Trad. de Joaquín Maurín, prefacio de Valery Larbaud, J.-O. Fourcade, París, 1930.
- Mauvaise Graine. (Mala yerba.)* Trad. de Mathilde Pomés, Gallimard, París, 1933.

Al alemán:

- Die Rotte. (Los de abajo.)* Trad. y prólogo de Hans Dietrich Disselhoff, Kindt und Bucher Verlag, H. m. b. H., Giessen, Alemania, 1930.

Al japonés:

- Trad. de *Los de abajo*, por Tamiji Kitagawa, en "Mexico Shimpō" (Diario de México), 3 de sept., 1932, a 1º de mar., 1933.

Al yugoslavo:

- Oni sa Dna. (Los de abajo.)* Trad. de Zoran Ninitch, en "Obzor", núms. 145-174, Zagreb, Yugoslavia, 26 de junio a 31 de julio, 1933.

Al portugués:

- Os Rebelados. (Los de abajo.)* Trad. de Aurelio Pinheiro Machado, ed. Ninitch, Río de Janeiro, 1934.

Al checoslovaco:

- Demetrio (Tizdola). (Los de abajo.)* Trad. de Jindr. Kubicka, prólogo de Francisco Ortiz Monasterio, Col. Knihy Století, Julius Albert, Praga, 1935.

Al sueco:

Rebellerna. (Los de abajo.) Trad. de Borje Cederholm y Karin Alin, prólogo de B. C., Natur och Kultur, Estocolmo, 1952.

Al ruso:

Los de abajo. No he visto esta traducción. "La Gaceta Literaria", de Madrid, la anunció en 1927. El traductor al francés, Joaquín Maurín, habla, en carta a Mariano Azuela —6 de enero de 1929—, de esa versión como publicada. ("Como usted verá, hemos adoptado el mismo título, se refiere a su versión al francés aparecida en "Le Monde" que en la traducción rusa —de que usted tendrá noticia seguramente—, ya que la adaptación literal de *Los de abajo* era en francés muy poco expresiva.")

Al yidish:

Los de abajo. Trad. de Samuel Glicowski. Apareció incompleta en un periódico publicado en la ciudad de México. No lo he visto. (Azuela da el dato entre sus apuntes.)

Teatro

Los de abajo, el Buho en la noche, Del Llano Hermanos, S. en C. Botas, México, 1938. 2ª ed., Obras completas, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Biografías

"*Pedro Moreno, el insurgente*". *El Nacional* (órgano del Partido Nacional Revolucionario), 4 de diciembre de 1933 a 4 de marzo de 1934. 4ª ed., *Obras completas, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.*

Precursores. Ercilla, Santiago de Chile, 1935. 2ª ed., *Obras completas, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.*

El padre don Agustín Rivera. Botas, México, 1942, 2ª ed., *Obras completas, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.*

Madero. *Obras completas, Tomo III, Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.*

Además, escribió numerosos cuentos, relatos, sucedidos, conferencias, ensayos, apuntes y notas.

Véase el tercer tomo de las *Obras completas*.

Falta página

N° 104

B I B L I O G R A F I A

- Abreu Gómez, Ermilo, "La mitad de la verdad". *Letras de México*. Núm. 20 (1º de diciembre de 1937), pág. 4.
- Acta de nacimiento de Concepción. (Certifica que en 1886 don Evaristo tenía 60 años y María González tenía 38 años.)
- Acta de nacimiento de María del Carmen Azuela, expedida el 27 de febrero de 1901. Establece que el 20 de julio de 1888 don Evaristo tenía 62 años y su esposa, María González, tenía 38.)
- Acta de nacimiento de María Trinidad, dispensada en 1901. (Establece que don Evaristo tenía 58 años y que doña María González tenía 36 años.)
- Alba, Víctor. *Mexicanos para la historia*. Col. Biblioteca mínima mexicana, vol. 24 Libro-Mex, México, 1955.
- Aldebarán, "¿Existen autores teatrales en México?" *El Universal Ilustrado*, vol. 10 México, 2 de julio de 1925), pág. 47.
- Alegoría, Fernando, *Breve historia de la novela hispanoamericana*. México, Ediciones de Andrea, 1959.
- Alvarez, Victoriano, "Las obras del doctor Azuela". *Excelsior*, 4 de febrero de 1925.
- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1957. (Brevarios del Fondo de Cultura, núm. 89.)
- Anónimo, "Biblos". *Jueves de Excelsior*, el 12 de octubre de 1944.
- Anónimo, (*Crítica de Los de abajo*). *Resumen*, núm. I, México, 2 de mayo de 1931.
- Anónimo, "El Dr. Azuela recibió el Premio Nacional de Literatura de 1949". *El Nacional*, México, 27 de enero de 1950.
- Anónimo, (Juegos florales de Lagos de Moreno) *Semanario Literario Ilustrado*, núm. 132, 6 de julio de 1903.
- Anónimo, "Nuevos conceptos sobre el Ultrapelonismo". *El Universal Ilustrado*, México, 8 de octubre de 1925.
- Anónimo, "Sus paisanos le erigirán un monumento a don Mariano Azuela". *Zócalo*, México, 1º de junio de 1952.
- Anónimo, "La técnica perfeccionada de Mariano Azuela". (Un recorte que se conserva en un cuaderno de la biblioteca de Azuela.)
- Anónimo, "18 de marzo". *La Vida Petrolera*, México, abril de 1952.
- Arrow, José Juan. *Estudios de Literatura hispanoamericana*. La Habana, 1950.
- Azuela, Mariano, "Autobiografía del otro". *Excelsior*. México, 3 de marzo de 1952.
- , Carta al Sr. Lic. Antonio Moreno y Oviedo en "Cuestiones Literarias" en la revista *México al Día*. 15 de diciembre de 1935. Pág. 56. Ciudad de México.
- , Conferencia. UNAM, 3 de julio de 1951.
- , *Obras completas*. 3 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1958 y 1960.
- Azuela, Salvador, "De la vida y pensamiento de Mariano Azuela". *Revista de la Universidad*. México, junio de 1952.
- , "Vida y pensamiento de Mariano Azuela". *Excelsior*, (México) 6 de marzo de 1952.
- Azuela Arriaga, María. *Mariano Azuela, novelista de la Revolución Mexicana*. Tesis 1955. Filosofía y Letras. UNAM.
- Azuela Villalobos, Manuel, "Árbol genealógico de la familia Azuela lo que corresponde a don Evaristo y a doña Paulina". Inédita, junio de 1958. (Es un estudio hecho por un sobrino del Dr. Azuela.)

- Barrera Fuentes, Federico. "La obra de Mariano Azuela". Revista *Todo*, 1º enero de 1950. México.
- Benítez, José María. "Azuela y la revolución mexicana". *Tribuna Israelita*, México, junio de 1952.
- Bonet, Carmelo M., *La crítica literaria*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1959.
- Brown, Galvin S., General Editor. *World Literature, a reader's companion*. 3ª ed., Nueva York, The Dryden Press, 1958.
- Brushwood, John S. y Rojas Garcidueñas, José, *Breve historia de la novela mexicana*. México, Ediciones de Andrea, 1959. (Manuales Studium, núm. 9.)
- Campos Alatorre, Cipriano, "Mariano Azuela opina". *Hoy*, México, jueves santo 1937.
- Carrasco Zanini, Ernesto. "Motivo de duelo nacional es la muerte de Mariano Azuela". *El Universal*, México, 2 de marzo de 1952.
- Caso Alfonso, *Homenaje de El Colegio Nacional a cuatro de sus miembros fundadores*. 6 de noviembre de 1953. México.
- Cederholm, Börge. *Elementos del estilo novelesco de dos novelas "Los de Abajo y Sendas Perdidas"* de Mariano Azuela. Tesis, Mexico City College. 1950.
- Corral Rigán, José, (G. Ortega) "La influencia de la revolución en nuestra literatura". *El Universal Ilustrado*, (México), 20 de noviembre de 1924.
- Chávez González, José N. (Entrevista). *Acción Nacional*, México, septiembre a octubre de 1945.
- Dalevuelta, Jacobo, "Cien años de novela mexicana, Azuela". *El Universal*, 12 de octubre de 1947.
- , "Cómo vive y cómo escribe el Dr. Mariano Azuela, autor de la novela *Los de abajo*". *El Universal*. (Azuela tiene el recorte.)
- , "Mariano Azuela *Avanzada*". *El Universal*, México, 28 de febrero de 1940.
- , "La mujer domada". *El Universal*, 27 de julio de 1946.
- Dessin Merlo, Justo G., "Alrededor de *San Gabriel de Valdivias* de Mariano Azuela". *Revista Agonia*, Buenos Aires, enero-mayo de 1939.
- Díaz Ruanova, O., "Azuela, escritor universal". *Revista de América*, núm. 215, 4 de febrero de 1950, México.
- Doctor, Angel, "Vida literaria y artística. La evolución de la novela americana". *La Correspondencia de Puerto Rico*. 9 de mayo de 1932.
- Dulsey, Bernardo, "The Mexican revolution as mirrored in the novels of Mariano Azuela". *The Modern Language Journal*, vol. 35, Nº 5 (May 1951), p. 382-386.
- El Universal Ilustrado*, "Homenaje de 'El Universal Ilustrado' a *Los de Abajo* con motivo de su edición definitiva hecha en Madrid". *El Universal Ilustrado*, núm. 540. México, 16 de septiembre de 1927.
- Englekirk, John E., "The discovery of *Los de Abajo*". *Hispana*, vol. 18 (February 1935), p. 53-62.
- , y Monterde G. I., Francisco, *El descubrimiento de 'Los de Abajo' y En Defensa de una obra y de una generación*. México, Imprenta Universitaria, 1935. (Folleto.)
- (Entrevista) "Don Mariano Azuela y su obra literaria". *La Nación* (15 de junio de 1950), México, D. F.
- (Entrevista) "Se está escribiendo un libro". *Jueves de Excelsior*, México, 7 de mayo de 1942.
- Ferret, Salvador, "Un hombre de la calle, Mariano Azuela" *Nuevo Mundo*. 16 de enero de 1946.
- Gaitán H., Fernando. "Falleció don Mariano Azuela". Periódico *Novedades*, 2 de marzo de 1952 (México).
- Gallegos, Abrán. *El Lenguaje Popular en las Novelas de Mariano Azuela*. Tesis 1950. Escuela de Verano, UNAM.
- González, Manuel Pedro. "Bibliografía del novelista Mariano Azuela". *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, julio-agosto de 1941.
- , *Trayectoria de la novela en México*. Ed. Botas 1945, México.
- González de Mendoza, J. M. "Prólogo" *Mala Yerba*; edición Botas 1945.
- , *Mariano Azuela y lo mexicano*. (Col. Cuadernos Americanos núm. 3.) México 1952.
- González Guerrero, "Autores y libros, Mariano Azuela y su última novela. Su labor total y el Premio Nacional de Literatura". *El Universal*, 26 de noviembre de 1949.
- Guevara, J. N. La técnica novelística y la edad de los autores. *La Prensa*, 1945. México.

- Hashimoto, Rentaro. *La trayectoria literaria de Mariano Azuela*. Tesis 1943. Escuela de Verano, UNAM.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. 2ª ed. traducción de Joaquín Díez-Cañedo, México, Fondo de Cultura Económica 1954. (Biblioteca Americana, serie de Literatura Moderna, Pensamiento y Acción, núm. 9.)
- Jiménez Rueda, Julio, "El afeminamiento en la literatura mexicana". *El Universal Ilustrado*, 2 de diciembre de 1924.
- , "El decaimiento de la literatura mexicana". *El Universal*, México, 17 de enero de 1925.
- , *Historia de la literatura mexicana*. Ed. Mex. Editorial Botas. 1957.
- , "El Premio Nacional", *Revista de Revistas*. 4 de diciembre de 1949.
- Kercheville, Francis M., "El liberalismo en Azuela". *Revista Iberoamericana*, vol. 3, núm. 6 (mayo de 1941).
- Lafraga, Gastón, "Comentarios, Mariano Azuela, entrevistado en una novela". *Ruta*, número 3. (México, 15 de agosto de 1938) Págs. 49-51.
- Loyo, Jorge, "¿Con qué escriben nuestros escritores?" *El Universal Ilustrado*, vol. 9 (México, 11 de junio de 1925), pág. 33.
- Malagamba Uriarte, Angélica. *La novela de Mariano Azuela*. Tesis 1955. Universidad Iberoamericana.
- Manrique de Ira, Juana, *Seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos*.
- Martin Percy, Alvin, *Who's who in Latin America*. Calif. 1935.
- Martínez, José Luis. *Literatura mexicana siglo XX 1910-1949*. Antigua Librería Robledo 1949, México.
- , *Problemas Literarios*. México, Obregón, S. A., 1955. Col. Literaria Obregón, núm. 3.
- Martínez Valadez, Manuel, "¿Existe una literatura mexicana moderna?" *El Universal Ilustrado*. México, 2 de abril de 1925. Pág. 46.
- Mendoza Carrasco, Jorge, "Mariano Azuela y sus estampas del pueblo". *Revista de Revistas*, México, 1º de julio de 1938, pág. 3.
- Monterde G. I., Francisco, "Mariano Azuela —Los de abajo— cuadros y escenas de la revolución mexicana". *Biblos*. vol. 2. Núm. 59. México, 28 de febrero de 1920.
- , "Existe una literatura mexicana viril". *El Universal Ilustrado*. México, 25 de diciembre de 1924.
- , "Críticos en receso y escritores 'desesperanzados' ". *El Universal Ilustrado*, México, 13 de enero de 1925.
- , "Los de arriba y Los de abajo". *El Universal*, 2 de febrero de 1925.
- , En defensa de una obra y de una generación. México 1929.
- , Seminario de literatura mexicana. 1951.
- , "Los de abajo". *Universidades de Latinoamérica*, año 3, núm. 15, México, julio de 1952.
- , "La etapa de hermetismo del Sr. Mariano Azuela". *Cuadernos Americanos*. Núm. 3. México 1952.
- , Prólogo a *Las obras completas de Mariano Azuela*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- , "La novela de la revolución", en *La dignidad de don Quijote*. Estudios, ed. de la Imprenta Universitaria (México. 1959).
- Moore, Ernest R., "Biografía y Bibliografía de don Mariano Azuela —Libros y artículos—". En Abside. Feb. 1º de 1940. II marzo 1º de 1940.
- , "The novel of the mexican revolution". *Mexican life*, vol. XVI, julio de 1949.
- Mora V., Juan Miguel de, "Panorama de la novela en México -Los críticos nos engañan". *Hoy*, México, 26 de junio de 1946.
- Morton, F. Rand, *La novela de la Revolución Mexicana*. Editorial Cultura, México. 1949.
- Moya, Víctor, "Mariano Azuela". *Revista Arte*, México, 2 de marzo de 1952.
- Muñoz y Pérez, Daniel, "Don Mariano Azuela". *El Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. México, 1º de febrero de 1959.

- Nichols, Madaline W., "Riview of *La Luciérnaga*". *Books Abroad*, vol. 8. (October, 1934.) Pág. 459-460.
- Noriega Hope, Carlos, "Los de Abajo". *El Universal Ilustrado*, 29 de enero de 1925.
- , "Los de Abajo - El Dr. Azuela y la crítica del punto y coma". *El Universal Ilustrado*, México, 10 de febrero de 1925.
- Núñez Alonso, A., "Mariano Azuela o el pesimismo", *AS* (México, 20 de mayo de 1942).
- Olguín Hermida, Humberto. "Don Mariano Azuela". *Pues*, Guadalajara, Jal. 19 de julio de 1944.
- O. G. B., "Mariano Azuela - Regina Landa". *Letras de México*, 15 de julio de 1939.
- Ortega, Gregorio (entrevista con el poeta Rafael López). *El Universal Ilustrado*. México, diciembre de 1924.
- , "Azuela dijo..." *El Universal Ilustrado*, México, 29 de enero de 1925. págs. 38 y 45.
- , "El protagonista de Los de abajo". *El Universal Ilustrado*. Vol. II, núm. 540. México, 16 de septiembre de 1927.
- , "Una hora con Mariano Azuela". *Revista de Revistas, el semanario nacional*, 30 de noviembre de 1930.
- , "Los que lucharon en la revolución, los que la expresaron en el arte". *El Heraldo Dominical*. México, 20 de noviembre de 1934.
- Ortiz, José G. "Señor doctor Mariano Azuela". *Biblos*, 7 de julio de 1919. Núm. 21.
- Picon, Gaeton, *El escritor y su sombra, Introducción a la estética de la literatura*. 1ª edición en español. Buenos Aires, Nueva visión ed. 1957.
- Prats, Alardo, "Azuela escribe para matar algo, aunque sea el tiempo". *AS*, México. 1942.
- , "Habla el patriarca Azuela de la esclavitud literaria". *AS*, 14 de mayo de 1943.
- Puccini, Mario, "Uno scrittore messicano". *L'Ambrosino*, número 224 (Milán, 21 de septiembre de 1932). *Examen*, vol. 10. Núm. 3, 1932.
- Quiroz, Alberto, "*La Luciérnaga*". *El Libro y el Pueblo*, vol. 10, núm. 8, mayo de 1933.
- Real Academia Española, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*. 2ª ed. Madrid, Espasa-Calpe, 1950.
- Rivera, Agustín, *Discurso sobre los hombres ilustres de Lagos*. Lagos de Moreno, 1895.
- , "Inscripciones", colocadas en las paredes del Liceo de Lagos, presentadas por el Dr. Agustín Rivera, Catedrático del mismo establecimiento. Año de 1896.
- Romero Flores, Jesús, "El novelista Mariano Azuela y los escritores laguenses". *La Nacional*, México, 19 de agosto de 1952.
- Salado Alvarez, Victoriano, "¿Existe una literatura mexicana moderna?" *Excelsior*. México, 12 de enero de 1925.
- , "Las obras del doctor Azuela". *Excelsior*, México, 4 de febrero de 1925.
- Salado Alvarez, Ana, "Dejó de existir ayer, el gran escritor, don Mariano Azuela". *Excelsior*, 2 de marzo de 1952.
- Solana, Rafael, "El dato humano". *El Popular*, México, 12 de junio de 1938.
- Spell, Jeferson Rea. *Contemporary Spanish-American fiction*. University of North Carolina, press, Chapel Hill. North Carolina, 1944.
- Spota Jr., Luis, "Habla Azuela de la novela mexicana". *Revista de Revistas*. México, 19 de abril de 1942.
- Stallman, Roberto Wooster, *The critic's notebook*. Minneapolis, The University of Minnesota Press, 1950, p. 101.
- Teja Zabre, Alfonso, *Panorama Histórico de la Revolución mexicana*. Ed. Botas, 1939. México.
- Torres-Rioseco, Arturo, *Ensayos sobre literatura latinoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica. 1953. Págs. 128-149. (Colección Tezontle.)
- , *La gran literatura Iberoamericana*. Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1951.
- , *Grandes novelistas de la América Hispánica*. University of California. Press. Berkley California, 1941.
- , "Mariano Azuela". *La Revista Cubana*. Vol. 11, núm. 31. (La Habana, enero de 1938). Págs. 44-72.

- Trueba, Alfonso, "El último libro de Azuela". *El Informador*. Celaya, Gto., el 11 de diciembre de 1937.
- Useta, Jorge (*Crítica de La luciérnaga*). *México Gráfico*. Mayo de 1932.
- Valle, Rafael Heliodoro, "Don Mariano Azuela en su casa de cristal". *Revista de Revistas*. Vol. 25, núm. 11039 (México, 16 de junio de 1935).
- , (Entrevista) *El Coronista*. México, 27 de junio de 1935.
- Vargas, S., "La Luciérnaga del Dr. Mariano Azuela". *El Nacional*. 10 de abril de 1932.
- Vega y Kegel, Moisés, *Bibliófilos de la provincia*. México, 1952.
- Villarrutia, Xavier, "Los de abajo". *La Voz Nueva*. Abril de 1931.
- Wooksey, A. W., "Los protagonistas de algunas novelas de Mariano Azuela". *Hispana*, diciembre 1940.

ESTE LIBRO
NO SALE
DE LA BIBLIOTECA



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS